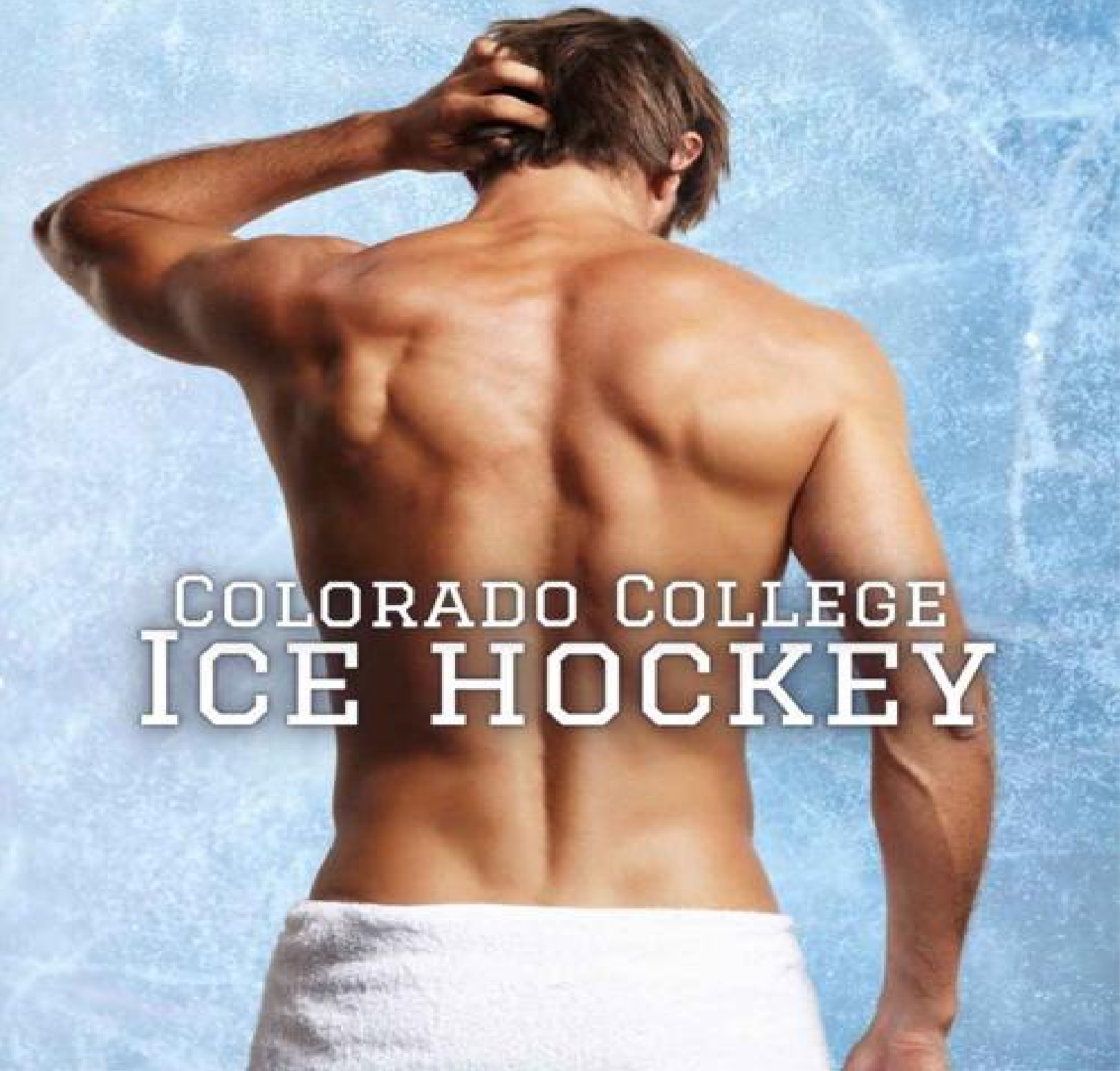
Ava Avery

Amor prohibido sobre el hielo



Colorado College
Ice Hockey

AVA AVERY

Amor prohibido sobre el hielo

Colorado College 1

Primera edición en alemán: noviembre 2022
Primera edición en español: diciembre 2023
Copyright © Ava Avery
Cover/Portada del libro: Gráficos con licencia de depositphotos.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser copiada, de manera física o digital, sin el permiso de la autora. En ningún caso se entenderá que se confiere el derecho de duplicación, traducción, distribución o acceso público.

Esta novela es una obra de ficción. Los sucesos y personajes que aparecen en ella son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Consigue tu libro GRATIS: https://bookhip.com/PPKRRLR

Social Media:

Instagram: avaavery.autorin

Facebook: avaavery.autorin

Ava en TikTok: @avaavery.books

Índice de contenidos

LIBRO GRATIS PARA TI
Capítulo 1 - Jordan
Capítulo 2 - Carly
Capítulo 3 - Jordan
Capítulo 4 - Carly
Capítulo 5 - Jordan
Capítulo 6 - Carly
Capítulo 7 - Jordan
Capítulo 8 - Carly
Capítulo 9 - Carly
Capítulo 10 - Jordan
Capítulo 11 - Carly
Capítulo 12 - Jordan
Capítulo 13 - Carly
Capítulo 14 - Jordan
Capítulo 15 - Carly
Capítulo 16 - Jordan
Capítulo 17 - Carly
Capítulo 18 - Jordan
Capítulo 19 - Carly
Capítulo 20 - Jordan
Capítulo 21 - Carly
Capítulo 22 - Jordan
Capítulo 23 - Carly
Capítulo 24 - Jordan
Capítulo 25 - Carly
Capítulo 26 - Carly
Capítulo 27 - Jordan
Capítulo 28 - Carly
Capítulo 29 - Jordan
Capítulo 30 - Carly
Capítulo 31 - Carly
Capítulo 32 - Jordan
Capítulo 33 - Carly
Capítulo 34 - Jordan

Capítulo 35 - Carly
Capítulo 36 - Carly
Capítulo 37 - Jordan
Capítulo 38 - Jordan
Capítulo 39 - Carly
Capítulo 40 - Jordan
Epílogo - Carly
Mis novelas de un vistazo
LIBRO GRATIS
Antes de partir

LIBRO GRATIS PARA TI

Suscríbete a mi boletín y recibe la **precuela exclusiva de ESTA historia** como agradecimiento. Descubrirás cómo empezó todo. Esta precuela **no está a la venta en ningún sitio**, sino **reservada exclusivamente para los suscriptores de mi boletín.**

Suscríbete aquí y empieza a leer ahora:

https://bookhip.com/PPKRRLR

Capítulo 1 - Jordan

Abrí de un empujón la puerta de *Pete's*, el pub estudiantil *del equipo universitario de la Universidad de Colorado,* y me tomé un momento para orientarme en la penumbra.
La música country que sonaba en el tocadiscos se mezclaba con las bulliciosas risas de los estudiantes.

Olía a cerveza, perfume de mujer y sudor de hombre. Asqueroso y, sin embargo, tan familiar.

Entrecerré los ojos y busqué a mis compañeros en la oscura sala con paneles de madera. Finalmente, los vi junto a la mesa de billar y me acerqué a ellos.

—Hola Jordan, ¿qué tal? —me saludó el defensa de primera fila Chase Solomon y me tendió el puño.

Devolví el saludo y tiré mi chaqueta en uno de los taburetes de la barra, no lejos de la mesa de billar.

Después de ganar el campeonato universitario de hockey el fin de semana pasado, esta noche nos hemos reunido por última vez para pasar un rato juntos antes de despedirnos mañana de las vacaciones de Navidad.

Algunos de nosotros no volveríamos después de estas vacaciones. Porque algunos de mis compañeros se habían graduado en el semestre de invierno y jugaban en la liga menor, o incluso en la liga profesional de hockey sobre hielo, a partir del año siguiente.

Me alegré por ellos, porque habían trabajado duro para hacer carrera en el hockey. Por otro lado, significaba que nuestro equipo, tal como era ahora, ya no se reuniría. Y eso me deprimía. Porque apreciaba a esos tipos. Me habían dado el respaldo y el apoyo que había necesitado durante los últimos cuatro años para seguir adelante y no rendirme.

Cuando llegué a la *Universidad de Colorado*, era un desastre mental. Las experiencias traumáticas vividas en mi hogar, Mount Silver, me habían dejado profundas cicatrices y me habían hecho perder la fe en la belleza de la vida.

Fue gracias a un golpe del destino y a la oportunidad de jugar al hockey en la *Universidad de Colorado* que poco a poco volví a encontrar mi camino en la vida.

Durante los últimos cuatro años, la disciplina, el entrenamiento, la ambición y el espíritu de lucha habían definido mi vida cotidiana. La estrecha hermandad con mis camaradas me ayudó a demostrar mi valía en el equipo de hockey sobre hielo de la *Universidad de Colorado* y, tras dos sudorosos años, llegar no sólo al *equipo universitario*, sino incluso a primera fila y, al final del último año, finalmente a capitán del equipo.

Llevaba un año al frente del *equipo universitario* y hacía una semana que había ganado el campeonato. Esto no había pasado desapercibido para los cazatalentos de este país y, aunque aún me quedaba otro año de universidad por delante, las ofertas profesionales me inundaban desde hacía algún tiempo.

Nebraska y Michigan querían que fuera un jugador profesional en la segunda fila con un prospecto en la primera.

Sacudía la cabeza ante las ofertas de esos equipos de primera, porque aún me costaba creer que me esperara realmente una carrera profesional.

Hace sólo cuatro años, mi vida era completamente distinta: Desolado. Sin esperanza. Despiadado.

Nunca en mi vida habría soñado con ganar dinero con mi pasión. Y, sin embargo, eso es exactamente lo que llevo haciendo desde hace cuatro años.

Durante mi estancia en la *Universidad de Colorado,* recibí una beca completa que cubría con creces mis gastos de manutención, y el dinero de bolsillo también me permitía mantener a mi madre, que padecía diabetes.

Así que no me iba mal económicamente. Pero un vistazo a las ofertas de Nebraska y Michigan me dijo que todavía había mucho margen de mejora.

Si fichara por uno de estos clubes, sería millonario en dos o tres años.

Inimaginable.

—Ey Jordan, tío, ¿estás soñando?

Un codazo en las costillas me sacó bruscamente de mis pensamientos.

—Lo siento, amigo. ¿Qué pasa? —refunfuñé y me froté el punto dolorido.

—Ya te he preguntado tres veces si tú también quieres una cerveza —refunfuñó Chase, tendiéndome una botella helada a modo de invitación.

—Claro, gracias. —la agarré y brindé por él.

—¿Has pensado en fichar por Nebraska o Michigan?

Respondí negativamente. —Las últimas semanas han sido tan ajetreadas que no he podido pensar con claridad. Los exámenes finales, el campeonato y los entrenamientos me han tenido muy ocupado. Quiero aprovechar las vacaciones de Navidad para pensarlo.

—Entiendo. Pero no lo pienses demasiado. Sabes que no esperan eternamente y que no todos tenemos una oportunidad así. Quiero decir... no tienes una, sino dos ofertas de las grandes ligas. Algunos tenemos que conformarnos con *una* oferta de ligas menores y esperar dar el salto a las mayores en algún momento de los próximos años.

Resoplé. —Es una completa locura, ¿no?

Chase se encogió de hombros. —No estás tan loco. No quiero subirte más el ego, así que definitivamente no voy a decirte lo jodidamente talentoso y bueno que eres ahora mismo, tío —sonrió y me hizo reír con su comentario.

Chase era uno de los pocos que conocían mi historia y le agradecí que aguantara todos estos años y que no me juzgara por ello, sino que siempre me empujara, me motivara y tirara de mí.

Chase llegó a la *Universidad de Colorado* un año después que yo, lo que significaba que aún le faltaban dos años para graduarse y convertirse en profesional.

Se suponía que me graduaría el próximo verano, pero mi incansable compromiso con el *equipo universitario* de hockey hizo que el año pasado no pudiera cursar todas las clases que necesitaba para graduarme en la universidad. Así que tendría que pasar un semestre más antes de poder meterme en el bolsillo el título de Empresario y empezar mi carrera profesional sobre el hielo.

Pero eso no me molestaba lo más mínimo, porque había encontrado mi hogar en la *Universidad de Colorado* y la idea de tener que abandonar ese hogar en un futuro próximo para empezar el siguiente capítulo de mi vida me dejaba con sentimientos encontrados.

Levanté mi botella y brindé solemnemente por Chase.

—Por que el año que viene sea el mejor de nuestras vidas.

Chase chocó su botella contra la mía y asintió. —Ese es el espíritu, amigo.

Capítulo 2 - Carly

El profesor me entregó mi tesis con una sonrisa, pero cuando la cogí, no la soltó, lo que me hizo fruncir el ceño, irritada.

—¿Profesor Preston?

—Por favor, ven a mi despacho después de la conferencia, Carly —me pidió, mirándome con tanta insistencia que el corazón se me metió en los pantalones.

¿Ir a su oficina? ¿Yo? ¿Por qué lo haría? Nunca me lo había pedido.

¿Será que he suspendido este examen final de ortopedia? Mi instinto me decía que mi resultado había sido más que bueno y mucho mejor de lo que esperaba.

Intenté mantener una expresión neutra en el rostro para no dejar traslucir mi pánico y, con un gesto neutro, cogí mi hoja de examen.

Mientras el profesor se alejaba para entregar a la siguiente alumna su examen corregido, respiré hondo y abrí la carpeta.

En un tono rojo deslumbrante, el número *100* encerrado en un círculo brilló hacia mí.

Máxima puntuación.

Parpadeé para convencerme de que mi imaginación no me estaba jugando una mala pasada. Pero la cifra no cambió.

100 puntos posibles de 100.

Respiré aliviada. *Gracias a Dios*. Lo último que necesitaba ahora era un examen suspendido que arruinara mi media de notas.

Recogí mis papeles y los metí en el bolso mientras pensaba para qué quería verme el profesor Preston.

Su preocupación no podía ser el examen. Porque lo había aprobado con *muy buena nota.*

Salí de la sala de conferencias y me dirigí a los aseos para lavarme las manos. Luego me dirigí al profesor Preston, cuyo despacho estaba en el edificio contiguo.

Aunque la Navidad estaba a la vuelta de la esquina, el sol brillaba en Los Ángeles y el termómetro marcaba casi veinte grados. Con temperaturas tan veraniegas, los sentimientos navideños eran difíciles de conciliar. Pero después de cuatro años en la soleada California, me había acostumbrado al clima siempre cálido.

Sin embargo, especialmente durante la Navidad, echaba de menos mi hogar en Montana, con sus montañas nevadas y sus cielos nublados.

Llamé a la puerta del profesor Preston y entré poco después, siguiendo su invitación.

—Carly, me alegro de que hayas podido venir.

—Por supuesto, profesor. ¿De qué va todo esto? ¿Está todo bien?

El profesor buscó algo en su escritorio cubierto de papeles y finalmente lo levantó triunfante.

—Aquí está.

Se puso las gafas y hojeó el documento que tenía en las manos. Luego volvió a quitarse las gafas y se volvió hacia mí.

—Has completado tus estudios básicos como una de las mejores, Carly. Eres extremadamente competente profesionalmente y también humanamente nacida para la profesión de médico.

—Gracias, Profesor Preston.

El cumplido me halagó, pero no explicó su petición de verle en su despacho.

—¿Tengo entendido que harás tu año de prácticas en la Clínica Privada *Beverly & Hills*?

Hice un sonido de acuerdo. —Sí, así es.

—Perdóname por ser directo, Carly, pero en mi opinión estás desperdiciando tu talento ahí. Te conozco desde hace cuatro años y nunca me has dado la impresión de querer arreglar las naricitas de las estrellas ricas o blanquearles los dientecitos.

Se me escapó un bufido divertido. —Bueno, la Clínica Privada *Beverly & Hills* hace mucho más que eso... —empecé, pero la mirada divertida del profesor me hizo callar.

—Vamos, Carly. ¿A quién quieres engañar?

Suspiré. El profesor tenía razón. El año de prácticas en la clínica *Beverly & Hills* fue cosa de mi padre. Él y el médico jefe de la clínica habían estudiado juntos y siempre habían estado muy unidos.

En su opinión, la clínica tenía una reputación reconocida y excelentes conexiones. El punto de partida perfecto para mi carrera como médico.

Mis protestas cayeron en saco roto y finalmente cedí a regañadientes. Como tantas veces, desde... No importa. ¿A quién le importaban las viejas historias del pasado?.

—Vale. Me ha pillado, profesor. El trabajo en la clínica privada no es el trabajo de mis sueños. Pero como me lo ofrecieron incluso antes de que pudiera optar a otros empleos, no tenía ni tengo ninguna alternativa en la manga.

—Puede que sí —guiñó el profesor y me entregó la carta que tenía en la mano—. Mi viejo amigo de la universidad, el doctor Stafford, es el jefe de ortopedia del Hospital Universitario de la *Universidad de Colorado*. Actualmente busca desesperadamente refuerzos debido al aumento de accidentes y lesiones deportivas durante la temporada de invierno. Stafford es muy exigente y difícil de complacer. Ha estado hablando de lo difícil que es encontrar personal cualificado, así que te he sugerido a ti, Carly, sin más.

—*¿A mí?* —grazné casi sin voz y me agarré el corazón con la mano, asustada.

—Sí, *a ti*. Te interesan tanto el deporte como la ortopedia. Además, acabas de graduarte en esta asignatura con las mejores notas. Aprovecha tus conocimientos y haz algo con ellos, en lugar de desperdiciar tu talento en una lujosa clínica privada.

Tragué saliva y miré al profesor con los ojos muy abiertos.

Me miró ansioso y se levantó de la silla. —Cualquiera diría que acabo de decirte que tienes una enfermedad terminal y que vas a morir mañana. Estás más pálida que un cadáver, Carly. ¿Estás bien?

—Sí —balbuceé—. Estoy... bien.

—Pero no lo parece en absoluto. Lo siento si te he ofendido. Pensé que te entusiasmaría esta oportunidad. Obviamente, me equivoqué en mi suposición.

Sacudí la cabeza y me aclaré la garganta, intentando en vano controlar mi voz temblorosa.

—Yo sí. Estoy… contenta. Es un poco... sorprendente —dije entrecortadamente.

—Estoy de acuerdo contigo. Pero a veces en la vida hay que ser espontáneo. Especialmente cuando tienes una oportunidad única, como ésta. ¿Te interesaría el puesto? Concedido, tendrías que mudarte a Colorado para ello. Pero si no recuerdo mal, tú eres de Montana, el estado vecino de Colorado. Así que estás acostumbrada a la nieve, el hielo y el frío.

—¿Puedo... puedo pensar en ello?

El profesor frunció los labios y me miró con desconfianza. —Por supuesto. ¿Pero estás segura de que todo está bien, Carly?

No. Para nada. Nada está bien. Nada de nada. Nada, niente, zero, gritó mi corazón.

—Sí, absolutamente segura —mentí en su lugar, forzando una sonrisa cortés en mi rostro, usando todas mis fuerzas.

El profesor Preston pareció creerse mi mentira. Se dio la vuelta y hojeó los papeles de su caótico escritorio.

—Necesito tu respuesta antes del 27 de diciembre —me entregó un cuadernillo arrugado —. Aquí está el folleto con una referencia a la página web de la clínica. Léelo todo. Si tienes alguna pregunta, llámeme o escríbeme. El doctor Stafford confía en mi recomendación. Así que si decides aceptar el trabajo, espero un compromiso total de tu parte, Carly. ¿Entendido?

—Entendido —murmuré—. Le deseo una feliz Navidad y unas vacaciones tranquilas profesor.

—Igualmente, Carly. Eso y... el valor de tomar la decisión correcta.

Capítulo 3 - Jordan

Puse el fragante asado en la mesa con las patatas y las verduras y serví vino para mi madre.

Levantó su copa con una sonrisa y por su cara pude ver lo feliz que le hacía que yo pasara la Navidad con ella, como todos los años.

—Feliz Navidad, hijo mío.

—Feliz Navidad, mamá.

Brindé por ella y luego corté el jugoso asado para echar una generosa loncha en su plato.

Durante la cena hablamos de la universidad y del *equipo* de hockey, así como del campeonato que ganamos. Mi madre era mi mayor fan. Seguía todos mis partidos, algunos de los cuales se emitían en los canales deportivos menos frecuentes de la televisión, y conocía mis estadísticas mejor que yo.

Por desgracia, rara vez podía asistir a mis partidos en vivo y en directo, porque insistía en seguir ganándose la vida por su cuenta y de forma independiente. Esto a su vez significaba que trabajaba como esclava casi a diario en la pista de hielo de Mount Silver, mi ciudad natal en Montana, como limpiadora y camarera.

Y aunque la *Universidad de Colorado* estaba a sólo seis horas en coche de Mount Silver, rara vez iba a casa a visitar a mi madre.

Por eso reuniones como ésta fueron tan valiosas para nosotros.

Esperaba fervientemente que mi madre me dejara echarle una mano y tomarme un descanso profesional cuando firmara mi primer contrato profesional. Y eso es exactamente de lo que quería hablar con ella cuando fuimos al salón después de cenar y nos acomodamos en el sofá, llenos y satisfechos.

—Michigan y Nebraska me han ofrecido contratos profesionales en segunda fila —solté sin considerar y observé atentamente la reacción de mi madre ante tan gigantesca noticia.

Me miró inquisitivamente y las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba. —Eso es genial, hijo mío. Demuestra el interés por ti como persona. Estoy segura que es cuestión de tiempo que te llegue la oferta adecuada.

Perplejo, me hundí en los cojines del sofá y me quedé mirando a mi madre sin decir ninguna palabra.

Realmente no esperaba esta reacción.

—Mamá... estamos hablando de contratos profesionales de grandes ligas. Ofrecen salarios iniciales que rondan las seis cifras. *Al año*, eso sí.

Mi madre me tendió la mano y me la apretó con ánimo. —Soy consciente de ello, Jordan. Y, sin embargo, la oferta adecuada aún no ha llegado.

—¿Cómo lo sabes? Estas son las mejores ofertas. Y no sólo conseguí una, conseguí dos. Así que la cuestión no es si firmo *o no*, sino *dónde*: Nebraska o Michigan.

Mi madre suspiró al oír mis palabras y sacudió la cabeza con resignación.

—Jordan, cariño, dime: ¿en cuál de los dos equipos tienes puesto tu corazón? ¿Por quién quieres jugar? ¿Nebraska o Michigan?

Me encogí de hombros con desinterés. —No tengo ninguna preferencia. Ambos equipos tienen buena reputación y potencial. Creo que al final firmaré donde tenga mejores condiciones.

—Por *condiciones*, ¿te refieres al ascenso a primera y a la posibilidad de ganar el Campeonato de las grandes ligas?

Respondí negativamente. —Con eso me refiero a los *beneficios,* mamá. La paga. El seguro de enfermedad. La cobertura. Las primas. Contratos a largo plazo.

Mi madre soltó una carcajada al oír mis palabras.

Desconcertado, enarqué una ceja. —¿Qué?

—Suenas como uno de esos jugadores profesionales de hockey a punto de jubilarse. Los que quieren conseguir un último y lucrativo contrato para estar cómodos en su vejez.

—¿Qué hay de malo en ello? Sólo pienso en el futuro —me defendí.

—Querido hijo, tienes 23 años. Pero actúas como si tuvieras 43. No deberías pensar en el futuro, sino saborear el momento. Disfruta de la vida al máximo. Debes hacer lo que te dicte el corazón. Y, desde luego, tu corazón no te está diciendo que firmes un contrato profesional con un equipo mediocre de la liga mayor de hockey en segunda fila que paga decentemente pero en el que no tienes ninguna posibilidad de llegar a lo más alto. Todo el mundo sabe que Michigan y Nebraska son buenos equipos, pero no los mejores. ¿De verdad vas a conformarte con la segunda fila, Jordan? ¿Por dinero?

Me tensé involuntariamente porque esta conversación estaba tomando un rumbo que no me gustaba nada.

—Tengo responsabilidades, mamá.

—Sobre ti mismo, sí —intervino ella—. Debes de preocuparte por ti y nadie más. No puedes basar toda tu vida en mí. Ya ves que puedo arreglármelas sola.

—Trabajas como una loca, mamá. En el último año ya ha vuelto a aumentar. Y acordamos que te lo tomarías con calma durante un tiempo.

—Eso fue hace casi *cinco* años, Jordan. Me he recuperado del incidente. Me va bien. Voy a estar bien. ¿Por qué no me crees?

Gruñí indignado. —Lo que *quiero,* mamá, es que tengas una buena vida. Una vida con aficiones, vacaciones y relajación. Pero en tu vida sólo hay trabajo.

Mi madre cruzó los brazos delante del pecho: —Ya veo. ¿Y crees que si firmas con Nebraska o Michigan cambiaré de opinión y te dejaré financiar mi vida? Eso no va a pasar, Jordan Bishop. Quiero que firmes con el equipo por el que más te agrade. El equipo de tu corazón. Y si ese equipo aún no te ha hecho una oferta, tendrás que ser paciente.

Indignado, salté del sofá y me paseé inquieto por el salón.

—No puedo arriesgarme. ¿Y si no se presenta ningún equipo de las grandes ligas aparte de Nebraska y Michigan? Entonces he tirado mi carrera por la borda imprudentemente. Podría firmar, ganarme la vida y esperar que en algún momento me fiche un equipo mejor.

—¿Y si no? Luego desapareces en el olvido con un equipo de clase media. No, Jordan. No puedes querer eso.

—Lo diré otra vez: *quiero que* tú y yo estemos cubiertos, mamá. *Quiero que tengamos* una vida segura, sin deudas ni preocupaciones. Si gano o no el campeonato de las grandes ligas en el proceso, no podría importarme menos.

Ahora mi madre también se levantó del sofá y vino decidida hacia mí. Me agarró por los hombros, a pesar de que la superaba en casi dos cabezas, y me sacudió como si tuviera que hacerme entrar en razón.

—Basta ya. Llevo más de cuatro años escuchando esto y ya me he cansado. Necesitas empezar a vivir de nuevo, Jordan. Para ti. Y no para mí. ¿Lo entiendes?

Capítulo 4 - Carly

Mi madre, mi padre, mi hermana mayor April, su marido y yo nos sentamos alrededor de la mesa y disfrutamos de nuestra comida de Navidad.

La puerta de la terraza, que ofrecía una vista del mar no muy lejano, estaba abierta y las cortinas soplaban con el cálido viento de diciembre.

Cuando recordé nuestras Navidades en Montana, el tiempo veraniego de Santa Bárbara, no muy lejos de Los Ángeles, no me hizo sentir realmente la Navidad.

Hace tres años y medio, aproximadamente un año después de empezar la carrera de medicina en *SoCal*, en Los Ángeles, mis padres también se habían trasladado a California desde Montana. A mi padre le habían ofrecido un trabajo bien pagado en el hospital de Santa Bárbara y a mi madre una asociación en una consulta local. El hecho de que mi hermana April ejerciera en San Francisco y pudiera visitar a mis padres con más regularidad que en Montana también contribuyó a su decisión.

Se preocupaban mucho por nuestra vida familiar. Especialmente mi padre. Precisamente por eso quería que hiciera mi año de prácticas en Los Ángeles en lugar de trasladarme a otro estado para ello.

Aunque en aquel momento no me opuse a la mudanza de mis padres, a estas alturas ya me sentía bastante constreñida.

Entonces, con el corazón destrozado, me alegré de no tener que volver a Montana y Mount Silver durante las vacaciones semestrales, donde todo me recordaba a *él.* Y eso a pesar de que ya ni siquiera vivía allí. Porque gracias a mi investigación subrepticia, me enteré de que unos seis meses después de romper, había recibido una beca de hockey para estudiar empresariales en una de las mejores universidades deportivas de Estados Unidos: *La Universidad de Colorado.*

Al cabo de dos años, no sólo entró en el *equipo universitario* de hockey, sino que llegó a ser primera fila y, finalmente, capitán del equipo.

Sí, vale, he seguido la carrera de Jordan Bishop con gran interés. Era una asquerosa acosadora que no podía ni quería olvidar a su ex. Me empapaba de todo lo suyo que caía en mis manos, veía sus partidos por televisión y me enfadaba cuando no los retransmitían. Me regocijé con él por las victorias conseguidas y sufrí con él durante las desalentadoras derrotas.

Diablos, yo era su mayor fan.

Sólo que él no sabía nada al respecto.

Él no sabía que yo sabía que estudiaba en Colorado, ni que seguía su carrera con ojos de águila.

Dios, nadie lo sabía. Por una buena razón. Yo misma me di cuenta de lo descabellado de mi comportamiento. Pero no podía hacer nada al respecto. Mi corazón y mi alma pertenecían a Jordan. Incluso después de todos estos años. Y a pesar de todo lo que me había hecho y de lo despiadadamente que me había echado de su vida.

Como si mi debilidad masoquista no fuera suficientemente mala y humillante para él, ahora me ofrecían un trabajo en la *clínica*, de todos los lugares, donde se entrenaban los equipos deportivos de invierno de la *Universidad de Colorado*. Y así también el equipo de hockey sobre hielo de Jordan Bishop.

Mierda.

Idolatrar en secreto, espiar y echar de menos a Jordan desde otro estado era una cosa.

Enfrentarme a él de nuevo después de tantos años y enfrentarme a mis sentimientos por él era algo completamente distinto.

Eso haría que todo fuera de alguna manera... real.

Todos estos años parecía un ensueño irreal. Soñaba con Jordan como otras mujeres sueñan con actores famosos o cantantes populares. Se proyectaron a su lado, soñando con una vida juntos. Pero sabían que esos sueños nunca se harían realidad. Que no eran más que fantasías locas que endulzaban su vida cotidiana, a veces monótona, y les permitían vislumbrar el dulce paraíso.

Yo sentía lo mismo cuando me enamoré de Jordan. Me permití tenerlos y sentí que estaba bien consentirlos. ¿Por qué? Porque había una cosa que no eran: Reales.

Pero ahora, si aceptara este trabajo en ortopedia en el hospital de la *Universidad de Colorado*, se convertirían en eso: Real.

¿Estaba realmente preparada para enfrentarme a Jordan y, por tanto, a nuestro pasado?

Mi corazón latía salvaje e incontrolablemente en mi pecho ante la sola idea. Mis palmas se convirtieron en ríos embravecidos. Y los músculos de mis piernas se convirtieron en ositos de goma flácidos.

—Papá. Hay algo que tengo que decirte —murmuré antes de que pudiera detenerme o cambiar de opinión.

—¿Sí, querida?

Mi padre apartó los cubiertos ante el tono serio de mi voz y me miró con una mezcla de curiosidad y preocupación.

—No haré mi año de prácticas en la Clínica Privada *Beverly & Hills*.

—¿Perdón? —mi padre se quedó boquiabierto ante mi anuncio—. ¿Y por qué demonios *harías* tus prácticas allí, Carly Callahan?

Me preparé para la discusión que estaba a punto de empezar, porque mi padre sabía tan bien como yo que Jordan estudiaba en la *Universidad de Colorado*, aunque nunca habíamos hablado de ello.

—Porque tengo una oferta mejor. Una oferta que me lleva más lejos profesionalmente que el aumento de mamas en una clínica privada. Una oferta que me acerca a mi objetivo de convertirme en un médico excelente. Siento que he perdido el rumbo y es hora de retomarlo.

—¿Qué estás diciendo? —siseó ahora mi padre, visiblemente indignado—. ¿Que no puedes llegar a ser una excelente médico en una clínica privada?

—Por supuesto que sí. Pero mi objetivo siempre ha sido ayudar a los demás. Para ayudarlos a sanar. Y no para apoyarlos en su vanidad y ganarse una nariz perfecta y falsa en el proceso.

Mi padre entrecerró los ojos y guardó silencio. Si las miradas mataran, me habría caído muerta de la silla.

—Pues a mí me parece genial —intervino mi hermana April.

—A mí también —acudió mi madre en mi ayuda—. Dime, cariño, ¿qué es esta oferta? No sabía que te habías presentado en otro sitio.

—Yo tampoco —confesé—. El profesor Preston me recomendó para un puesto que no estaba anunciado. En el departamento de ortopedia de un hospital universitario especializado en deportes.

—Oh, eso suena interesante —April, que había formado parte del equipo médico olímpico estadounidense en el pasado, aguzó el oído con entusiasmo—. ¿De qué hospital universitario estamos hablando?

—Del hospital universitario —dudé y tragué saliva—, de la *Universidad de Colorado.*

Capítulo 5 - Jordan

El *entrenador principal* entró en el vestuario de los *Cometas*, el *equipo universitario de* hockey sobre hielo de la *Universidad de Colorado*, con un sonoro carraspeo.

Detrás de él iban tres jugadores que a partir de ahora reemplazarían a sus compañeros graduados en el *equipo universitario.*

Me levanté del banco y me acerqué al grupo.

—Bishop. Te presento a Asher, Dylan y Pierce. Preséntalos al resto y asegúrate de que luego pongan el culo en el hielo.

—Entendido, entrenador —asentí y me volví hacia los tres novatos—. Bienvenidos a los *Cometas de Colorado.* Esperamos de ustedes un compromiso total, un espíritu de equipo ejemplar y una lealtad inquebrantable. Si no se sienten con fuerzas, será mejor que se vayan inmediatamente.

Dirigí a los recién llegados una mirada penetrante e intenté adivinar con quién estaba tratando por su reacción a mis palabras poco invitadoras.

Aunque no creía que el entrenador estuviera eligiendo malos jugadores para el *equipo universitario* y ya conocía a estos jugadores de la liga universitaria menor de la *Universidad de Colorado*, quería decidirme por mí mismo. Era parte de mi trabajo como capitán de este equipo.

Incluso los jugadores con más talento eran inútiles si no conseguían integrarse y establecerse en el equipo.

Esto puede deberse a la falta de espíritu de equipo, de disciplina o a un ego exagerado. No toleré nada de eso en mi equipo.

Para mi alivio, mis contundentes palabras hicieron aflorar el compromiso y la determinación en las miradas de los recién llegados y ninguno de ellos se inmutó ante mi intenso escrutinio.

Muy bien. Porque los adversarios olían a los miedosos como los tiburones huelen la sangre.

—De acuerdo. Vamos a darles una oportunidad. Soy Jordan Bishop, capitán de los *Cometas*.

Me di la vuelta y dirigí mi atención al resto de los jugadores del equipo, que estaban ocupados intercambiando anécdotas sobre las fiestas navideñas mientras se enfundaban rutinariamente sus trajes.

—Escúchenme todos. Los *Cometas tienen* nuevos miembros. Les presento a Asher, Dylan y Pierce. Sean amables con ellos. A partir de ahora están en nuestro equipo.

Desde los bancos se oyeron murmullos de aprobación y decenas de pares de ojos escrutaron meticulosamente a los recién llegados.

—Bien, pueden conocerse más tarde. El entrenador nos espera ahora en el vestíbulo, donde nos comunicará la división para la próxima temporada. Así que dejen de charlar y dense prisa. No me apetece dar vueltas de penalización el primer día después de las vacaciones de invierno.

Con estas palabras, me di la vuelta para mostrar a los recién llegados sus taquillas y, señalando el reloj, les dije que se pusieran en marcha.

Diez minutos más tarde, el equipo se dirigió unido hacia la pista del estadio de hielo, donde el *Entrenador Principal*, el *Entrenador Adjunto* y el *Director General Adjunto* nos

saludaron con un gesto seco de la cabeza.

Tomamos asiento en una de las gradas y escuchamos el discurso del *entrenador, que anunció* la alineación preliminar para la próxima temporada, así como el programa de entrenamientos y el calendario de partidos para la primera mitad de la temporada.

Con Chester y Montgomery, perdimos a dos jugadores de primera fila que jugarían en un equipo profesional de la Costa Este a partir de esta temporada. Sin ellos, nuestro equipo empezó el campeonato universitario debilitado. Pero eso no cambió mi voluntad de ganar.

Afronto este campeonato con el mismo hambre de victoria y la misma ambición que en años anteriores.

Y si eso significaba que tenía que entrenar más duro para vencer a nuestros oponentes, entonces lo haría.

Por aquel entonces, la *Universidad de Colorado* me había ofrecido una beca completa porque había jugado al hockey tan duro y sin descanso que parecía que no tenía nada que perder.

La impresión no era engañosa. Y nada había cambiado hasta hoy. Porque lo que mi mundo significaba para mí lo había perdido hacía mucho tiempo. Y no había nada que pudiera curar esta herida abierta y fea en mi corazón y en mi alma. Ni siquiera después de todos estos años. Así que cuando salí al hielo, no me importaba si volvía vivo y completo.

Para mí, sólo importaba una cosa: ganar. Y a cualquier precio.

Me las arreglé para soportar incluso el peor dolor sin pestañear. ¿Por qué? Porque no eran nada comparados con el dolor que tuve que infligir a la persona que amaba por encima de todo en aquel momento. Ella y... yo.

Dejé que se me hundiera la cara entre las manos y reprimí un gruñido de disgusto.

¿Por qué demonios no podía dejar atrás mi pasado de mierda y mirar al futuro con buen ánimo?

Ya no podía deshacer lo que había pasado. Y aunque pudiera, no me lo permitirían.

Entonces, ¿de qué me servía aferrarme al pasado con todas mis fuerzas y destruirme pieza a pieza en el proceso?

Sabía todo esto y, sin embargo, ningún argumento lógico del mundo podía hacerme olvidar el pasado. El odio permaneció. Igual que el dolor. Los reproches. La desesperación. La puta pena.

¡Mierda!

Yo era un puto desastre mental.

Menos mal que rápidamente había aprendido a ocultar mis sentimientos tras un muro de hormigón altísimo y a utilizar mi talento para el hockey para camuflar ese muro con tanta astucia que nadie lo descubriera.

—Antes de empezar los entrenamientos, quiero presentarles al equipo médico que les atenderá esta temporada. El doctor Stafford seguirá con nosotros como director médico. Él, así como tres de sus aprendices, es decir, tres futuros médicos que están haciendo su año de prácticas con él, serán responsables de ustedes a partir de ahora.

Por mi bien.

No era nada nuevo. Cada año, un joven equipo de médicos se encargaba de acompañarnos, cuidarnos y tratarnos. Después de todo, no podíamos permitirnos estar con jugadores lesionados permanentemente.

Me pareció bien. No obstante, evité el contacto con ellos y reduje al mínimo mi interacción con el equipo médico, incluso cuando estaba lesionado.

No es que sufriera fobia a los médicos ni que perteneciera al grupo de personas que

pensaban que no necesitaban un médico.

No. Evitaba a los médicos de cualquier tipo porque me recordaban dolorosamente lo que había perdido. El amor de mi vida. Carly.

Capítulo 6 - Carly

Cerré tras de mí la puerta de mi casita, no muy lejos del campus, y por reflejo me envolví más fuerte la bufanda alrededor del cuello ante el frío helador que hacía fuera.

Vaya. Qué rápido se olvida uno del frío que puede hacer a veces en invierno en estados como Montana y Colorado.

Llevaba menos de cinco años viviendo en Los Ángeles y, sin embargo, ya había olvidado lo implacablemente fríos que pueden llegar a ser los territorios septentrionales de Estados Unidos.

Me introduje más la gorra en la cara y me dirigí a la pista de hielo, donde se reuniría con nosotros el doctor Stafford.

A cada paso que daba hacia el campus y, por tanto, también hacia la pista de hielo, mi corazón latía más inquieto y desbocado.

Mientras tanto, casi se ha convertido en una condición permanente. Las últimas semanas han sido como una pesadilla. Después de comunicar a mi familia que rechazaba el puesto en la clínica privada y que, en su lugar, completaría el año de prácticas en el *Hospital Universitario de Colorado*, la casa se vino abajo.

Mi padre protestó enérgicamente e intentó hacerme cambiar de opinión a toda costa. Cuando no pudo, dejó de hablarme y en su lugar llamó a mi madre y a April. Sin embargo, se negaron a disuadirme de mi decisión, lo que no hizo sino avivar la ira de mi padre.

Mi padre insistía en que quería que estuviera cerca de la familia. Pero esa no era la razón principal por la que quería mantenerme alejada de Colorado a toda costa.

La verdadera razón de su aversión se llamaba *Jordan Bishop*.

Mi padre sabía tan bien como yo que Jordan estudiaba en la *Universidad de Colorado,* aunque nunca mencionó su nombre.

Odiaba a Jordan por lo que me había hecho y no estaba dispuesto a perdonarle. Ni ahora, ni nunca.

El hecho de que yo me acercara voluntariamente a Jordan y, por tanto, me encontrara inevitablemente con él, preocupaba a mi padre.

Podía entender su preocupación. Pero eso no cambiaba el hecho de que tenía que vivir mi vida *como* mejor me pareciera. Que tenía que tomar mis decisiones sola e independiente y afrontar las consecuencias y repercusiones.

Sí, era verdad. Una parte de mí había aprovechado la oportunidad de trabajar en la *Universidad de Colorado porque* quería volver a ver a Jordan. Porque no podía soportar estar lejos de él por más tiempo. Porque seguía habiendo tantas preguntas, tantas dudas, tantas incoherencias que no me daban paz.

Pero otra parte de mí quería este trabajo porque me ofrecía una excelente preparación para mi carrera médica. Y en un campo que me atraía e interesaba.

Había hecho mis averiguaciones: el doctor Stafford y el Hospital Universitario de la *Universidad de Colorado figuraban* entre las clínicas deportivas más renombradas de este país. Si demuestro mi valía aquí, después se me abrirán todas las puertas. Y eso fue únicamente por mis aptitudes profesionales y no por las numerosas conexiones de mi acaudalada familia médica.

Tragué saliva y respiré hondo mientras el imponente estadio de hielo de *los Cometas de Colorado se cernía* ante mí, recordándome que estaba a punto de enfrentarme a mi pasado.

Me escuché a mí misma. Me pregunté si me sentía preparada, si me sentía armada.

La sensación de hundimiento en mi estómago me gritó literalmente la respuesta: *Dios, no. Nunca jamás.*

Lo sabía. Mierda.

Lo haría de todos modos. Reuniría todo mi coraje y me enfrentaría a mis demonios.

Caminé con decisión los últimos metros hasta el estadio y, fuera de la entrada, vi a Cole y June, dos de mis colegas a los que había conocido ayer en mi primer día en la clínica.

—Hola —les saludé y me uní a ellos.

Cole era originario de Vermont y también había estudiado allí. June, en cambio, venía de Virginia. En ese sentido, Colorado era un territorio nuevo para los tres. Ninguno de nosotros conocía el camino. Ni en la clínica ni en Flake Falls, la pequeña ciudad que albergaba la *Universidad de Colorado.*

Así que todos empezaríamos de cero y, aunque este conocimiento debería asustarme, la expectación por lo que me esperaba el año siguiente lo superaba.

Dejé a un lado el pensamiento de que Jordan estaba jugando un papel bastante importante en esta anticipación y me centré en la verdadera razón por la que estaba aquí: mi año de prácticas médicas.

—¿Entramos? —sugirió Cole y yo asentí.

El doctor Stafford nos había dicho que nos esperaría en el despacho del *Director General,* en la primera planta.

Con cada jugador de hockey que se cruzaba con nosotros en el camino, se me secaba más la garganta y se me revolvía más el estómago.

Sin embargo, Jordan no aparecía por ninguna parte.

June llamó a la puerta que decía *Director General* en letras mayúsculas y siguió la invitación para entrar en la habitación. Cole y yo hicimos lo mismo.

—Buenos días —nos saludó Stafford—. Les presento a Jack Jennings, el *Director General* de los *Cometas*. Jack, ellos son los tres aprendices que atenderán al equipo universitario de *los Cometas de Colorado* este año. Cole Simmons de Vermont, June Hall de Virginia y Carly Callahan de California.

Jack Jennings frunció las cejas divertido. —¿De California? ¿Eres de Tahoe?

—No, señor. Estudié en Los Ángeles —respondí.

Jack Jennings se echó a reír. —¿Cambiaste voluntariamente el sol y el mar por el frío glacial y el caos de la nieve? ¿Qué nos estás ocultando, Callahan?

Hice un gesto involuntario.

Mierda.

¿Sabía Jennings lo que pasó entre Jordan y yo o de dónde venía su extraño comentario?

Tranquila, Carly, me susurré mentalmente. *No sabe nada*. *¿Cómo podría? Eso significaría que Jordan lo ha puesto al tanto sobre nosotros y Jordan no sabe que estoy aquí. Todavía no. Así que mantén los malditos nervios en calma.*

Puse una sonrisa profesional y enderecé los hombros.

—Le confesaré que soy originaria de Montana, señor. Así que crecí con un frío glacial y un caos de nieve. Supongo que me lo perdí. Siempre el sol es bastante monótono a la larga.

¡Bingo!

Jack Jennings soltó una risita de acuerdo y me dio una palmada en el hombro en tono amistoso. —En eso estoy de acuerdo contigo. Cuatro estaciones como las que tenemos en Colorado también son significativamente preferibles al eterno verano de Los Ángeles. Muy bien.

Basta de tanta charla. Síganme al vestíbulo. Les presentaré al equipo universitario.

Así que ahora la cosa se ponía seria.

El corazón me latía hasta la garganta y un sabor agrio se extendía por mi boca. El tipo de sabor que anunciaba un auténtico desmayo. El hormigueo en las mejillas y la mandíbula entumecida hacían juego.

Cerré los ojos y respiré hondo.

¡Vamos, Carly! Contrólate. Ahora no puedes bajar la guardia.

No muy lejos de la pista había otros tres hombres, a quienes Jack Jennings nos presentó como *entrenador principal*, *entrenador ayudante* y *director general adjunto* de los *Cometas* mientras nos acercábamos.

Dejé vagar mi mirada por los jugadores de hockey que estaban sentados en las gradas junto al hielo, escuchando las palabras del *entrenador principal* con tanta atención que, a diferencia de *él,* no se dieron cuenta de nuestra llegada.

Los jugadores vestían la equipación completa de *los Cometas.* Sólo se habían quitado los cascos. Mi mirada se deslizó entre las filas y se fijó en un joven de tez aceitunada, pelo castaño oscuro ligeramente ondulado y ojos igualmente castaños oscuros.

Jordan.

El corazón me latía en el pecho de rabia. Al mismo tiempo, se contrajo dolorosamente al verle, tan familiar y a la vez tan extraño. Tuve la sensación de que el aire de la sala se agotaba y todo a mi alrededor empezó a girar.

—Antes de empezar los entrenamientos, quiero presentarles al equipo médico que les atenderá esta temporada. El doctor Stafford seguirá con nosotros como director médico. Él, así como tres de sus aprendices, es decir, tres futuros médicos que están haciendo el año de prácticas con él, serán responsables de ustedes a partir de ahora —oí decir al *jefe de* estudios desde lejos.

Estaba de pie a pocos metros de mí.

Mi mirada se detuvo en Jordan. Mientras que su atención se había centrado en el *entrenador* cuando llegamos hace unos minutos, ahora parecía ausente y sumido en sus pensamientos.

Me pregunto en qué estaría pensando.

Antes de que pudiera seguir reflexionando, levantó la cabeza y miró al doctor Stafford. Y luego... a la persona que estaba a su lado.

Yo.

Con un fuerte estruendo, el tiovivo de mi cabeza se detuvo y el mundo, mi mundo, se detuvo por completo.

Capítulo 7 - Jordan

Atónito, me quedé mirando el espejismo que tenía delante y agradecí con toda mi alma estar ya sentado. Porque si no, ahora me encontraría en el suelo. Toda la tensión se drenó de mi cuerpo. Mis músculos se disolvieron y sentí como si la sangre saliera a toda prisa por todos los poros de mi cuerpo, dejándome como un cascarón vacío e impotente.

Este estado duró unos cinco segundos.

Entonces, una bola de energía me golpeó tan fuerte que casi me caigo del soporte.

La sangre corría fuerte y caliente por mis venas. Mis músculos se tensaron al máximo y mis pulmones se llenaron de grandes cantidades de oxígeno. Demasiado para respirar. Demasiado.

Cerré los ojos y conté hasta tres.

Pero cuando volví a abrirlos, el espejismo seguía allí. Con las manos cerradas en puños, me miraba tan asustada como yo a ella.

¡Mierda!

Eso era completamente imposible.

—Mis tres nuevos médicos de este año se llaman Cole, June y Carly. Se encuentran entre los mejores médicos en prácticas de este país y han superado con éxito sus estudios principales. Si tienen alguna duda, pueden encontrarlos en la sala de traumatología del hospital o en las salas de prácticas de la pista de hielo.

Carly.

El profesor había señalado a la morena de ojos de oro líquido y la había llamado *Carly.*

No.

Diablos, no.

No puede ser. No *puede* ser.

—De acuerdo —el *entrenador* dio una palmada de ánimo—. Empecemos a entrenar.

—Y aprovecharemos esta grata oportunidad para ver cómo entrenan los chicos durante unos minutos antes de que les enseñe las salas de prácticas —se dirigió Stafford a sus tres ayudantes.

—Vuelvo enseguida —oí decir a Carly con voz presionada. Luego se alejó tambaleándose hacia la salida.

—¡Bishop! ¿Necesitas una invitación adicional? ¿Qué te pasa? —gritó el entrenador desde la pista.

Levanté una mano para indicarle que le seguiría en un momento. Sin esperar su respuesta, me apresuré a dar largas zancadas en la dirección por la que había desaparecido Carly.

Tenía que saber qué estaba pasando. Y necesitaba saberlo de inmediato.

A medida que avanzaba por los laberínticos pasillos, no la veía por ninguna parte. Fui a los aseos, entré sin pensármelo dos veces en los de mujeres y abrí de un empujón cada una de las puertas.

En vano.

Me dirigí decidido hacia la salida y empujé la pesada puerta que daba al exterior.

Un viento helado sopló en mi cara y agudizó mis sentidos. Carly tenía que estar aquí en alguna parte. Lo percibí. Incluso después de todos estos años.

Miré a mi alrededor y efectivamente.

Estaba apoyada en uno de los pilares de hormigón con las manos sobre los muslos.

La última vez que la había visto en esta pose había sido en nuestro baile de graduación, ...

Me prohibí recordar lo que le había hecho a Carly, o mejor dicho, lo que tuve *que* hacerle. Por el trato que no pude rechazar. Por el maldito pacto con el diablo.

El trato, se disparó en mi conciencia. Seguía siendo válido. Y así seguiría hasta que por fin pudiera separarme de ella. Sin embargo, hasta que eso ocurriera, tenía que mantener la fachada a toda costa. No podía arriesgarme a poner en peligro el trato. Había demasiado en juego para eso.

Me aparté de Carly y controlé mis emociones agitadas. Al menos lo intenté. Luego me acerqué a ella con el rostro cerrado e hice notar mi presencia con un carraspeo.

Apoyó la cabeza, que aún permanecía entre sus rodillas ligeramente flexionadas, y me miró con los párpados entreabiertos.

Ante la intensidad de su mirada, instintivamente di un paso atrás. El cálido brillo de sus ojos dorados no dejaba de tener un efecto mágico en mí, incluso después de todos estos años.

Mi corazón latía fuerte y rápido. Mi garganta se secó y mi maldita polla se agitó con avidez bajo mi atuendo.

—¿Qué demonios haces aquí? —la insté, resistiendo el impulso de hacer todo lo contrario. Hacer lo que mi corazón anhelaba: tomarla en mis brazos y besarla. Para no soltarla nunca más.

Y claro que dolió. Me dolió atacarla así. Me dolió alejarla de mí. Me dolió ver el dolor en sus ojos. Dolor que yo estaba causando en ella. Una vez más. Pero no tenía elección. Antes como ahora.

—Qué bonito saludo —replicó Carly—. ¿Un *hola, cómo estás, Carly,* te rompe un hueso del cuerpo, o los jugadores de hockey realmente no tienen modales?

—¿Qué haces aquí? —repetí con voz firme sin responder a sus palabras.

Carly resopló despectivamente.

—Trabajando. Quizá recuerdes que me mudé a Los Ángeles para estudiar medicina. Desde entonces he terminado mis estudios principales y, antes de especializarme, debo hacer un año de prácticas.

—¿Y has elegido la *Universidad de Colorado,* de todos los sitios? ¿Por qué?

Carly se enderezó y cruzó los brazos delante del pecho. La calidez abandonó sus ojos dorados. En su lugar había ahora un destello decidido y furioso que me hacía estremecer la piel bajo el traje.

Seguía estando tan buena como antes cuando se excitaba.

—La misma razón por la que juegas al hockey aquí, Jordan Bishop. Es una de las mejores universidades deportivas de este país.

—¿Y eso te interesa porque? ¿Quieres especializarte en medicina deportiva, o por qué tenía que ser la *Universidad de Colorado*?

Carly dio un paso hacia mí, de modo que su cara quedó a escasos centímetros de la mía.

Cerca. Demasiado cerca.

Mierda.

Su dulce aroma me llegó a la nariz y estuve a punto de abalanzarme sobre ella y estrecharla entre mis brazos.

—¿Puedo recordarte que me engañaste, Jordan? Así que si alguien aquí tiene motivos para estar enfadada y ser antipática, claramente soy yo y desde luego no tú. ¿Cuál es tu problema? ¿Qué te he hecho para que seas tan hostil conmigo?

Me mordí el labio inferior e intenté mantener la calma. Todo en mí quería besar a esta mujer y no dejarla ir nunca. Pero no pude. El acuerdo lo prohibía. El puto acuerdo nos prohibía

incluso hablarnos. Y sin embargo, aquí estábamos, hablando.

Mierda. Mierda. Mierda.

Miré furtivamente a mi alrededor para asegurarme de que no nos observaban. El aire parecía claro. Pero era cuestionable cuánto tiempo se mantendría así. Así que debería terminar esto lo antes posible.

—Si es absolutamente necesario que estés aquí, está bien. Haz lo que tengas que hacer. Pero aléjate de mí, Carly. Déjame en paz, ¿entiendes? Porque no me interesa revivir el pasado.

Carly abrió la boca para decir algo. Pero mis duras palabras, por las que me odiaba, hicieron que se le atascara en la garganta.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y las manos le temblaban sin control.

Se me hizo un nudo en la garganta al verla herida y sentí que también se me llenaban los ojos de lágrimas traidoras. Lágrimas que Carly no podía ver bajo ninguna circunstancia.

Así que me apresuré a apartarme de ella sin decir una palabra más y salí dando pisotones en dirección a la pista de hielo.

Capítulo 8 - Carly

Con los ojos empañados por las lágrimas, vi a Jordan desaparecer en el estadio de hielo.

Cuando la puerta se cerró tras él, ya no pude contener las lágrimas. Fluyeron como un torrente por mis mejillas y mojaron mis labios con su sabor salado.

Me temblaron los hombros y se me escapó un sollozo.

Por favor, no lo hagas. Ahora no. Aquí no.

¿Cómo iba a volver con mi grupo en estas condiciones? Apenas podía mostrar mi rostro entre tantas lágrimas y desesperación.

Pero, ¿qué esperaba?

¿Que Jordan caería de rodillas ante mí y me juraría su amor eterno? ¿Que daría volteretas de alegría al verme de nuevo? ¿Que me recibiría con los brazos abiertos?

Difícilmente.

Sin embargo, me sorprendió profundamente su brusca reacción. El desagrado en su voz. La ira en su postura. La frialdad de sus ojos.

¿Qué había hecho yo para merecer esto? ¿Qué le había hecho para que me tratara con tanto desdén?

—Eh, ¿estás bien? —una voz preocupada me sacó de mis sombrías cavilaciones.

Levanté la mirada cubierta de lágrimas y descubrí una figura sombría frente a mí.

—Estoy bien —murmuré, secándome las lágrimas de los ojos.

—No lo parece —respondió la figura, que ahora identifiqué, con una mirada clara, como una mujer de pelo rubio y ojos grises de más o menos mi edad—. ¿Qué te ha hecho Bishop?

Levanté la nariz de forma poco femenina y me limpié las interminables lágrimas de las comisuras de los ojos con la manga.

—¿Conoces a Jordan?

—Claro. Trabajo para el equipo de hockey —respondió encogiéndose de hombros.

Suspiré. —Jordan y yo... nos conocemos de antes.

La joven rubia enarcó las cejas, sorprendida. —Pero no parecía un reencuentro feliz. Tú estás aquí como un montón de miseria, llorando a mares, y él entra en la arena como un toro bravo camino de la cruz.

Hice una mueca de agonía. —Lo sé. No parecía muy contento de volver a verme después de tantos años.

Una nueva oleada de lágrimas brotó de mis ojos y recorrió mis mejillas hasta llegar a mis labios.

La chica sin nombre me entregó un pañuelo y esperó pacientemente a que se me secaran las lágrimas.

—Así que, antes de que te caiga la próxima oleada de lágrimas, vamos a mi despacho, donde te prepararé un té y podrás entrar en calor. Tus labios ya están azules.

Sacudí la cabeza con pesar. —No puedo. Me esperan dentro y seguro que ya se preguntan dónde me he metido.

—¿*Te esperan*?

—El doctor Stafford y mis colegas. Formo parte de su equipo de ayudantes y esta temporada atenderé al *equipo universitario* de hockey sobre hielo y al *equipo universitario* de esquí.

Ladeó la cabeza pensativa y me miró en silencio durante un momento.

—Es imposible que vuelvas con tu grupo en este estado. Te diré una cosa: ven conmigo a mi despacho y le diré a Stafford que te obligué a revisar los planes de formación. No lo cuestionará.

—¿Por qué te tomas tantas molestias por mí? Ni siquiera me conoces.

Me pasó confiadamente el brazo por los hombros y me dirigió hacia la entrada del estadio.

—Porque en este dominio masculino infestado de testosterona, las chicas tenemos que permanecer unidas para salir airosas. Así que ven, vamos a ahogar tus penas en té caliente. Soy Ruby, por cierto.

—Carly —murmuré con una pequeña sonrisa—. Gracias, Ruby.

Esbozó una sonrisa pícara en respuesta. —No me des las gracias demasiado pronto. Me encanta el *drama.* Así que tendrás que responderme sobre ti y el sexy capitán de *los Cometas*.

Diez minutos después estábamos sentadas en el pequeño despacho de Ruby, que más bien parecía un trastero casero. Sostenía una humeante taza de té entre las manos mientras Ruby informaba por teléfono al doctor Stafford de que me incorporaría a la formación un poco más tarde porque antes tenía que repasar los planes de formación con ella. Un asunto urgente que no podía esperar.

La actitud mandona de Ruby no admitía discusión y colgó poco después con una sonrisa triunfal.

—Es un trato. Lo creyó todo.

Resoplé de forma divertida. —Hasta *yo* me lo habría creído. Puedes ser muy convincente.

—Como única chica en una familia de hockey, tienes que hacerlo si quieres que te escuchen. Mi padre fue jugador profesional en las grandes ligas y mis tres hermanos han seguido sus pasos. Así que sólo hemos pensado en una cosa: el hockey.

—Suena... agotador —intervine.

—Te acostumbras con el tiempo. Además, me gusta jugar, pero mi verdadera pasión es la gestión. Quiero ser *directora general* en las grandes ligas, ¿sabes?

Abrí los ojos con asombro. Me fascinó la franqueza con la que Ruby me confió todo esto y la naturalidad con la que hablaba de ello. No sonaba distante ni chiflada, sino completamente convencida de sí misma y de sus objetivos. La admiraba.

—Pero basta de hablar de mí. Ahora dime, ¿qué está pasando entre tú y Bishop? Por la carga concentrada de emociones entre ustedes dos, supongo que solían estar juntos.

—Ahí lo tienes.

Me quedé ensimismada mirando el vapor que salía del té caliente y me calenté las manos frías con él.

—¿Qué pasó entre ustedes? Si no quieres hablar de ello, lo entiendo. Pero a veces hablar ayuda...

Siseé al aire. —Para ser sincera, ni yo misma sé qué pasó antes para que Jordan cambiara tanto y me diera completamente la espalda de la noche a la mañana.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ruby, frunciendo el ceño.

Tomé un sorbo de té y recordé aquella época. Desenterré los recuerdos de aquella terrible noche que había intentado reprimir todos estos años.

Ahora que seguía encontrándome con Jordan, de todos modos nunca podría ignorar el recuerdo de aquella vez.

—Jordan y yo solíamos ser pareja. En el instituto. Durante muchos años, para ser exactos. Acabábamos de terminar el instituto e íbamos a mudarnos juntos de Montana a Los Ángeles después de las vacaciones de verano. Era un trato hecho. Nos hacía mucha ilusión. Y entonces...

Me interrumpí porque el recuerdo de la noche del baile me dejó sin aliento. Todavía. Incluso después de casi cinco años.

—El día de la graduación, hubo un incidente con su madre. Se desmayó y tuvo que ir al hospital. Pero se recuperó y volvió a estar bien. Aún así, Jordan había estado actuando raro desde su colapso. No podía acercarme a él de alguna manera. En aquel momento me dije que estaba en estado de shock y que necesitaba darle tiempo y espacio para recuperarse.

Ruby, que no había pasado por alto mis crecientes lágrimas, me tendió otro pañuelo.

—Era la noche del baile de graduación. Llevaba meses esperándolo. Jordan sabía lo mucho que la velada significaba para mí. Sobre todo porque... —vacilé—. Porque íbamos a pasar la noche juntos después del baile. Pero Jordan también se comportó de forma distraída y desdeñosa conmigo aquella noche. Cuando me excusé para ir al baño, desapareció de repente de la faz de la tierra. Lo busqué. En todas partes. Y por fin lo encontré.

Arrugué el pañuelo en la mano y me clavé las uñas en el talón con tanta fuerza que me dolió.

—Déjame adivinar —dijo Ruby secamente—. ¿No estaba solo?

Sacudí la cabeza. —Le pillé liándose con otra. Y cuando me descubrió, no hizo ningún esfuerzo por parar. Al contrario. Me empujó fuera de él. Me dijo que me fuera.

—Hijo de puta —susurró Ruby—. No pensaba en Bishop así en absoluto. Da la impresión de ser muy obediente, responsable y honesto. Es todo una fachada...

—No, eso no es verdad —por razones que escapan por completo a mi comprensión, me invadió un fuerte impulso de defender a Jordan—. Jordan *es* cumplidor, responsable y honesto. Le quiero por eso.

Sorprendida, me mordí el labio inferior. ¡Mierda! ¿Realmente acababa de confesarle a Ruby que aún amaba a Jordan?

La boca de Ruby formó una "O" sorprendida, sin dejar ninguna duda sobre mi confesión.

¡Mierda!

—Si se supone que es tan buen tipo, ¿por qué te engañó? ¿Se lo has preguntado alguna vez? ¿Te has enfrentado a él? —replicó Ruby.

—Fui a verle al día siguiente para hacer precisamente eso. Pero me rechazó y me echó. Me deseó una buena vida. Y eso fue todo. Fue la última vez que le vi y hablé con él. Hasta hoy.

—Joder —gimió Ruby estirándose—. Qué historia más jodida.

—Una historia que apesta a kilómetros —añadí.

Ruby entrecerró los ojos. —¿En qué sentido?

—Bueno, eso es fácil. Jordan y yo éramos inseparables. Yo era su gran amor y lo mismo ocurría a la inversa. El hecho de que me haya engañado y me haya dejado no encaja en el cuadro. Hay algo más. Todos estos años he estado repasando una y otra vez nuestras últimas semanas juntos en mi cabeza. Buscando pistas. Pistas... pero no había nada. Nada que sugiriera que Jordan iba a romper conmigo. Al contrario. Deseábamos *tanto* esta vida juntos en Los Ángeles.

Ruby puso compasivamente su mano sobre la mía. —Sabes, Carly, a veces deseamos tanto algo que torcemos la realidad para adaptarla a nuestros deseos. Todo lo que se desvíe de eso, lo ignoramos.

Retiré la mano y la miré con dureza.

—¿Qué intentas decir? ¿Que me estoy inventando nuestra relación? ¿Que me estoy

imaginando todas las incoherencias?

Ruby se cruzó de brazos, pensativa, delante del pecho.

—Apenas te conozco, Carly. Pero no me pareces un bicho raro soñador. Entonces, suponiendo que tengas razón y Jordan te oculte algo, ¿cómo vas a averiguarlo? Porque aunque no capté toda su acalorada conversación, la parte en la que te dice que te alejes de él fue bastante clara.

Se me escapó otro suspiro. —No lo sé. Todavía no. Pero llegaré al fondo del asunto. Lo juro.

Me levanté y Ruby hizo lo mismo.

—Este tipo significa mucho para ti, ¿eh? —susurró, cogiéndome la taza de té vacía.

—Él significa el mundo para mí, Ruby. Precisamente por eso necesito averiguar qué pasó realmente entonces.

—¿Y si lo sabes? Entonces, ¿qué se hace con ese conocimiento? Lo hecho, hecho está, Carly.

Asentí con la cabeza. —Tienes razón. No puedo cambiar el pasado. No puedo deshacerlo. Pero el futuro aún está por llegar. Y en cuanto a eso, tendré algo que decir.

Ruby se acercó a mí y me abrazó amistosamente.

—Te deseo la mejor de las suertes con esto, Carly. Tu secreto está a salvo conmigo y si necesitas una aliada: ya sabes dónde encontrarme. Pasa por aquí. A cualquier hora.

Sonreí. Una sonrisa sincera, alegre y segura de sí misma. Por primera vez ese día.

Gracias a Ruby. Gracias a la inesperada aliada que el destino me había enviado como refuerzo en mi proyecto.

—Gracias, Ruby. Gracias por estar a mi lado y escucharme —le contesté y me despedí de ella con un abrazo.

Capítulo 9 - Carly

Saludé brevemente con la cabeza al doctor Stafford mientras me reunía con él y mis compañeros, sintiéndome mucho más serena que quince minutos antes.

Cole y June parecían tan absortos en lo que ocurría en la pista de hielo que tenían delante que apenas notaron mi ausencia.

Me senté junto a June, saqué mi bloc de notas y también dirigí mi mirada a los jugadores que estaban en el campo.

A estas alturas, el entrenamiento estaba en pleno apogeo. Rápidos como el rayo, hábiles y concentrados, los jugadores patinaron sobre la superficie del hielo, persiguiendo el disco sin perder de vista a sus oponentes.

Al parecer, estaban practicando un simulacro de partido en el que una mitad del *equipo* simulaba a los *Cometas* y la otra mitad a sus adversarios.

Jordan patinó dentro de mi campo de visión y mis ojos se quedaron pegados a él, como es natural, mientras dirigía el disco hacia la portería con su stick.

Aunque ya me había dado cuenta en la televisión y en la página web del *equipo universitario* de que el aspecto exterior de Jordan era muy diferente al que tenía entonces, la magnitud del cambio sólo me saltó a la vista ahora, mientras se deslizaba por el hielo a pocos metros de mí.

Jordan parecía mucho más musculoso que en el instituto. Por supuesto, la equipación de hockey abultaba los cuerpos de los chicos, pero debajo había una montaña de músculos y nervios con los que era mejor no meterse.

Los contornos de su rostro, acababa de darme cuenta mientras mi cara se detenía a escasos centímetros de la suya, se habían vuelto más angulosos y pronunciados. Había un tirón duro y tenaz alrededor de sus labios. Si esto se debía a mí o reflejaba la expresión cotidiana de Jordan: no lo sabía.

El pelo le caía sobre la cara, proyectando una sombra alrededor de los ojos. Quizá por eso ya no brillan con tanta alegría y exuberancia como entonces.

Mientras observábamos cómo se desarrollaba la acción ante nosotros, el profesor nos explicó que dividiríamos nuestro tiempo de trabajo entre la clínica, los *Cometas* y los *Blizzards*, el equipo de esquí alpino de la Universidad de *Colorado.*

Cuando trabajáramos con los *Cometas, nos alojaríamos* en las salas de prácticas del estadio. Yo aún no las había visto, pero Stafford indicó que nos enseñaría las salas después del entrenamiento.

El equipo patinó hasta el *entrenador principal*, que gritó instrucciones para la siguiente ronda de juego y dio a los chicos un descanso de cinco minutos para beber e hidratarse.

Aproveché esta pausa para recordar el encuentro con Jordan fuera de la pista.

Si esperaba llegar aquí, preguntarle qué le llevó a traicionarme y abandonarme en aquel momento, y que él me diera voluntariamente la respuesta, estaba equivocada.

Pasara lo que pasara entonces, seguía planeando ominosamente sobre nosotros. Él aún se interponía entre lo nuestro. Se aseguró de que fuéramos por caminos separados.

Y sentí que no se desvanecería en el aire.

Si quería saber lo que ocurrió realmente en aquel entonces, tenía que tener aguante, de eso no cabía duda.

Mi mirada volvió a la pista, donde el equipo se estaba alineado en una formación ligeramente diferente.

Me obligué a dejar de lado los pensamientos sobre Jordan y a centrarme no sólo en él, sino en todos los jugadores a los que atendería en el futuro.

Stafford entró en nuestro campo de visión y se aclaró la garganta.

—Para que conozcan a los jugadores de los *Cometas*, algunos de ellos les serán asignados cuando acabe el entrenamiento. Quiero que concierten citas con ellos y se hagan una idea general. Para ello, les facilitaré todos sus historiales médicos. Estúdienlos. Háganles preguntas. Sean críticos y curiosos. Y sobre todo: prepárense. Esto ya no es una teoría. Ahora están tratando a pacientes reales. Si cometen errores, habrá consecuencias. Para ustedes y para el paciente. Ahora son responsables de ello. ¿Está claro?

Asentimos en silencio.

Desde nuestra primera conversación telefónica me quedó claro que Stafford exigía mucho a su personal. Realmente no lo ocultó. Pero no rehuyo los retos. Al contrario. Estaba deseando poder aplicar por fin lo que había aprendido en los últimos cuatro años y medio.

—Bien entonces, bienvenidos al año de prácticas.

Después del entrenamiento, bajamos las escaleras de la tribuna hasta el borde de la pista, donde el sudoroso equipo se sentó en los bancos para recuperarse de la larga sesión de entrenamiento.

—Bien chicos, antes de ir a la sala de pesas, les asignaremos a sus médicos para las revisiones. La mayoría de ustedes ya conocen este procedimiento. Antes de que empiece la temporada, haremos una prueba de aptitud física detallada a cada jugador. Se le preguntará por su historial médico, dolencias y lesiones. Pondrán a prueba su forma física y su resistencia, y les pondrán completamente patas arriba. Si hay algo mal en su cuerpo, lo encontraremos.

Un murmullo bajo recorrió el grupo y se intercambiaron miradas incómodas.
Comprendo la inquietud y el escepticismo de los jugadores. Al fin y al cabo, de este diagnóstico dependía que un jugador fuera clasificado como apto para jugar o no. Si encontrábamos puntos débiles o lesiones que pudieran poner en peligro el éxito del *equipo,* teníamos que informar de ello.

En el peor de los casos, esto podría significar el final de una carrera antes incluso de que hubiera empezado realmente.

En consecuencia, no esperaba que los jugadores me recibieran con simpatía y amplitud de miras.

No podía culparles.

No obstante, me esforzaría por hacerlo lo más agradable posible para todos los implicados.

El entrenador hojeó su lista y anunció los nombres de los jugadores que harían las pruebas con June, Cole y yo. Volví a coger mi bloc de notas para anotar concienzudamente los nombres de mis pacientes.

—Bishop —el *entrenador principal* se dirigió en ese momento al capitán del equipo—. Tú, Solomon, Reed, Dylan y Pierce preséntense ante la señorita Callahan para su chequeo, ¿entendido?

¿Qué?

Levanté los ojos del cuaderno y miré directamente a los ojos brillantes y furiosos de Jordan.

Oh. Dios. Mío

La alegría realmente se veía diferente.

Capítulo 10 - Jordan

Me había preocupado cuando Carly no volvió a la pista. Me había hecho más de un chequeo corporal por las miradas furtivas que lanzaba a las gradas donde estaban sentados el doctor Stafford y sus ayudantes cada diez segundos.

Debería concentrarme en mi entrenamiento. Y no en Carly.

Pero el hecho de que se mantuviera alejada me preocupaba, aunque eso era precisamente lo que debía alegrarme.

¿Había exagerado con mis duras palabras? ¿La había hecho huir? ¿La despojé de su valor?

Sabía que le había hecho mucho daño con mis palabras. No me hacía ilusiones. Pero el hecho de que no apareciera más...

¿Dónde estaba?

¿Se había retirado a un rincón oscuro para dar rienda suelta a las lágrimas que brillaban en sus ojos? Las lágrimas de las que yo era responsable. Otra vez.

¡Mierda!

Puse toda mi rabia en el disparo y el disco voló a través del campo, pasó por delante del hombro izquierdo del portero y entró en la portería.

Mis compañeros vitorearon, pero yo no puse ninguna cara.

Una vez más, mi mirada se desvió hacia las gradas.

Nada. Carly no estaba.

¡Maldita sea!

Miré al *entrenador* y me pregunté si me dejaría salir del campo en mitad del entrenamiento. Para que eso ocurriera, tenía que inventarme una buena excusa. Por desgracia, no se me ocurrió ninguna. Desde el encuentro con Carly, mi cabeza había estado completamente vacía.

Además, aunque accediera a mi petición, no podría buscar a Carly y consolarla. Era imposible. No podía arriesgarme a poner en peligro el trato.

Excepto...

Hice una pausa y oí a lo lejos el rugido emocionado de mis compañeros de equipo.

¿Y si fichara por Nebraska o Michigan? Con el sueldo que me pagaban esos equipos, podía terminar el trato. Mandarlo a la mierda. Si aceptara el salario que me ofrecieron durante al menos tres años, quizá negociara un poco más aquí y allá, lo invirtiera inteligentemente y no gastara nada de él, entonces podría poner fin al trato con su padre. Y si terminaba el acuerdo, podría estar con Carly. Con la mujer que amaba más que a nada.

Antes de que pudiera elaborar este pensamiento, fui sacudido contra la barandilla, haciendo que todo en mi cabeza diera vueltas.

—Mierda, tío, ¿estás soñando despierto o qué? —maldijo Marshall, uno de mis compañeros de equipo.

—Lo siento —refunfuñé, tocándome la cabeza.

El casco había evitado cosas peores. Pero si no tenía cuidado, el siguiente ataque podría no acabar tan bien.

No hay sitio para débiles en el hielo, me reprendí a mí mismo. *Concéntrate, Jordan. Todo lo demás puede esperar hasta más tarde.*

Eché un último vistazo a las gradas y me alivió descubrir a Carly ocupando el asiento junto

a su colega.

Gracias a Dios. Estaba aquí. ¡Por fin!

Aunque esta circunstancia no debería hacerme feliz, lo hizo. E inmensamente. Sin embargo, su presencia también hizo que cada célula de mi cuerpo se tensara. No podía permitirme ningún error en presencia de Carly. Quería brillar. Demostrarle que era bueno en lo que hacía. Que tenía motivos para estar orgullosa de mí, aunque probablemente me odiara más y le importara una mierda que yo fuera jugador de hockey.

En los minutos siguientes estuve en plena forma y barrí del hielo a todo el que se cruzó en mi camino. Luché aún más duro, sin descanso y con más determinación que de costumbre. Ignoré los músculos doloridos, el pecho ardiente y las extremidades entumecidas. Jugué como si me fuera la vida en ello y, cuando llegué al final de la sesión de entrenamiento, apenas podía mantenerme en pie.

—Dime, ¿qué te pasa? Hoy estás de un humor raro, tío —me siseó Solomon mientras patinaba a mi lado, jadeante.

—Nada —respondí con los labios apretados.

—Nada, mi culo. Dime, Jordan, ¿qué tienes en mente?

—Como he dicho, nada. Ahora cállate. El entrenador quiere decir algo —señalé con la barbilla al entrenador, que se había colocado junto al equipo médico y anunciaba la revisión anual.

Maldita sea. Me había olvidado completamente de esta revisión.

No es que hubiera motivo de preocupación. Estaba en plena forma. Pero siempre quedaba una pequeña duda.

El entrenador cogió su portapapeles y leyó la distribución de los grupos.

—Bishop —levantó la mirada inquisitivamente y miró en mi dirección—. Tú, Solomon, Reed, Dylan y Pierce preséntense ante la señorita Callahan para su chequeo, ¿entendido?

Me quedé boquiabierto y pensé que había oído mal.

Los ojos de Carly se clavaron en mí y pude ver por el horror que había en ellos que, al contrario de lo que esperaba, no había oído mal.

Mierda.

Esperé impaciente a que el entrenador leyera todos los nombres y despidiera al equipo. Entonces hice sentir mi presencia y le pedí que hablara conmigo en privado.

—¿Qué pasa, Bishop?

Respiré hondo y me preparé para la resistencia que probablemente encontraría.

—Me gustaría que me atendiera Cole, el médico varón, por favor.

El entrenador frunció el ceño, irritado. —¿Por qué? ¿Te has metido ahora entre los sexistas, o qué? ¿Ahora discriminas a las mujeres?

—Claro que no —negué indignado.

—Entonces, ¿cuál es tu problema?

Mierda.

No se me ocurría ninguna excusa que el entrenador pudiera creer. Ninguna excepto... la verdad.

—¿Bishop? —preguntó, molesto—. O tienes una buena razón, o aceptas mis órdenes. ¿entendido?

—La señorita Callahan y yo compartimos un pasado común. Una vez fuimos pareja.

—No puede ser, tío... —oí que Marshall inspiraba bruscamente a mi lado.

Al parecer, había hablado más alto de lo que pretendía.

—¿Tú y la señorita Callahan solían ser pareja?

—Sí, entrenador.

—¿Cuándo?

—En el instituto.

El entrenador enarcó las cejas. —¿En... *el instituto*?

Asentí con la cabeza.

—Eso fue hace años, Bishop. ¿Cuál es exactamente tu problema? ¿No confías en la señorita Callahan para el trabajo? ¿Tienes motivos serios para dudar de su competencia profesional o humana?

—Yo... no. En realidad, no. Pero me sentiría más cómodo si me tratara alguien imparcial.

—*Soy* imparcial —dijo ahora Carly en tono cortante.

Maldita sea. ¿Por qué demonios estaban todos aquí espiando mi conversación *privada* con el entrenador?

—Soy una buena médico y sé muy bien lo que hago. El hecho de que tú y yo tengamos un pasado común no afectará en modo alguno a mi práctica médica. Soy una profesional, Jordan. ¿Cómo puedes cuestionarlo por un segundo?

—No lo estoy —intenté tranquilizarla.

—Claro que sí. *Me sentiría más cómodo si me tratara alguien imparcial.* Esas fueron tus palabras, ¿no?

—Sí, así es. Pero no me refería a eso —respondí de mala gana.

—Entonces, ¿a qué te referías?

Carly cruzó los brazos enfadada delante del pecho y me dirigió una mirada fulminante.

¡Qué idiota fui! Como si no hubiera hecho ya suficiente daño hoy. ¡Mierda, mierda, mierda!

—Parece que ustedes dos tienen que hablar en privado —se unió a nuestra conversación el médico—. Por eso les sugiero que lo solucionen. Y háganlo lo más pronto posible. Y *solo para dejar claro* —hizo un gesto de despedida con la mano—. Viejas rencillas que causan malestar en el equipo no es lo que necesitamos aquí. Así que resuelvan lo que tengan que resolver y lleguen a un acuerdo. *Ahora.*

El entrenador refunfuñó molesto. —Ya escucharon lo que dijo el doctor. ¿Qué esperan? ¿Que los llevemos de la mano?

Capítulo 11 - Carly

Por segunda vez en el día, me dirigí furiosa hacia la salida del estadio. Enfurecida, abrí de un empujón la puerta que daba al exterior y respiré profundamente el aire fresco que me salvó de explotar como un artefacto pirotécnico.

Puse las manos en las caderas y me giré hacia Jordan, cuyos pasos enérgicos oí cerca detrás de mí.

—¿Qué demonios fue eso? ¿No te basta con haberme arrancado el corazón y haberlo destrozado? ¿Ahora tienes que llevarme a la ruina profesionalmente? ¿Avergonzarme? ¿Hacerme sentir mal en público? Realmente me gustaría saber qué cosa mala te he hecho para que actúes como un monstruo conmigo.

Le miré con rabia, queriendo provocar una reacción, queriendo respuestas. Pero él se limitó a permanecer de pie con su equipo y me miró en silencio. Su pecho musculoso subía y bajaba a un ritmo regular y finas gotas de sudor rodaban por su rostro, lo que me dificultaba concentrarme en mi ira.

—Vuelvo a preguntar, Jordan: ¿Qué demonios fue eso? ¡Vamos, habla!

Jordan seguía sin hacer ningún esfuerzo por responderme. Dejé escapar un sonido de incredulidad y bajé los brazos.

—De acuerdo. No digas nada. Otra vez. ¿Sabes una cosa? No necesito toda esta mierda aquí. No necesito hacerme pasar por esto. Tú ganas. Me voy.

Giré sobre mis talones, decidida a tirar la toalla. Era tan obvio que Jordan no me quería aquí. Y si el capitán del equipo del que debía ocuparme se peleaba constantemente conmigo, me avergonzaba y dificultaba mi trabajo, entonces este año de prácticas no me llevaría a ninguna parte en cuanto a mis habilidades como médico.

Era mejor admitirlo ahora y confesar que fingir durante semanas o incluso meses. Aún podría empezar en otro sitio. Todavía podría empezar un año práctico instructivo en alguna parte. Mi reputación y la confianza del doctor Stafford y del profesor Preston en mí sufrirían enormemente, pero si me quedara y no hiciera un buen trabajo, sería lo mismo.

—¿Desde cuándo eres de las que *se rinden*, Carly? —la voz ronca de Jordan me sacó de mis pensamientos—. ¿Desde cuándo te rindes tan fácilmente? ¿Qué ha sido de la Carly fuerte, ambiciosa y persistente de antes?

—Que te jodan, Jordan —murmuré y seguí caminando, imperturbable.

Primero hizo todo lo posible por sacarme de aquí y ahora, cuando ha conseguido exactamente eso, me llama *débil*, *cobarde*. ¿En serio?

—Carly, espera —le oí decir detrás de mí.

¿Esperar? ¿Esperar para qué? ¿Para que Jordan me lance más insultos? No, gracias.

Aceleré el paso, pero Jordan me siguió. Antes de que me diera cuenta, me agarró por los brazos y tiró de mí hacia su pecho.

Mi corazón se paró por completo y mi respiración se detuvo. Se me abrieron los ojos y se me hizo un nudo en la garganta.

Incapaz de moverme, colgué impotente entre los brazos de Jordan y contemplé horrorizada cómo inclinaba la cabeza hacia mi oreja y su aliento caliente rozaba mi fría mejilla. Sus manos recorrieron la parte superior de mis brazos, subieron hasta mis hombros, mi cuello y finalmente hasta mi cara.

Cerré los ojos y sucumbí al dulce deseo que el tacto de Jordan desataba en mi piel. Mis labios se abrieron como por voluntad propia y se me escapó un gemido suave y delator.

—Quédate —me susurró Jordan al oído, sus labios rozaron la concha de mi oreja y provocaron un cortocircuito total en mis sinapsis.

Cada fibra de mi cuerpo quería a Jordan. Estaba completamente loca por él. Y a juzgar por la fuerza de los sentimientos que me invadieron en ese momento, probablemente eso nunca cambiaría.

—Lo siento —suspiró y esta vez sus labios rozaron mi mejilla.

Ladeé la cabeza en dirección a sus labios y noté con el corazón desbocado cómo sus ojos se detenían en mis labios.

Incliné aún más la cabeza, acercando mis labios a los suyos. Sólo centímetros separaban nuestras bocas. Estábamos tan cerca que casi podía saborear a Jordan, casi sentirlo.

—Lo siento, Carly —repitió, apenas audible en ese momento.

—¿Qué? —grazné—. ¿Por qué lo sientes?

—Yo... —empezó, pero un fuerte grito detrás de nosotros nos hizo dispersarnos bruscamente.

—Tío, el entrenador quiere verte. ¿Estás listo? ¿O vienes conmigo o él mismo vendrá a por ti?

Jordan se pasó las manos por el pelo y exhaló ruidosamente.

—Ahora mismo voy —informó bruscamente al chico rubio, al que identifiqué como un defensa de primera fila. Luego se volvió hacia mí—. Tu aparición me pilló desprevenido, Carly. Para ser sincero, no esperaba que volviéramos a vernos. Y de repente estás delante de mí. Sin previo aviso. Me sentía... abrumado. Espero que me perdones.

—¿Significa esto que podemos ser normales el uno con el otro a partir de ahora?

Jordan sacudió la cabeza con abatimiento y miró al nublado cielo invernal. —No creo que tú y yo podamos ser *normales el uno con el otro*. Hay demasiadas cosas que nos conectan para eso.

—No te pido que seas mi amigo, pero si me tratas con decencia y respeto, sería un comienzo. ¿Puedes hacerlo? Porque si no, no tiene mucho sentido que me quede.

La puerta detrás de nosotros se abrió de nuevo. Algunos de los jugadores salieron y nos miraron con curiosidad.

Jordan me sacó de su campo de visión y puso cara seria.

—Deberíamos evitarnos siempre que sea posible, Carly. Quiero dejar lo pasado en el pasado y no puedo hacerlo contigo cerca. Así que mantengamos el contacto al mínimo y que sea puramente profesional, ¿vale?

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque es mejor así —respondió tácitamente—. Ahora tengo que irme. El entrenador me está esperando. Todo está aclarado entre nosotros, ¿cierto?

¿Todo aclarado? ¡Y una mierda! No se resolvió nada. ¡Ni por asomo! Tenía un millón de preguntas. Pero no creía que Jordan contestaría a ninguna de ellas. Al menos no ahora. Y no aquí.

Así que tendría que seguir practicando la paciencia. Algo que había estado haciendo durante años. ¿Qué diferencia supondrían unos días o unas semanas?

Así que asentí secamente y respondí: —Por ahora, sí.

Capítulo 12 - Jordan

Como todos los viernes por la noche durante el tiempo libre, este viernes volví a reunirme con algunos de mis compañeros de equipo en *Pete's*. Con una partida de billar, una cerveza y música country cursi, repasamos la semana e intercambiamos noticias.

—¿Qué te parecen los nuevos? —me preguntó Chase Solomon, acercándose a la mesa de billar para colocarse en posición para su siguiente movimiento.

Me encogí de hombros. —Es difícil de decir. Sólo llevan una semana en el *equipo*. Queda por ver si están a la altura de las expectativas puestas en ellos.

—Mmm —murmuró Chase y ejecutó su movimiento—. Sí —gritó triunfante cuando la bola desapareció en el agujero designado.

Se volvió hacia mí con una amplia sonrisa. —Tendrás que igualarme en eso, amigo.

Resoplé y le aparté de un empujón. —Calla y sólo mira —me burlé y cogí mi taco.

Conseguí meter dos bolas a la vez y así amplié aún más mi ventaja.

Chase gimió hoscamente. —Eres tan molesto, hombre. ¿No tienes ningún punto débil, *Señor Perfecto*?

Mi sonrisa se desvaneció ante sus palabras.

Debilidades.

Claro que sí.

Chase se dio cuenta de mi cambio de humor, me pasó un brazo por el hombro y tiró de mí hacia un rincón tranquilo, lejos de los demás compañeros que charlaban alegremente alrededor de la mesa de billar.

—Quería esperar a que lo dijeras por tu propia voluntad, pero mientras tanto han pasado los días y sigues guardando un férreo silencio. ¿Cuándo vas a hablar de Carly?

—En absoluto —gruñí apretando los dientes—. Porque no hay nada de qué hablar.

Chase soltó una carcajada. —Oh Bishop. Hay mucho de qué hablar. Nunca me dijiste el nombre de la chica que fue víctima de tu trato de mierda, pero por eso sé que es Carly.

Arrugué las cejas, molesto. —¿Cómo lo sabes?

—Porque no estoy ciego. La forma en que la miras... tan soñadora y embelesada. Con todos esos corazoncitos rosas en tus amorosos ojitos. Qué cursi, tío —se rió Chase divertido.

—No digas gilipolleces, Solomon —le espeté.

—Deberías verte. La próxima vez te pondré un espejo en la cara para que puedas admirar tu amoroso rostro en él.

—No estoy enamorado, ¿vale? Carly y yo somos cosa del pasado.

Chase chasqueó la lengua y me dirigió una mirada despectiva. —Adelante, miéntete a ti mismo si eso te hace sentir mejor. Pero por mi parte, te diré: nunca te has reconciliado con tu pasado porque nunca te has quitado a Carly de la cabeza. Bueno, ahora tu pasado te ha alcanzado y vas a tener que enfrentarte a él, te guste o no.

—No tengo que hacer nada —refunfuñé y empujé a Chase, de vuelta a la mesa de billar. Pero Chase me agarró por el hombro y tiró de mí hacia atrás.

—Como tu amigo, te aconsejo que finalmente te sinceres, Bishop. Por tu bien y por el de Carly.

Respiré hondo y traté de que no aflorara mi furia.

—Sabes muy bien que no puedo hacer eso, Chase. Aunque quisiera. No *puedo*.

Chase sacudió la cabeza en señal de protesta. —*¿Por qué* no la dejas participar? Tiene derecho a saber lo que pasó entonces. Ya no son unos niños, Bishop. Son adultos. Así que resuelvan esta mierda como adultos.

—No —siseé—. Ahora basta. No puedo arriesgarme a poner en peligro el acuerdo, al menos no todavía.

—Entonces firma en Michigan o Nebraska y lárgate de este pacto con el diablo. ¿A qué esperas? La vida les ha dado a ti y a Carly una segunda oportunidad. No vas a tener una tercera oportunidad. Si la vuelves a cagar esta vez, se acabó. De una vez por todas.

¿Una segunda oportunidad? ¿De qué estaba hablando Chase? Como si Carly fuera a perdonarme por mi comportamiento de entonces. No lo creo. Si yo no podía perdonarme, ¿cómo iba a hacerlo ella?

Totalmente impensable.

—Es demasiado tarde, tío, ¿vale? Lo que hice es imperdonable. Lo mejor que puedo hacer por Carly es dejarla en paz. Ahora deja el tema de una vez.

Chase puso los ojos en blanco, molesto, y cogió otra cerveza, que le tendió uno de los recién llegados. Rechacé con agradecimiento. Aunque no había ningún partido en el futuro inmediato, no quería arruinar mi forma física con calorías vacías.

—Aguafiestas —tosió Chase con una sonrisa burlona en la cara, lo que le valió una sonrisa cansada por mi parte.

—El aguafiestas tendrá muchos menos problemas que tú para seguir el ritmo en el gimnasio mañana.

—¿Están celebrando una fiesta privada ahí detrás, o les apetece jugar otra ronda? —Marshall y Reed nos llamaron desde la mesa de billar.

Miré a Chase, que se encogió de hombros. —Me parece bien. De todas formas, no tengo nada mejor que hacer.

—Ya vamos —les informé, lanzando a Chase una última mirada de advertencia—. Carly y yo somos historia. Déjame en paz con esto en el futuro, ¿de acuerdo?

Chase ladeó la cabeza y me guiñó un ojo. —No puedo prometértelo, lo siento —se fijó en un punto detrás de mí y su sonrisa de ladrón se ensanchó un poco más.

—¿Qué? —le espeté, siguiendo su mirada—. ¡Oh, mierda! —me di la vuelta apresuradamente.

—No parece que puedas escapar de tu pasado. Te sigue alcanzando. Bastante persistente. Y tan guapa, además —se burló Chase, divertido.

—No te atrevas... —empecé, pero Chase me interrumpió.

—Yo no. *Pero* deberías hacerte un favor y afrontarlo. Así... —entonces el muy idiota levantó un brazo y gritó—. Hola chicas, ¿qué les parece si jugamos una partida de billar?

Capítulo 13 - Carly

Tras una primera semana instructiva y agotadora en el hospital universitario, deseaba que llegara el viernes por la noche para acurrucarme en la cama con una taza de té caliente y un audiolibro invernal y dormirme pronto.

Porque el sábado llegaba la primera competición de *los Blizzards*, el equipo *universitario de* esquí de la *Universidad de Colorado. Los* médicos asistentes debíamos asistir a esta competición y cuidar de los jugadores. Así que sólo podía soñar con un fin de semana libre.

El doctor Stafford quería prepararnos lo mejor posible para la vida de un médico. Y eso significaba: poco tiempo libre, aún menos horas de sueño y un trabajo interminable.

En las próximas semanas empezarían también los turnos de 48 horas en el hospital, durante los cuales teníamos que estar de guardia en el hospital durante 48 horas.

Estaba preparada para afrontar este reto y quería aprovechar el tiempo que me quedaba para recargar las pilas todo lo posible. Pero, por desgracia, June y Ruby lo estropearon todo.

El doctor nos presentó a Ruby, que resultó ser la hija del *entrenador principal*, para que nos ayudara con nuestro trabajo para los *Cometas.* Ruby conocía al equipo como la palma de su mano y debía ayudarnos a encontrar nuestro sitio y nuestro camino entre *los Cometas* y nosotros. Ruby, June y yo congeniamos enseguida y Ruby propuso que empezáramos el fin de semana juntas en el pub favorito de los *Cometas*, *Pete's.* Nos lo pasamos muy bien.

Me resistí, sabiendo muy bien que probablemente me encontraría con Jordan allí. Pero al mismo tiempo, no podía aislarme de la comunidad desde el principio y condenarme al ostracismo de todos y de todo por culpa de Jordan.

Para tener un año de prácticas agradable y satisfactorio, tenía que integrarme. Así que acepté a regañadientes y me despedí mentalmente de mi té y mi audiolibro.

De camino al pub estudiantil se nos unieron otras tres jóvenes, a las que Ruby nos presentó como Scarlett, Willow y Zoey.

Cuando apareció *Pete's*, un pintoresco y vetusto pub, se me aceleraron los latidos del corazón.

¿Y si Jordan también estaba allí la noche del viernes?

Después de nuestra conversación, durante la cual se había acercado amenazadoramente a mí y cuyo recuerdo aún me producía un cosquilleo en la piel, no habíamos vuelto a vernos.

Las revisiones debían hacerse la semana que viene. Para entonces, como muy tarde, tendríamos que volver a vernos las caras y yo esperaba aprovechar el tiempo hasta entonces para ordenar y calmar mi atribulado interior.

Su toque me había despistado por completo. Sus palabras me habían dejado sin aliento. Me dejó con más preguntas de las que ya tenía.

Durante años había anhelado que Jordan volviera a tocarme. Sentirlo de nuevo. Para estar cerca de él.

Había imaginado en mi mente cómo sería. Cómo se sentiría.

Pero nada de lo que había soñado se acercaba a las explosivas sensaciones que su aliento sobre mi piel y sus manos sobre mi cuerpo habían desencadenado.

Un toque suyo y ya estaba enganchada. Como antes. Nada había cambiado en absoluto. En todo caso, mis sentimientos por él no habían hecho más que aumentar.

Y eso planteaba un gran problema. Porque Jordan obviamente no quería tener nada que

ver conmigo.

Aunque no entendía por qué se había acercado tanto a mí y me había besado por un pelo, sus palabras difícilmente podrían haber sido más claras.

Debería quitarme a Jordan de la cabeza y centrarme en mi año de prácticas. Pero no era tan tonta como para creer que tendría éxito. Jordan Bishop ocupaba mis pensamientos. Y mi corazón. Lo había hecho antes. Lo hizo hoy. Y lo haría durante el resto de mi vida. Así que mis posibilidades de ser feliz eran nulas.

Esta devastadora constatación hizo que se me cayeran las comisuras de los labios y se me hundieran los hombros con impotencia.

Agachando la cabeza, seguí a los demás hasta *Pete's* e intenté que no se notara mi abatimiento.

Ruby se dirigió decidida a la barra y pidió la primera ronda de bebidas para todas nosotras. La seguí para ayudarla a llevar las bebidas y para ser útil. Al hacerlo, evité mirar alrededor del bar y arriesgarme a ver a Jordan.

Mientras no lo viera, podría convencerme de que no estaba aquí y así pasar una velada razonablemente relajada con las otras chicas.

Pero los fuertes gritos en nuestra dirección hicieron que mi cuerpo se tensara como un rayo y mi plan se desvaneció en el aire con un sonoro puf.

—Hola chicas, ¿qué les parece si jugamos una partida de billar? —gritó Chase Solomon, defensa de primera fila del *equipo universitario*, por encima de las cabezas de los demás estudiantes presentes.

Abrí los ojos asustada y dirigí a Ruby una mirada suplicante que le indicaba que rechazara esta oferta por el amor de Dios.

Pero Ruby se mordió el labio inferior con pertinacia y me susurró: —Confía en mí, Carly.

Luego esbozó una sonrisa coqueta y replicó: —Depende de lo que haya en juego, Solomon. ¿Qué conseguimos si te damos unos buenos azotes?

Chase Solomon soltó una carcajada soez.

—Si ganan, todas sus bebidas van por nuestra cuenta esta noche. Si ganamos, nos dan un beso.

Ruby enarcó una ceja, divertida. —¿De verdad crees que somos tan fáciles, Solomon?

Chase Solomon reunió a los chicos alrededor de la mesa de billar. Se reunieron en círculo y juntaron sus cabezas en señal de conspiración. Sólo Jordan permaneció en un segundo plano, con las manos metidas en los bolsillos. Evitó mirar en mi dirección y yo hice lo mismo.

—De acuerdo. ¿Qué tal si pagamos sus cuentas hasta final de mes? —sugirió finalmente Chase con condescendencia.

Ruby silbó apreciativamente. —Están muy seguros de ustedes mismos, chicos. Esto va a salir caro.

Chase levantó la comisura de sus labios. —La única pregunta es para quién.

Ruby rió divertida y bebió un sorbo de su copa de cóctel.

—No vamos a perder, nena, créeme —siguió Chase.

—Espera y verás —replicó Ruby.

—¿Significa esto que tenemos un trato?

—Es una idea estúpida, Ruby —intenté decirle—. Cancélalo. *Por favor*.

Pero Ruby no escuchó mi súplica. Me guiñó un ojo victoriosa y siseó: —Con esto *sales ganando*, Carly. Si ganamos, ahorrarás mucho dinero en un futuro próximo. Si perdemos, podrás besar a tu novio. En mi opinión, deberías estar saltando de alegría en vez de temblar como

Bambi bajo los focos.

Negué rotundamente con la cabeza y estuve a punto de contradecirla, pero para entonces Ruby ya se había vuelto hacia las otras chicas de la ronda, y todas le dijeron con el pulgar extendido y una sonrisa de oreja a oreja que estaban de acuerdo con el trato.

Mierda.

Capítulo 14 - Jordan

—Sin mí —levanté las manos y di un paso atrás—. Estoy fuera de este tipo de mierda.

—No seas así —Chase fue tras de mí, me pasó el brazo por los hombros y tiró de mi cabeza hacia él—. Sólo preparé esto para ti, Bishop, así que sígueme la corriente.

Le aparté de un empujón y le fulminé con la mirada. —¿Para mí? Eso es una gilipollez. ¿Qué parte de mi decisión de apartarme del camino de Carly no entiendes, imbécil?

Chase me arrastró con él y me agarró con más fuerza del brazo en respuesta a mi resistencia. ¿Desde cuándo el bastardo puede agarrar tan fuerte?

—Amas a Carly. Y ella te quiere. Es hora de que limpies tu pasado, Bishop. Y el mejor lugar para empezar es ahora mismo.

—Eso no lo decides tú —siseé enfadado.

—Bueno, parece que acabo de decidirlo. Ahora contrólate y sigue el juego. A menos que quieras que otra persona bese al amor de tu vida. Adelante. Quizá la enganche.

Agarré el hombro de Chase con tanta fuerza que contorsionó la cara de dolor. —Ni se te ocurra *pensar* en besarla.

Chase gimió, pero su rostro lleno de dolor se contorsionó en una sonrisa cómplice. —Demasiado para que Carly sea cosa del pasado.

Solté a Chase de mi agarre y me froté la cara, molesto.

—¿Y ahora qué? —oí la voz de Ruby de fondo—. ¿Te estás cagando de miedo y acobardando, o por fin podemos empezar?

Chase rió alegremente y se alejó hacia la mesa de billar. —En tus sueños, nena —respondió a Ruby, cogiendo el taco—. ¿Seis contra seis?

Ruby asintió. —Solomon, Bishop, Reed, Marshall, Dylan y Pierce contra June, Zoey, Scarlett, Willow, Carly y yo. Empecemos.

Pude ver en la cara angustiada de Carly lo poco que quería jugar a este juego. Así que no era diferente a mí.

La única manera de salir de este lío era dejar que las chicas ganaran. Sólo había un pequeño problema. O más bien dos.

El primero era que todo el mundo sabía que yo era un excelente jugador de billar. Si de repente dejaba de golpear o meter una pelota, Solomon y los demás chicos se darían cuenta inmediatamente.

El segundo problema era que Carly era una pésima jugadora de billar. Si eso no hubiera cambiado en los últimos años, ella fracasaría irremediablemente en este juego, haciendo que ganar fuera un juego de niños para los chicos.

Observé con tensión cómo las primeras chicas y los primeros chicos tomaban sus posiciones y la carrera de cabeza seguía su curso. Por fin me tocaba a mí cumplir con mi deber. Aunque podría haber metido dos bolas, me limité a una sola.

Solomon enarcó una ceja con suspicacia y meneó la cabeza en tono de advertencia. Una clara señal de que había visto a través de mí. Pero no dijo nada, al menos de momento.

—Carly, es tu turno —llamó, señalando con el taco a mi ex novia, que permanecía tímidamente en segundo plano—. No creas que puedes esconderte.

Carly dio un respingo de asombro al oír su nombre y aceptó la indicación de Scarlett con manos temblorosas.

Si sus manos ya temblaban como hojas de álamo, no tenía ninguna posibilidad de ejecutar ni siquiera un rudimentario buen movimiento.

Mierda.

Se colocó torpemente en la mesa de billar y se frotó las manos húmedas en los vaqueros.

Observé con una mezcla de fascinación y preocupación cómo inclinaba su grácil cuerpo sobre la mesa y levantaba en el aire su torneado trasero. Su seductora mirada me hizo sudar y mi respiración se aceleró.

En mi mente, me vi poniendo a Carly sobre la mesa de billar, quitándole los vaqueros ajustados y hundiéndome profundamente en ella de un tirón redentor.

Me estremecí y reprimí un gemido primitivo.

Carly siempre había sido muy sexy y sensual. En todo caso, se había intensificado en los últimos años. Se había vuelto más mujer. Más curvilínea. Más seductora.

Su larga melena castaña caía en suaves ondas por su espalda y realzaba su estrecha cintura, invitándome a abrazarla. Sus piernas estaban ligeramente abiertas y enviaron mis pensamientos a reinos oscuros y prohibidos. Su trasero me invitaba literalmente a frotarme contra él y su pequeño cuello esperaba ser cubierto de besos calientes.

—Mierda, Bishop, contrólate. Estás babeando —siseó Chase apenas audiblemente a mi lado.

—Todo esto es culpa tuya. Tú me metiste en este lío —respondí.

—Si me preguntas, deberías ayudar a la niña. No parece que vaya a golpear nada en esta mesa, y mucho menos hundir una bola. Si no quieres que las chicas pierdan y tengan que cobrar sus deudas con nosotros, deberías ayudar a la guapa morena de inmediato.

Volví la cabeza hacia Chase, que me observaba con una sonrisa calculadora.

—Si no lo haces, agarraré su dulce trasero y la pondré en la posición correcta.

Chase se acercó a Carly, pero le agarré el brazo y tiré de él hacia atrás. —Atrévete y estás muerto, Solomon.

Por el rabillo del ojo, noté que Reed empezaba a moverse, con un brillo codicioso en los ojos. Su intención estaba más que clara.

Rápido como un rayo, salí disparado hacia la mesa de billar y, con un gruñido furioso, le dije que mantuviera las distancias.

Carly giró la cabeza y, al reconocerme, sus ojos se abrieron de par en par.

Tragué saliva y traté de sonreír de forma que inspirara confianza. —Déjame ayudarte, ¿vale? Como en los viejos tiempos.

—Eso... no es una buena idea —susurró apenas audiblemente.

—Lo sé. Pero si no quieres perder, deberás aceptar mi ayuda —le susurré.

Carly bajó los ojos y se sonrojó. Cuando volvió a levantar la vista, reconocí pánico y deseo apasionado en sus ojos.

Oh, tío. ¿Cómo iba a concentrarme en el partido con semejante encanto?

Imposible. Completamente imposible. Caería con las banderas ondeando. Y Carly conmigo.

Capítulo 15 - Carly

Me aferré a mi taco e hice todo lo posible por aparentar calma en el exterior. No quería dar a los miembros de los *Cometas* más motivos para cotillear de los que ya tenían gracias a la confesión de Jordan sobre nuestro pasado común.

Siempre había sido una pésima jugadora de billar. En mis tiempos de instituto, Jordan siempre me había ayudado y yo había disfrutado profundamente de sus caricias íntimas.

Ahora, cuando me lo imaginaba inclinado sobre mí, frotando su entrepierna contra mi trasero y sus labios rozando mi cuello desnudo, sentía náuseas y un calor hirviente al mismo tiempo.

—Esto no es una buena idea —repetí, luchando contra mis crecientes jadeos.

—¿Es mejor idea que me bese una de las chicas? —objetó Jordan y yo negué con la cabeza —. Ahí lo tienes. Entonces date la vuelta y deja que te ayude.

Su voz sonaba áspera y ronca y... tan increíblemente sexy que se me erizaron los pelos de los brazos.

Me giré torpemente en la mesa de billar e incliné la parte superior del cuerpo hacia delante. Como pude, coloqué el taco sobre la mesa.

Cuando sentí las manos de Jordan en mis caderas, aspiré con fuerza. ¿Por qué se sentía tan prohibitivamente bien? Se me formaron puntitos delatores en la piel y me subió el rubor por el cuello.

Jordan me dirigió al centro de la mesa y apoyó suavemente la parte superior de su cuerpo en mi espalda. Su pelvis se inclinó hacia delante para que su entrepierna rozara mi trasero.

Se me escapó un jadeo ahogado al sentir su erección en toda regla contra mi trasero y resistí el impulso de frotarme contra ella.

Con sus manos abrazó mis hombros y los masajeó suavemente.

—Tienes que dejarte llevar, Carly. Relájate —me dijo al oído—. Bloquea a los demás. Sólo estamos tú y yo aquí.

¿Dejarme llevar? ¿Relajarme? Era más que consciente de su embriagadora cercanía y estaba a punto de tener un orgasmo cósmico que me haría gritar todo el lugar. Así que relajarse y dejarse llevar estaba definitivamente fuera de lugar. Si quería luchar contra este orgasmo, tenía que hacerlo con todas mis fuerzas. Y no lo conseguiría si me relajaba y me dejaba llevar por él.

Las manos de Jordan pasaron de mis hombros a mis brazos, a mis muñecas y finalmente a mis manos.

Me cogió los dedos y me corrigió el agarre. Luego cambió el ángulo de mis brazos y se retiró.

Sus manos se posaron en mi cintura y su entrepierna se pegó a mi trasero. Apretó suavemente, indicándome que hiciera mi movimiento.

Me temblaban los dedos y luchaba por no dejar caer el taco. Esto no se le escapó a Jordan y volvió a inclinarse sobre mí.

—Respira hondo y luego empuja al exhalar. Vamos, puedes hacerlo —sus labios rozaron mi oreja mientras hablaba y me voló la cabeza.

Cuando también me acarició un mechón de pelo que se soltó y me cayó en la cara, mi concentración desapareció definitivamente.

Por más que lo intentaba, no hundía ni una sola bola.

Hice lo que pude, empujé y... fracasé.

Aunque mi bola golpeó una segunda bola, no llegó al agujero designado y volvió rodando al centro de la mesa.

¡Mierda!

Los chicos berreaban triunfalmente y aplaudían eufóricos entre ellos. Por las caras de las chicas, me di cuenta de que, aunque hubieran preferido ganar, tampoco les importaba perder.

Sabía por Ruby que las otras chicas pensaban que los jugadores de hockey de *los Cometas* eran bastante atractivos y, por lo tanto, no eran reacios a ligar.

Bien por ellas. Malo para mí.

Me enderecé con un suspiro resignado y evité mirar a Jordan, o a cualquier otra persona, a la cara. No quería arriesgarme a que nadie viera mi vergüenza y excitación. Probablemente todos ya se habían dado cuenta de que me gustaba Jordan Bishop. Pero incluso si ese fuera el caso, no necesitaba aumentar el cotilleo.

Me retiré a un rincón en penumbra y contemplé horrorizada cómo los chicos ampliaban su ventaja y acababan ganando el partido.

Se golpeaban el pecho exuberantemente y gritaban su alegría indignados. Se parecían mucho a una horda salvaje de monos revoltosos.

Sólo Jordan permaneció en un segundo plano y se cruzó de brazos frente al pecho con poco entusiasmo.

—Bueno, señoritas, parece que nos deben una —se burló Solomon, moviendo las cejas sugerentemente—. Seis hermosas mujeres. Una para cada uno. Así que vamos, chicos, escojan a la chica de sus sueños.

Esbocé una sonrisa forzada y puse buena cara. Después de todo, no era una aguafiestas y besar a uno de los chicos, que eran todos muy guapos, no me mataría. No tenía por qué ser un beso profundo, sincero y apasionado. Un besito. Nada más. Chase y Ruby no habían especificado la duración ni la intensidad del beso durante sus negociaciones. Así que no había nada que decir en contra de un fugaz e inofensivo mini beso.

Me preparé interiormente al ver que Reed venía hacia mí. Reed era un hombre alto, de hombros anchos y risa cálida. No es la peor elección ni mucho menos.

Pero antes de que Reed me alcanzara, fue tirado hacia atrás y empujado hacia Zoey.

—El capitán elige primero. ¿No es cierto? —le espetó Jordan y se acercó a mí con una mirada amenazadora. Entonces me agarró y me arrastró detrás de él hacia la salida.

Pero Salomón se interpuso en su camino y lo detuvo. —¿Adónde vas?

—Afuera.

Chase Solomon negó insistentemente con la cabeza. —Lo siento, tío. Primero el beso. Luego pueden salir.

—Tío, ¿estás loco? —siseó Jordan con rabia.

—¿Por qué te enfadas tanto? ¿Por qué no te tranquilizas? Mira, Marshall y Willow te están enseñando cómo.

Señaló con la barbilla a la pareja entrelazada apoyada contra la pared, que se lamía lascivamente.

—No te atrevas a acobardarte, Bishop. El capitán siempre debe poner el ejemplo. Entonces, ¿a qué esperas?

—Exactamente —coincidió Reed Chase—. Querías tanto a Carly. Entonces tienes que besarla también. Si no, lo haré yo.

Jordan me empujó a su espalda para protegerme de Reed, como si hubiera un peligro

inminente por su parte.

—No te atrevas —retumbó.

—Entonces hazlo tú —replicó Reed.

—Está... bien —balbuceé—. Es sólo un beso. Me parece bien.

—No voy a forzarte a un beso, Carly. Eso es infantil y una mierda —replicó Jordan.

—No me necesitas. Me ofrecí voluntaria para el partido y era consciente de lo que estaba en juego.

Eso era cierto sólo a medias, pero causaríamos mucho menos alboroto y cotilleos si acabábamos de una vez con ese maldito beso que armando un gran escándalo al respecto y continuando atrayendo la atención de todo el mundo.

—Tú... ¿estás de acuerdo con esto, entonces? —se aseguró Jordan y se volvió hacia mí.

—Sí —respiré apenas audiblemente—. Sí, lo estoy.

Capítulo 16 - Jordan

Carly se paró frente a mí y me miró con los párpados entreabiertos. Mi mirada se desvió de sus brillantes ojos dorados a sus labios húmedos, rojos y carnosos.

Sabía lo fantásticos que se sentían. Conocí el sabor celestial de su dulce boca de fresa. Recordé los deliciosos sonidos de excitación que emitía cuando dejé que mi lengua se deslizara en su cálida cavidad.

No había olvidado nada de eso. Ni un segundo.

Pero no podía dejarme llevar por mis sentimientos hacia esa mujer. Si le robara uno de esos besos devastadores, querría más. Me volvería adicto, sin esperanza de rescate. Y no podía arriesgarme a eso. No si tenía que verla casi todos los días durante casi un año a partir de ahora. No podría resistir la tentación a largo plazo si cediera ahora. Si abriera ahora la caja de Pandora, abriría la puerta del infierno y nos hundiría a ambos en la ruina.

Me incliné hacia Carly y le di un fugaz beso en la mejilla que hizo que me ardieran los labios a pesar de su inocencia.

—Hecho. Por favor. ¿Satisfecho? —le dirigí a Chase una mirada aburrida y esperé que me dejara en paz.

Estaba equivocado.

Chase hizo una mueca de lástima y acercó a Ruby. —¿Le enseñamos a estos novatos lo que es un beso de verdad? —le murmuró a Ruby, que soltó una risita de niña y asintió.

—Claro que sí.

Vi cómo Chase rodeaba con sus brazos las caderas de Ruby y la atraía contra él. Sus labios se posaron en los de ella y enseguida empezaron a mordisquearse y a besuquearse.

Estupendo.

Reed seguía mirando a Carly con gran interés y no ocultaba que le encantaría besarla a fondo.

—Quieres esto, ¿verdad? —le aseguré a Carly por enésima vez—. Un beso de verdad, quiero decir.

Carly asintió tímidamente. —Sí. Eso... me parecería bien.

—De acuerdo.

Agarré el rostro sonrojado de Carly con las manos, acaricié sus mejillas acaloradas con los pulgares y esperé hasta que levantó los ojos y me miró.

—Un besito. Eso es todo, ¿vale? —susurré con voz ronca y Carly volvió a asentir.

—De acuerdo.

Me incliné hacia ella, cerré los ojos y posé suavemente mis labios sobre los suyos.

En el momento en que nuestras bocas se encontraron, el mundo se paró de repente. Todos los sonidos y la música desaparecieron de mi conciencia. Todo sentido del espacio y del tiempo dio paso a un arrebatador y embriagador estado de suspensión.

Olvidé dónde estaba. Olvidé que no estábamos solos. Olvidé que no debía hacer esto. Me olvidé del trato de mierda que lo había arruinado todo. Olvidé que Carly y yo no éramos pareja desde hacía mucho tiempo.

Me olvidé de todo y de todos.

Todos excepto Carly. Y ese beso redentor y curativo.

Los labios de Carly se abrieron para mí como lo habían hecho cientos de veces antes. Mi

lengua se deslizó en su boca, explorándola, tanteándola, provocándola. Su lengua encontró la mía y comenzaron una danza apasionada y ardiente que me arrancó un gemido de excitación.

Mis manos se movieron desde la cara de Carly, bajando por su cuello y hombros hasta sus brazos. Nos tambaleamos hacia atrás hasta que Carly se detuvo contra una pared o algo similar y pude deslizarle los brazos por encima de la cabeza. Le sujeté las muñecas cruzadas con una mano mientras con la otra le agarraba la cintura y tiraba de su pelvis contra la mía, donde mi erección dura como el acero ya esperaba impaciente.

Carly jadeó lujuriosamente y empezó a frotarse contra mi polla. Alcancé su muslo izquierdo y ella lo rodeó con mi cintura para abrirse más a mí. Como dos perros en celo, nos frotábamos el uno contra el otro y gemíamos de placer en nuestras hambrientas bocas.

Mi mano, que hasta ese momento había estado agarrando las muñecas de Carly, se desplazó hasta su cuello y lo rodeó, fijándolo. Entonces separé mis labios de los suyos y hundí mi cara en su escote.

Carly bajó los brazos y me enterró los dedos en el pelo, apretando mi cara contra sus pechos y animándome a explorarlos. Para complacerla.

Empecé a empujar mi pelvis contra la suya y solté la mano de su cuello para levantarle la blusa y dejar al descubierto sus pezones duros y tiesos que pedían a gritos que los chupara y lamiera.

A través de los vaqueros de Carly podía sentir el calor de su vientre y el embriagador olor a lujuria y deseo que me transmitía la humedad de su entrepierna.

—Eres increíblemente sexy, cariño —murmuré, tirando de su top—. Tan jodidamente sexy.

Carly echó la cabeza hacia atrás y respiró con fuerza, estirándose humildemente hacia mí.

Mi pequeña. Siempre tan necesitada. Tan insaciable. Tan lista. Para mí.

Empecé a empujar el top sobre la cabeza de Carly cuando una firme palmada en la espalda me hizo detenerme bruscamente.

Parpadeé y, de repente, oí el tintineo de botellas, gritos y música a todo volumen.

El olor a sudor, cerveza y betún me llegó a la nariz y el espacio blanco y vacío que me rodeaba fue tomando color y forma.

Mierda...

Me separé de Carly horrorizado y me tambaleé hacia atrás. Atónito, me quedé mirando a la seductora mujer semidesnuda que tenía delante, apoyada en la pared con las piernas abiertas, respirando agitadamente y mirándome tan sorprendido como yo a ella.

—Tío, no tenía ni idea de lo metido que te lo tomarías tan en serio —me siseó Chase, con su cara normalmente despreocupada adornada con una pronunciada arruga de preocupación.

Antes de que pudiera replicar, Carly se bajó la blusa, cogió su chaqueta de una de las sillas y salió de *Pete's con* un saludo superficial.

Me despeiné y eché un vistazo a la tienda. Por suerte, la mayoría de los chicos seguían ocupados besándose, así que el espectáculo de lujuria entre Carly y yo quedó oculto para la mayoría de ellos.

No obstante. Había sufrido una pérdida total de control. Completamente olvidado de mí mismo. Tiré por la borda todas las inhibiciones y preocupaciones. Y casi me follo a mi ex novia en medio de un bar de estudiantes, que, como médico en ciernes, tenía algo más que su reputación que perder.

Maldita sea.

Qué bastardo imprudente y cachondo fui.

—Tengo que ir tras ella —informé a Chase y empecé a moverme, pero Ruby se me adelantó.

—Mejor no. Déjame hacerlo a mí.

—Pero...

—Vamos, hombre. Ruby tiene razón. Eso fue bastante estupido de tu parte. Las chispas saltan tanto entre ustedes que tienen que trabajar más en ocultarlas.

Dejé caer la frente contra la pared en la que Carly había estado apoyada hacía unos minutos y me golpeé la cabeza contra ella, maldiciendo una y otra vez.

—Demasiado para *que Carly sea cosa del pasado* —se burló Chase. Pero luego se puso serio—. Lo siento, Jordan. Sólo intentaba ayudarte. Parece que hice exactamente lo contrario. ¿Qué vas a hacer ahora?

Capítulo 17 - Carly

Sentada en mi escritorio del estadio de *los Cometas*, sumida en mis pensamientos, removía mi café, ahora frío.

Un golpe en la puerta me hizo estremecer.

—Hola, ¿interrumpo? —Ruby asomó la cabeza por la puerta y me sonrió animada.

—No, está bien —respondí y me levanté.

—¿Cómo te va? Quiero decir... ¿después del incidente del viernes por la noche?

Fruncí los labios y no presté atención a mis acelerados latidos.

—Estoy bien —dije sinceramente.

El apasionado beso de Jordan me había cogido completamente por sorpresa, pero también me había resucitado.

Durante años había caminado por la vida aturdida, incapaz de sentir nada parecido al amor, la pasión o el deseo.

Un beso de Jordan y mi cuerpo ardía.

Aunque su beso me confundió y me desconcertó por completo, también me reanimó en cierto modo. Hasta que no había sentido sus labios sobre los míos, no había sido consciente de que había dejado de vivir desde nuestra separación. Que simplemente existía en silencio, en secreto y sin color, funcionando como se esperaba de mí.

Sentí como si Jordan me hubiera dado el beso que recibió la Bella Durmiente, despertándome de años de sueño profundo.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Vas a enfrentarte a él y cuestionarlo? —Ruby me sacó de mis pensamientos.

—¿Qué quieres que le pregunte?

—Bueno, por qué te besó, para empezar —Ruby hizo una mueca y repartió besos en el aire.

—Me besó porque tú y Solomon tuvieron que jugar a ese estúpido juego.

—Mentira —Ruby hizo un gesto con la mano—. La forma en que Bishop te besó, sólo lo hace un hombre que está perdidamente enamorado.

—¿Qué quieres decir?

—El tipo es irremediablemente devoto a ti, Carly. A eso me refiero.

—¿Así que ya no soy la única que tiene dudas sobre la historia de antes?

Ruby me miró inquisitivamente y pensó en mi pregunta.

—Digamos que no me pareció que fueras sólo una mujer que le gustaba a Bishop. A mí me pareció más bien que te necesitaba como el aire para respirar.

—¿Qué quieres decir en lenguaje llano?

—En lenguaje llano, eso significa que hay algo mal en la historia entre ustedes, sí. Así no besa un hombre que deja a su ex y le dice que no quiere volver a verla. Sólo alguien que está locamente enamorado besa así. Y no sólo desde ayer. O en tu caso, desde el viernes. Aquel beso estaba lleno de anhelo reprimido que se descargó con gran estruendo años después.

Exhalé con un silbido. Así que ahí tenía la respuesta que tanto esperaba: la prueba de que había algo muy erróneo en la historia de Jordan.

—¿Qué vas a hacer con estos conocimientos? —preguntó Ruby.

—No descansaré hasta que Jordan me diga la verdad. *Necesito* saber qué pasó realmente

entre nosotros. Ahora más que nunca.

Ruby emitió un sonido de acuerdo. —¿Y cómo vas a hacerlo? Difícilmente te lo va a decir así como así.

Me mordí el labio inferior y me devané los sesos con la pregunta de Ruby.

—Pensaré en algo. Llevo tanto tiempo viviendo con estas dudas que no importa si es un día más o un día menos.

—¿Cuándo volverás a verlo?

—Hoy —respondí secamente—. Para su chequeo.

Ahora fue el turno de Ruby de exhalar en un siseo. —¿Podrás encargarte de eso? ¿Después de lo que pasó entre ustedes el viernes?

Asentí con decisión. —Por supuesto. Puedo separar lo profesional de mi vida privada.

—Bueno, buena suerte entonces. Ya sabes dónde encontrarme cuando necesites a alguien con quien desahogarte.

Ruby me dedicó una última sonrisa alentadora y desapareció en el pasillo de la pista de hielo.

Me di la vuelta y regresé a mi escritorio, donde volví a ocuparme de los papeles de mi siguiente paciente: Jordan Bishop.

Como esperaba a Jordan en cualquier momento para su cita, aparté los pensamientos del viernes por la noche y me concentré en mi trabajo como médico y en la próxima revisión. Ya había examinado exhaustivamente a dos de sus compañeros y los había encontrado aptos para el deporte de competición. Esperemos que ocurra lo mismo con Jordan.

Leí su historial médico por última vez mientras un cálido escalofrío me recorría la espalda. Sentí la presencia de Jordan incluso antes de verle o de que apareciera.

Como en el pasado.

Levanté la vista y lo descubrí apoyado despreocupadamente en la pared del otro extremo de la habitación.

—Por favor, siéntate para que podamos empezar —le saludé y señalé el asiento vacío frente al mío.

Jordan me miró con escepticismo de pies a cabeza y luché por no sonrojarme ante su inquisitiva mirada.

—¿Está todo bien entre nosotros? —preguntó, en cuanto había tomado asiento.

—Por supuesto. ¿Por qué no habría de estarlo?

Jordan enarcó una ceja. —¿Por qué no? —repitió con sarcasmo—. ¿Tal vez porque nos besamos?

—¿Tienes algún problema con ese beso? —levanté la vista de los documentos que tenía en mano y miré directamente a los ojos brillantes de Jordan, que seguían causándome el mismo efecto que antes.

—No. ¿Y tú?

—Tampoco. Y ahora que hemos aclarado eso, ¿podemos empezar?

Jordan cruzó los brazos delante del pecho y me miró expectante, como si no quisiera tragarse mi respuesta.

Me recosté en la silla e imité su gesto.

Esta era *mi* sala de tratamiento. Mi territorio. Mi espectáculo. Yo lo controlaba y no tenía intención de renunciar a ese control.

—Bien —cedió finalmente Jordan—. Podemos empezar, doctora Callahan.

Capítulo 18 - Jordan

Esperaba que Carly me preguntara por nuestro enfrentamiento del viernes, pero el hecho de que no pareciera importarle en absoluto me desconcertó. Más que eso, me molestó.

¿No se le había metido nuestro beso en la piel? ¿No había desquiciado su mundo? ¿Era sólo yo quien no podía pensar con claridad desde entonces?

Seguí a medias sus instrucciones y respondí escuetamente a sus preguntas. Carly me hizo un examen exhaustivo durante el cual me evaluó de forma profesional y tranquila. Por último, me envió un telegrama para una prueba de rendimiento, que superé con éxito.

—Puedes volver a vestirte —me informó sin emoción cuando hubo retirado el último cable de mi cuerpo.

—¿Estoy en forma? ¿Puedo jugar? —quise saber y me tapé la cabeza con la sudadera.

Carly escribió algo en el ordenador y señaló con la mano la silla de enfrente.

No sabía si su actitud reservada y distante me molestaba o me excitaba.

Por un lado, me molestaba que pareciera completamente inmune a mí, mientras que, por otro, me estremecía interiormente ante cada una de sus caricias porque quería más de ella. *Necesitaba* más de ella.

Por otro lado, Carly se veía muy buena y sexy metida en su papel de médico. Su comportamiento autoritario y seguro de sí misma le sentaba bien y aumentaba aún más mi adicción a ella, aunque no creía que eso fuera posible.

—¿Y? —le pregunté mientras tomaba asiento frente a ella.

—Has pasado la revisión. No tengo nada que criticar. Enhorabuena. Puedes irte.

Aunque debería sentir alivio y alegría por esta noticia, en ese momento sentí sobre todo una cosa: decepción.

Carly me echó y... ¿eso fue todo? ¿En serio?

—¿Hay algo más?

Al parecer, mi vacilación no se le había escapado.

—Sobre el viernes por la noche —continué, pero Carly me interrumpió.

—Aquí no, Jordan. Este es mi trabajo. No puedo ni quiero hablar aquí de la noche del viernes.

—De acuerdo. Lo que tú digas.

Empujé ruidosamente la silla hacia atrás y me levanté. Si Carly no quería hablar de nosotros y de lo que había pasado entre nosotros, me parecía bien.

Olvidaríamos el beso y seguiríamos como antes. Fácil. Al menos eso intenté decirme a mí mismo.

Me di la vuelta, cogí mi bolsa de deporte y me dirigí despreocupadamente a la puerta, aunque por dentro parecía otra cosa.

—Bueno, nos vemos —me despedí, a lo que Carly sólo respondió con un gesto seco de la cabeza.

Vaya.

Por la noche, después de un largo día en la universidad y sobre el hielo, estaba junto a los fogones cocinando mi merecida ración de carbohidratos cuando sonó el timbre de la puerta.

Miré el reloj que había sobre la mesa de la cocina y fruncí el ceño. Extraño. En realidad, no esperaba visitas. Y menos a estas horas. Seguramente alguno de mis compañeros de piso había invitado a un colega o a una chica.

Decidí ignorar el timbre y seguir dedicándome a mi pasta.

Pero cuando el timbre sonó por segunda vez y seguía sin haber movimiento en la casa, suspiré, solté la cuchara de madera y me acerqué a la puerta del piso para abrirla.

Allí de pie estaba nada menos que... Carly.

—Hola. ¿Interrumpo? —me saludó y, sin esperar mi respuesta, me empujó hacia dentro.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté, visiblemente perplejo.

—Hablando contigo. Sobre el viernes. Y sobre nosotros.

Junté las cejas, sorprendido. —¿Ahora sí? ¿De repente?

—¿Cómo que de *repente*? No quería hablar de ello en mi consulta porque separo estrictamente mi vida privada de la profesional. Aun así, me debes algunas respuestas que no puedes eludir.

—¿*Te* debo respuestas? —repetí sus palabras.

—Correcto.

—¿Cómo qué?

—¿Por qué me besaste?

—Porque me obligaron a ello.

La mirada de Carly me dio la razón y me hizo ceder. Como antes. Había que esforzarme mucho para engañarla.

Mierda.

La dirigí a la cocina y cerré el grifo de la pasta, esperando ganar tiempo. Realmente no podía saber que me atacaría en mi propio hogar y me enfrentaría desprevenido.

—Jordan —dijo ahora con un poco más de firmeza—. Para que lo sepas, no me iré de aquí hasta que me digas la verdad.

—¿Qué verdad entonces? —respondí cortante y me volví hacia ella.

Se paró frente a mí, con las manos en las caderas, mirándome furiosa.

Dios, cómo amaba a esa mujer.

Me dirigió un gesto beligerante con la barbilla y sus ojos lanzaron destellos dorados y furiosos en mi dirección. Sus labios carnosos y rojos temblaban ligeramente de rabia y su respiración era rápida y superficial. Su hermoso y sedoso cabello, despeinado por el viento, colgaba en mechones sueltos sobre sus hombros, enmarcando su rostro perfecto.

No se había molestado en quitarse la chaqueta, lo que indicaba una visita fugaz. Pero tan firmemente convencida de su misión como estaba allí de pie frente a mí, sabía que también acamparía en mi cocina si fuera necesario hasta que le diera las respuestas a sus preguntas.

—¿Por qué no empezamos con nuestro baile de graduación? ¿Por qué no me cuentas lo que pasó realmente ese día? Y no me digas que me dejaste por Stacey Wilcox. Porque no me lo creo.

Yo también puse las manos en las caderas, imité la pose de lucha de Carly y le devolví la mirada con la misma oscuridad.

—¿Y si lo fuera?

—Jordan —siseó Carly enfadada—. ¿De verdad me respetas?

Me pregunté. ¿La respetaba? Sentía más respeto por esta mujer que por cualquier otra persona de este planeta.

—Claro que sí —le respondí.

—¿Entonces por qué me estás jodiendo? ¿Por qué me mientes descaradamente a la cara? ¿Por qué no tienes el valor de ser sincero incluso después de casi cinco años?

Con cada frase, la voz de Carly se hacía más fuerte, más cortante, más acusadora. Se acercó a mí y me golpeó el pecho con los puños.

No podía soportar ver la tristeza, el dolor y la desesperación escritos en su rostro.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y esta vez no se las oculté. Me faltaban las fuerzas para hacerlo.

Le sujeté las muñecas, impedí que siguiera golpeándome y la empujé contra la pared de la cocina.

—Lo siento —susurré con voz quebrada—. Lo siento mucho, cariño.

A Carly se le saltaron las lágrimas. Me agaché y se las quité de un beso. Todas y cada una de ellas.

Carly soltó las manos de mi agarre, me rodeó el cuello con los brazos y tiró de mi cabeza hacia ella con furia. Sus labios buscaron los míos, los encontraron y los besaron.

Nos perdimos en un beso embriagador que sacó a la luz todos los sentimientos y emociones reprimidos y ocultos de los últimos años.

Nos besamos como si nuestras vidas dependieran de ello. Como si con este beso tuviéramos que compensar todos los besos y la ternura que nos habían arrebatado durante los años perdidos y separados.

Carly me agarró del dobladillo de la camisa y me la puso por encima de la cabeza. Sus dedos se deslizaron sobre mi piel desnuda e incendiaron mi cuerpo. Le bajé la cremallera de la chaqueta y se la pasé por los hombros. Luego le quité la camiseta y el sujetador.

Mi cabeza y mi cerebro se habían despedido hacía tiempo. Ya no pensaba. Sólo sentía.

Carly se desabrochó el botón de los vaqueros y yo le desabroché la cremallera. La levanté y la dejé sobre la mesa de la cocina, le quité los pantalones y me bajé la cintura del chándal. Abrió las piernas y me coloqué frente a ella. Dejé que mi mano se deslizara arriba y abajo sobre mi polla, tratando de mantenerme firme porque la visión del centro de Carly, abierto y húmedamente reluciente, casi me hizo correrme.

Mi polla estaba tan dura que dolía y no pude contenerme ni un segundo más. Con cuidado, me introduje en ella y me quedé inmóvil.

Carly me rodeó las caderas con las piernas y tiró de mi cabeza hacia ella. Nuestros labios se unieron y mi polla empezó a abrirse paso centímetro a centímetro dentro de su apretado y dulce coño.

Los placenteros sonidos que emitía Carly me catapultaron a nuestros años de adolescencia y me recordaron el fantástico sexo que pude experimentar con esta mujer.

Nada había cambiado.

Seguía siendo tan grandioso y espectacular como antes. Nuestros cuerpos armonizaban tan perfectamente como si nunca hubieran estado separados.

—Te quiero, cariño —murmuré roncamente y sin pensar en las consecuencias de esta frase.

Dije lo que sentía. Y lo que sentí en ese momento, de hecho lo que sentía cada segundo que pasaba con esta mujer o simplemente pensaba en ella, era exactamente eso: amor infinito.

Carly era el amor de mi vida. Siempre. Y para siempre.

Reunirme con ella después de tantos años, sentirla, saborearla, olerla... era demasiado para mí.

El corazón se me aceleró en el pecho, la cabeza empezó a darme vueltas y un fuerte

pitido sonó en mis oídos.

Me enterré en esta mujer como si no hubiera mañana. La tomé profunda, intensa y desesperadamente.

Las lágrimas corrieron por sus mejillas cuando mis palabras llegaron a ella y un sollozo escapó de su garganta.

—¿Me quieres? —susurró entrecortadamente.

—Sí —gemí—. Oh Dios, sí.

—¿Otra vez o todavía?

Hice una pausa y tomé su cara entre mis manos. Nuestras miradas se cruzaron y, cuando estuve seguro de que me prestaba atención, le confesé: —No he dejado de quererte ni un segundo, Carly. Fuiste, eres y siempre serás el amor de mi vida.

Sellé mi confesión con un beso apasionado y sentí cómo Carly se estremecía debajo de mí. Suavemente, reanudé el ritmo de antes y nos liberé a los dos antes de que nos desplomáramos sobre la mesa de la cocina, agotados por este apasionado encuentro.

Capítulo 19 - Carly

La cabeza de Jordan descansaba entre mis pechos. Su aliento caliente y exaltado rozó mis yemas, que se contrajeron excitadas y exigieron más.

Aunque no hacía ni un minuto que un violento orgasmo nos había sacudido, mi cuerpo ya ardía de nuevo. Lo buscaba. Buscaba a Jordan.

Después de todos los interminables y lúgubres años sin él, mi cuerpo parecía exigir ahora todo lo que se le había negado en los años anteriores.

Mis dedos se deslizaron por el pelo húmedo de Jordan y se quedaron allí, decididos a no soltarlo nunca.

—Te quiero —susurré en voz tan baja que apenas lo entendí.

Pero Jordan parecía haber oído mis palabras. Porque levantó la cabeza y me miró tan penetrantemente desde sus ojos oscuros y turbios que me estremecí bajo su intensa mirada.

Sin decir nada más, me cogió en brazos y me sacó de la cocina por el pasillo hasta una habitación que identifiqué como suya.

Me tumbó suavemente en su cama, me puso boca arriba, se quitó el chándal y se tumbó encima de mí antes de poner el edredón sobre nuestros cuerpos desnudos.

En silencio, me cubrió la cara de tiernos besos. Las yemas de sus dedos se deslizaron por mis mejillas, por mi barbilla y por mi frente.

—Cierra los ojos, cariño —murmuró Jordan en un suave susurro, acariciándome los párpados con los dedos.

Seguí su petición y sentí cómo me acariciaba los párpados con suaves besos antes de dirigir su atención a las comisuras de los labios y, finalmente, a mi boca.

Su lengua separó mis labios y se deslizó suavemente dentro de mí. Disfruté del beso lento y deliberado y sentí que el calor volvía a acumularse en mi vientre bajo las sacrificadas ministraciones de Jordan.

Mi vulva empezó a palpitar con avidez y un tirón impaciente se hizo notar en mi centro.

Las manos de Jordan se deslizaron por mi cuerpo hasta llegar a mis pechos y empezó a masajearlos con la presión justa.

Era fascinante lo bien que Jordan aún conocía mi cuerpo. Sabía exactamente qué botones apretar para sacarme de mis casillas.

Me abrí a él y se deslizó dentro de mí una vez más aparentemente sin esfuerzo.

Si antes lo habíamos hecho rápido, salvaje y desinhibido en la cocina, para descargar nuestras emociones contenidas después de tantos años, ahora lo repetíamos todo despacio, con cariño y casi con reverencia.

Nos tomamos nuestro tiempo, nos exploramos mutuamente, nos conocimos de nuevo.

Todo me resultaba tan familiar, tan correcto, tan... perfecto.

Ese día vine por segunda vez. En los brazos del hombre que había echado de menos cada día de mi existencia en los últimos años.

Y este clímax no iba a ser el último. Con cada orgasmo que Jordan me daba, mi alma conseguía sanar un poco. Conseguí encontrar un poco de tranquilidad. Creé la esperanza de que quizá hubiera un futuro feliz para Jordan y para mí juntos.

Hacía tiempo que había anochecido cuando Jordan rodó a mi lado, sin aliento, y me estrechó entre sus brazos. Una pronunciada arruga de ira le separó la frente y las comisuras de los labios se crisparon bajo su mandíbula rechinante.

Su pulgar acarició perezosamente mi espalda y, aunque no dijo nada, pude ver que algo le preocupaba. Que algo le molestaba. Y también sabía qué.

—¿No vas a contarme por fin lo que pasó realmente entonces, Jordan? —aventuré, sabiendo perfectamente que era precisamente esa parte de nuestro pasado la que rondaba sus pensamientos en ese momento y se apoderaba de él.

Era hora de poner las cartas sobre la mesa y afrontar la verdad, por terrible y fea que fuera.

—La verdad te rompería el corazón —suspiró Jordan, haciendo una pausa en sus caricias.

—Pero la mentira ya lo ha hecho —le revelé.

—¿Puede un corazón romperse dos veces?

Incliné la cabeza y miré atentamente a Jordan. —¿Se trata de algo muy malo?

—Peor —dejó escapar el aire de sus pulmones lenta y ruidosamente, evitando mirarme.

—Sea lo que sea, quiero saberlo, Jordan. *Necesito* saberlo, ¿entiendes? Porque si tengo que vivir con esta mentira un día más, perderé la esperanza para siempre.

—De acuerdo —cedió a regañadientes, agarrándome con tanta fuerza que casi me dolía—. Seguro que recuerdas la crisis de mi madre el día de nuestra graduación.

Asentí, pero no me atreví a decir nada por miedo a que Jordan cambiara de opinión en el último momento y siguiera ocultándome la verdad.

—Te dije aquella ocasión que se había olvidado de inyectarse la insulina y que por eso se había desmayado.

Volví a asentir.

—Eso era mentira. La verdad es que ya no podía permitirse la insulina en las cantidades que necesitaba debido al aumento de los precios y a la reducción de las subvenciones públicas. No se desplomó porque olvidó su insulina, Carly, sino porque se quedó sin ella.

—¿Qué? —me congelé en los brazos de Jordan. Que una persona que dependía de una medicación vital no pudiera permitírsela y que un gobierno permitiera que ocurriera algo tan cruel me estremeció hasta la médula—. ¿Por qué... por qué no dijiste nada? Podría haberte ayudado. Hablar con la compañía de seguros. Darte el dinero.

—El dinero de tus padres, querrás decir —respondió Jordan secamente.

—Sí, de acuerdo. El dinero de mis padres. Sabes que tienen más que suficiente, y estoy segura de que habrían estado tan contentos de ayudarte como yo lo estoy naturalmente.

Jordan resopló despectivamente y sacudió la cabeza con disgusto.

—Eso es lo que tú crees —siseó enfadado.

—¿Qué quieres decir? —me aferré a él con ansiedad y le insté a que por fin me iluminara con la verdad.

—Mi madre fue hospitalizada, como seguro lo recuerdas.

Sí, lo recuerdo. Después de todo, yo había estado allí y me había sentado al lado de Jordan en la sala de espera durante horas hasta que finalmente me envió a casa a primera hora de la tarde y prometió volver a ponerse en contacto conmigo cuando tuviera noticias.

—Cuando me dejaron verla aquella tarde, me confesó el lío en el que estábamos metidos. Que sus facturas médicas nos estaban consumiendo y que, por mucho que trabajara, nunca podría pagarlas. Tu padre se enteró y me ofreció una salida a esta situación aparentemente desesperada.

Mi padre había sido uno de los médicos más prestigiosos del Hospital Mount Silver y había prestado primeros auxilios a la madre de Jordan en el lugar del derrumbe. En el hospital, se

había asegurado de que la madre de Jordan recibiera el mejor tratamiento posible. Sin embargo, el hecho de que supiera de la escasez de medicamentos de la madre de Jordan era nuevo para mí.

Irritada, arrugué la nariz. —¿Mi *padre,* dices? No me dijo nada de eso.

—Por una buena razón, Carly. Tu padre no querría que supieras de nuestro acuerdo, créeme.

—¿Su *acuerdo* de ambos? ¿Qué tipo de *acuerdo*? ¿Y por qué no debería saberlo?

—Bueno, ¿por qué crees? Porque el acuerdo le permitió hacer exactamente lo que llevaba años esperando: deshacerse de mí de una vez por todas.

—Yo... ¿no lo entiendo? —tartamudeé, intentando dar sentido a las crípticas palabras de Jordan.

Sí, era cierto: mi padre nunca había tenido buena disposición hacia Jordan porque creía que él no era lo bastante bueno para mí. Un muchacho sin dinero y sin un futuro glorioso era indigno de su hija a los ojos de mi padre. ¿Cuántas veces habíamos discutido él y yo durante mis años de instituto a causa de esta actitud estrecha de miras? Demasiadas veces. Demasiado a menudo.

Pero, ¿qué tiene que ver todo esto con la madre de Jordan y su crisis nerviosa?

Me di cuenta de que Jordan estaba temblando. No del frío, porque el edredón nos envolvía en un agradable calor. No, era pura rabia lo que hacía temblar el cuerpo de Jordan. Y eso me asustó muchísimo.

Me quedé embelesada con los labios de Jordan. Resistiendo con dificultad el impulso de sacudirle la verdad.

—Tu padre *sabía que* las facturas nos estaban consumiendo. *Sabía* que mi madre no podía permitirse el coste de la insulina ni el de la estancia en el hospital. Así que se ofreció generosamente a cubrir esos gastos. Dijo que se aseguraría de que mi madre no se ahogara en deudas y que tendría acceso a insulina suficiente para vivir una vida sin preocupaciones.

Tragué saliva. Jordan acababa de hablar de un *acuerdo,* lo que significaba que la oferta de mi padre se basaba en algo a cambio. Y poco a poco me di cuenta de cuál era el quid pro quo.

—Tu padre hizo posible que mi madre viviera. El precio de la vida de ella fuiste *tú,* Carly. Tu padre me exigió que te dejara. Más que eso, quería que me asegurara de que no quisieras volver a verme, para que te abrieras a tu gloriosa carrera de medicina y a un marido médico digno de tu posición, en lugar de perder tu precioso tiempo con un perdedor sin dinero como yo.

—No —jadeé sin aliento y me senté en la cama de un tirón—. No —repetí, atónita—. Eso... eso no es verdad.

Jordan se puso de lado, apoyó la cabeza en la mano y asintió con urgencia. —Sí, lo es. Cada una de estas palabras es cierta.

Capítulo 20 - Jordan

Carly se quedó congelada en la cama, con los ojos muy abiertos.

—Eso no puede... pero... él... —tartamudeó torpemente—. Hizo un juramento. Mi padre... juró ayudar a la gente.

—Bueno, lo hizo. Ayudó a mi madre todos esos años. Sólo que su ayuda tenía un precio.

Carly despertó de su estupor y se levantó de la cama. Se agachó, cogió una de mis camisetas y se la puso. Con los brazos cruzados frente al pecho, se alejó de mí sobre piernas tambaleantes y se acomodó en la silla de mi escritorio.

—¿Por qué no dijiste nada, Jordan? —preguntó acusadoramente.

—Porque no quería dividir a tu padre y a ti. Es *tu padre*, Carly.

—Si realmente hizo lo que dices que hizo, es un monstruo —susurró, apenas audible.

—Monstruo o no... ¿tenía elección? ¿Debería haber dejado morir a mi madre? ¿O ver cómo la creciente deuda la llevaba al suicidio? Mi madre *tomaba* esa insulina, Carly. Todavía lo está.

Carly levantó la cabeza. Sus ojos dorados me miraron con una intensidad que hizo que mi corazón se estremeciera.

—¿*Todavía*? ¿Significa eso... significa eso que este trato entre tú y mi padre *sigue* en pie?

Asentí tímidamente y miré al suelo.

Sólo ahora que Carly decía estas palabras me daba cuenta de lo hundido que estaba en la mierda. El hecho de que hubiera cedido a mis sentimientos por Carly y me hubiera vuelto débil podía invalidar el acuerdo y poner en considerable riesgo la salud de mi madre, me hacía sentir peor.

—No me lo puedo creer —jadeó Carly sin aliento, como si toda la vida se le hubiera ido del cuerpo.

—*Necesito* este acuerdo, Carly. Al menos hasta que firme un contrato profesional y pueda pagar yo mismo las facturas de mi madre.

Carly negó enérgicamente con la cabeza. —¿En serio me pides que me guarde para mí lo que me acabas de decir? ¿Cómo esperas que haga eso, Jordan? Quiero que mi padre rinda cuentas por lo que hizo. Quiero que se le revoque la licencia médica. Quiero que pague por lo que hizo, ¡maldita sea!

Carly literalmente vomitó las palabras a mis pies. Su rostro estaba rojo de ira y brillaba de odio.

—Tranquila, cariño. Estás molesta. Tienes razón. Pero *tienes que* calmarte. Respira hondo. Tranquilízate, ¿vale?

Me levanté y me acerqué a ella, queriendo cogerla en brazos, pero me apartó de un empujón y se levantó de un salto.

—¿*Quieres que me calme*? ¿*Tú estarías calmado* si estuvieras en mi situación? ¿Si te acabaras de enterar de que tu padre es un puto gilipollas y el amor de tu vida te ha dejado porque le han obligado? ¿*Respirarías* aliviado si te acabaras de enterar de que esta mierda de acuerdo te ha costado casi cinco años de tu vida? ¿Cómo crees que he estado los últimos cinco años desde que me engañaste y me dejaste, Jordan? Te diré cómo he estado. Hecha realmente una mierda. El primer año, caminaba como un zombi. Andaba por la vida sintiéndome desahuciada y jodida. Mientras estabas aquí jugando bien al hockey y asegurando tu carrera profesional, pensaba en ti

todos los putos días. Te echo de menos cada maldito día. Preguntándome cada puto día qué hice mal para que me dejaras. Así que no, Jordan Bishop, no me calmaré. No voy a respirar. Y no voy a actuar como si nada pasó, joder, ¿me oyes? —me gritó, completamente fuera de sí.

Con cada palabra se enfurecía más, temblando de rabia. Cuando aún estaba procesando las palabras que me estaba lanzando, Carly salió corriendo de la habitación. Me apresuré a seguirla y la encontré en la cocina, donde se estaba poniendo la ropa a toda prisa.

—¿Adónde vas? No puedes irte, Carly. Así no. No en este estado.

Giró la cabeza para mirarme. Una expresión despectiva se dibujó en su rostro.

—Oh, ahora de repente te interesas por mi estado, ¿eh? Gracioso. Cuando te pillé in fraganti con Stacey Wilcox en el baile, no te importó una mierda. E incluso cuando me presenté en tu puerta el día después y te rogué que hablaras conmigo, me humillaste sin piedad y me echaste. Ahora tampoco necesito tus cuidados, Jordan.

Se puso los zapatos, se subió la cremallera de la chaqueta y me miró furiosa.

—¿Podemos hablar de esto con calma, Carly? No conoces toda la historia. Dame la oportunidad de explicarme. Por favor —supliqué, pero ella levantó la mano y me indicó que me callara.

—Ya he oído suficiente, Jordan. Ahora déjame pasar.

Me froté la cara con resignación y repasé mis opciones a la velocidad del rayo. Si Carly quería irse, poco podía hacer yo. Tan alterada y enfadada como estaba, una conversación aclaratoria con ella no sería posible en estas circunstancias de todos modos.

Había tenido casi cinco años para ocuparme del asunto. Enfadarme. Estar desesperado. Y, finalmente, aceptarlo.

Para Carly, su mundo acababa de derrumbarse con mi confesión. Recoger los pedazos y remendarlos llevaría tiempo. Mucho tiempo.

Si eso era lo que necesitaba, se lo daría. Se lo debía. Eso... y mucho más.

—De acuerdo. Si quieres irte, vete —cedí—. Pero iré contigo. Caminaré diez metros detrás de ti, pero quiero asegurarme de que llegues bien a casa. Y no me digas que entonces no me importaba. Aunque no me creas, tanto en el baile como el día después, me aseguré de que llegaras bien a casa. Nunca habría dejado que te pasara algo malo.

Carly abrió la boca para replicar, pero no dijo nada de lo que quería decir.

En lugar de eso, asintió en silencio y me dijo que me pusiera en marcha. Cogí mi chaqueta del perchero y me calcé los zapatos deportivos. Entonces abrí la puerta principal, donde el frío viento de enero sopló contra mí.

Sin mediar palabra, marchamos codo con codo por las calles de Flake Falls hasta el apartamento de Carly, una pequeña casita a las afueras del campus.

Frente a la puerta de su jardín delantero, Carly se detuvo y se volvió hacia mí.

—Bueno, entonces... —empezó.

—Te quiero —susurré y di un paso hacia ella. Pero Carly retrocedió y huyó por la puerta hacia su propiedad.

—Ya no estoy tan segura de eso —murmuró, y unos segundos después desapareció en su casita sin despedirse.

Capítulo 21 - Carly

Tardé una semana en volver a controlar mis nervios y no ponerme como una fiera a la menor nimiedad.

Ignoré las llamadas de mis padres. No muy inteligente, pero aún así mejor que caer sobre mi padre como un buitre y arrastrar a Jordan al caos.

Toda la situación me abrumaba. La verdad me abrumó. No me entraba en la cabeza lo que había hecho mi padre. Que había traicionado su juramento como médico y había puesto imprudentemente en peligro la salud de una persona como medio para conseguir un fin. Que su supuesta *preocupación por* el bienestar de su hija había llegado tan lejos como para destruir la felicidad de la misma. Que se las había arreglado, aparentemente sin esfuerzo, para ocultarme sus ultrajes, de hecho a toda la familia.

Y en cuanto a Jordan... ¿por qué no me lo había contado? ¿Por qué no había acudido a mí para encontrar juntos una salida? Sí, vale, entonces sólo teníamos dieciocho años, pero aun así. Alejarme y dejarme creer durante casi cinco años que sólo había imaginado el gran amor que había entre nosotros fue imperdonable.

¿Me habría buscado alguna vez? ¿Alguna vez me habría dicho la verdad? ¿Alguna vez me habría pedido una segunda oportunidad si no hubiera tomado la iniciativa y comenzado mi año de prácticas en la *Universidad de Colorado?* ¿Cuál era el plan de Jordan? ¿Convertirse en jugador profesional de hockey y...? ¿Y hacer qué? ¿Llamar a mi timbre, confesar la verdad y pedirme perdón?

¿O habría dejado lo pasado en el pasado y habría empezado una nueva vida con otra mujer?

Si me quería de verdad, como decía, ¿por qué no me lo había confiado? ¿Por qué no había creído en nosotros y en nuestro amor lo suficiente como para buscar juntos una solución?

¿Cómo podía amarme cuando pactó un trato que nos separó durante años? ¿A mí, la pareja que se necesitaba como el aire que respira?

Doblé el expediente médico que tenía sobre la mesa, tomé mi taza de café y decidí hacer una pausa en la tribuna de espectadores, ya que no podía concentrarme en nada.

El entrenamiento de *los Cometas* estaba en pleno apogeo y, como si fuera algo natural, mi atención recayó en Jordan, que también pareció fijarse en mí en ese momento.
Me estaba mirando y por eso no vio cómo otro jugador se dirigía directamente hacia él y le embistió directamente.

Con un fuerte golpe, aterrizó desgarbadamente en el suelo. Salté alarmado y corrí hacia el hielo, pero el *segundo entrenador* me hizo señas para que me retirara y dio el visto bueno.

—Él está bien. El chico sólo tiene que prestar más atención. Lleva toda la semana fuera de sí —refunfuñó.

Desde mi posición al borde de la pista, me aseguré de que Jordan estaba bien. Se levantó con dificultad, se quitó el hielo de la camiseta y se ajustó el casco.

Cuando su mirada rozó la mía, la pena y la impotencia que había en ella me golpearon directamente en el corazón.

Jordan estaba mal. Estaba sufriendo. Como yo.

Aun así, no conseguí mostrar piedad y entablar conversación con él. Todavía no.

Las heridas eran demasiado recientes. Demasiado profundas. Demasiado grandes.

Necesitaba tiempo. Era hora de digerir la verdad. Tomarme un momento para asimilar la situación y comprender qué hacer a continuación.

Porque fingir que todo iba bien con mi padre estaba fuera de lugar. Ignorar sus llamadas era una cosa. Ponerlo fuera en sus mensajes de texto también lo era. Pero encontrarse cara a cara con él y fingir que no había pasado nada era sencillamente impensable.

Volví a la caseta y vi a Ruby saludándome con la mano y, al parecer, esperándome.

—Hola, ¿todo bien?

—Sí, todo bien —dijo estirándose—. ¿Qué hay de ti?

—Mhm, todo bien gracias —respondí distraídamente.

—Suenas igual que Bishop. ¿Pasó algo entre ustedes?

Aparté la mirada del campo y miré a Ruby con curiosidad. —¿Por qué sueno como Jordan? ¿Qué quieres decir?

Ruby se encogió de hombros. —Está tan despistado como tú. Sus respuestas rivalizan con las tuyas en su monosilabicidad. Y curiosamente, los dos empezaron a actuar así casi al mismo tiempo.

—Tú también te fijas en todo —bromeé con ella y Ruby me guiñó un ojo.

—Una buena *directora general* debe saber siempre lo que está pasando. De lo contrario, estará fuera de juego más rápido de lo que puede decir *hockey*. Entonces, ¿quieres contarme qué pasó entre Bishop y tú? Aparte del beso bastante caliente, por supuesto.

Suspiré y aparté con el pie mi taza de café, ahora fría.

—Jordan me dijo la verdad. Me confesó lo que realmente ocurrió en el pasado. No quiero ni puedo hablar de ello en detalle, pero me desconcertó bastante, por no decir otra cosa.

Ruby frunció el ceño y apretó los labios. —Ya veo. ¿Es posible que el incidente de entonces sea la razón por la que Jordan quiere fichar ahora por Michigan?

—¿Michigan? —miré a Ruby sin comprender.

—Sí, Michigan. Tanto Nebraska como Michigan han ofrecido a Bishop un contrato profesional. Ambos equipos de grandes ligas, pero más bien de medio pelo inferior. En realidad, Bishop quería declinar y esperar una oferta de un equipo puntero. Pero hace unos días, de repente cambió de opinión. Se presentó en el despacho del *director general* y le pidió que le ayudara a negociar con el equipo de Michigan.

Aparté la mirada de Ruby y volví a centrarla en la superficie del hielo, donde Jordan dirigía el disco a la velocidad del rayo hacia la portería contraria.

—¿Tienes idea de por qué de repente está interesado en hacer dinero rápido en lugar de una gloriosa carrera profesional, Carly?

—Efectivamente —murmuré.

—Escucha, no es asunto mío lo que pasa entre ustedes. Si quieres contármelo, aquí me tienes. Y si prefieres guardártelo para ti, lo respeto. Pero sepan esto: Jordan tiene mucho talento. Y que desperdicie así su talento es una vergüenza. Quizá puedas hablar con él y hacerle cambiar de opinión.

Parpadeé y pensé en las palabras de Ruby.

—En fin. Quería que lo supieras, Carly. Lo que al final hagas con ese conocimiento depende de ti.

—Gracias —susurré, incapaz de apartar la mirada de Jordan—. Gracias por decírmelo.

Capítulo 22 - Jordan

Durante la sesión de entrenamiento de hoy, he recibido más placajes y controles corporales de lo habitual debido a mi constante falta de atención. Pocas veces mi cabeza había tocado el hielo tan a menudo como hoy.

Y todo gracias a ella. A Carly.

Desde que entró en las gradas y me miró, no pude concentrarme en otra cosa que no fuera ella.

Desde que supo la verdad, me había evitado. Había estado huyendo de mí. Se negaba a hablar conmigo.

Llevaba una semana así y cada día que pasaba aumentaba mi desesperación.

¿Qué significaba su silencio? ¿Y duraría? ¿Nos había robado a ambos la oportunidad de un futuro juntos para siempre con mi confesión? ¿Podría perdonarme alguna vez? ¿Y si no lo hiciera? ¿Qué pasaría ahora? ¿Se enfrentaría a su padre? ¿Qué haría él si descubriera que yo había traicionado y roto nuestro acuerdo?

Mil preguntas zumbaban en mi cabeza, distrayéndome, privándome del sueño.

Estaba desconcentrado, estresado y muy cansado. No es una buena combinación si quieres sobrevivir en el hielo.

Por eso no me sorprendió que el *entrenador* me llamara después del entrenamiento y me diera un buen lavado de cara.

—¿Qué demonios te pasa, Bishop? Estás jugando como un maldito novato. Si sigues así, te romperán todos los huesos del cuerpo dos veces en ese hielo.

—Lo siento, entrenador. Hoy estoy un poco fuera de juego.

—No me digas —ladró el entrenador—. ¿Y me dirás también por qué te encuentras así?

—Problemas personales.

El entrenador siseó y cruzó los brazos delante del pecho: —Lamento oír eso, Bishop. Pero los problemas personales no tienen cabida en el hielo. Cuando pisas el hielo, lo único que importa es el partido. Deja tus problemas en el vestuario. Puedes suponer que te estarán esperando allí y no se escabullirán tranquilamente, ¿entendido?

Asentí con la cabeza.

—Bien. ¿Puedes arreglártelas por tu cuenta, o debo enviarte a un psiquiatra?

—No, no. Estoy bien —me defendí.

—No será mi culpa. Y esta es tu última advertencia. Si sigues con esta mierda, habrá consecuencias. Ahora ve con la doctora Callahan y deja que te revise. Hoy te han vuelto a golpear fuerte.

El entrenador hizo un gesto con la mano en dirección a Carly, que se levantó y se acercó a nosotros.

—¿Entrenador?

—Llévate a Bishop contigo y examínalo. Con tantas veces que ha besado el hielo hoy, es un milagro que aún pueda mantenerse erguido.

—Entendido —asintió Carly y me miró—. Esperaré en mi sala de tratamiento hasta que te hayas duchado y vestido.

Sin decir palabra, salí de la pista hacia los vestidores.

No era así como había imaginado mi próximo encuentro con Carly, pero si eso significaba

que me hablaría y ya no miraría a través de mí, aceptaría lo que pudiera conseguir.

Me desvestí en un santiamén, me duché e ignoré mi dolor punzante. Me vestí enseguida, cogí mi bolsa de deporte y me dirigí a la sala de tratamiento de Carly.

—Adelante —respondió a mi llamada y levantó la cabeza cuando entré.

—Hola. Gracias por tomarte el tiempo.

—Ese es mi trabajo —respondió bruscamente—. Siéntate y dime qué te duele.

—No es nada —le dije—. Sólo unos moretones.

—Si ese fuera el caso, no creo que el entrenador te hubiera enviado a mí. Cuando te fuiste, dijo que te habían placado fuerte en el costado un par de veces. Me gustaría echarle un vistazo. Así que, por favor, quítate la camiseta y ponte delante del sofá.

La exigencia de Carly no admitía discusión y no quería arriesgarme a darle otra razón para enfadarse conmigo. Así que seguí sus órdenes e hice lo que me ordenó.

Carly se puso a mi lado y me palmeó, haciéndome preguntas y comprobando mis respuestas, como si existiera la posibilidad de que le estuviera mintiendo. Quién podría culparla…

Intenté ocultarle lo relajante y agradable que me resultaba el tacto de sus manos sobre mi piel. Por un lado, deseaba que su inquisición pasara rápidamente para no tener que recomponerme. Pero, por otro lado, deseaba que siguiera así para siempre.

Finalmente me soltó y volvió a su mesa.

—No hay nada roto. Sólo algunos moretones menores. Has tenido suerte. Te recetaré un analgésico que no esté en la lista de dopaje. También debes beber mucha agua y cuidar de ti. No levantes muy pesado ni te esfuerces tanto en la sala de pesas durante los próximos días. Dale a tu cuerpo tiempo para recuperarse.

—De acuerdo. Lo haré.

Fui a la silla y me vestí. Mientras lo hacía, observé a Carly, que tecleaba atentamente en su ordenador, con el ceño fruncido. Luego se levantó y se acercó al botiquín.

Sin embargo, cuando me dio el analgésico y lo cogí, dudó.

La miré interrogante. —¿Me darás el analgésico ahora, o has cambiado de opinión?

—Jordan, he oído que ibas a fichar por Michigan. ¿Es eso cierto?

Hice un sonido de perplejidad y miré a Carly con irritación. —Um... sí, así es. ¿Por qué lo preguntas?

—¿No querías esperar a que un equipo puntero llamara a tu puerta?

—¿Cómo... lo sabes?

Carly se encogió de hombros. —Se habla mucho. Y por lo visto nadie entiende por qué de repente has cambiado de opinión y quieres fichar por un equipo de gama media. ¿Me lo explicas? Tal vez... ¿durante la cena? Me muero de hambre. Así que si no tienes nada más planeado para hoy...

Capítulo 23 - Carly

Tenía el corazón hasta el cuello cuando hice esta oferta y esperé embelesada la respuesta de Jordan.

En realidad, lo que hizo y por qué lo hizo no fue asunto mío durante años. Pero sospechaba que la decisión de fichar por Michigan tenía que ver con nuestra conversación de hace una semana. Y aunque no debería, sentí el impulso de hablar de ello con Jordan.

No quería que se metiera en líos y echara a perder su carrera por mi culpa. Así que tendría que entender qué le hizo actuar como lo hizo en ese momento.

—Yo... —empezó, pero luego se interrumpió. Se me aceleró el pulso. Mi corazón latía desenfrenadamente. ¿Me rechazaría?

—No tengo planes y además tengo hambre —dijo y una pequeña sonrisa se dibujó en su rostro.

Mis hombros tensos se relajaron ante sus palabras y pude sentir realmente el peso de la piedra que caía de mi corazón. —Bien. Entonces salgamos de una vez, ¿qué te parece?

Me esforcé por que no se notara mi alivio por la aceptación de Jordan, pero no lo conseguí. Así que rápidamente cogí mi chaqueta del gancho y me enrollé la bufanda alrededor del cuello para ocultar a Jordan mis mejillas sonrojadas.

—¿Qué tal un salteado en el restaurante chino?

—Me parece bien —respondí, apagando la luz—. Vámonos.

Quince minutos más tarde, Jordan y yo estábamos sentados en una esquina del restaurante chino local esperando nuestra comida.

Entrecerré los ojos indecisa mirando a Jordan, que estaba sentado con las piernas cruzadas frente a mí y parecía estudiarme atentamente.

—¿Estás bien? —inquirió, y supe que apuntaba a su confesión de hace una semana.

—No, la verdad es que no —confesé con sinceridad.

Jordan asintió en silencio y se miró las manos.

—¿Me dirás por qué quieres firmar ahora con el equipo de Michigan después de todo? ¿Por qué no quieres esperar una oferta de un equipo puntero?

Jordan exhaló ruidosamente y suspiró resignado. —Más vale aceptar esta oferta que esperar una mejor el resto de mi carrera profesional. ¿Quién sabe si un equipo de primera llamará a mi puerta? Michigan tiene potencial y ofrece un buen salario. Un contrato en Michigan me permitiría cuidar de mi madre y acabar con el acuerdo de tu padre de una vez por todas. Y si termino el acuerdo... —Jordan se interrumpió y levantó los ojos.

—¿Si terminas el acuerdo...? —repetí su frase y le animé a continuar.

—Entonces tal vez haya una oportunidad para que tú y yo tengamos un futuro juntos.

—Jordan —le cogí la mano y le miré con urgencia—. *No* permitiré que este acuerdo, como tú lo llamas, siga interponiéndose entre nosotros. Voy a enfrentarme a mi padre y hacer que pare.

Jordan miró nuestras manos entrelazadas y asintió lentamente.

—Eso es lo que yo pensaba. Pero hasta que no firme un contrato, no puedo cuidar de mi madre, Carly. Mi madre no sabe nada de esto y quiero que siga siendo así. ¿Cómo demonios voy a explicarle que ya no puede acceder a sus medicamentos? Porque eso es exactamente lo que va a

pasar en cuanto te enfrentes a tu padre.

—No, eso *no* va a pasar, Jordan. Seguirá teniendo acceso a todo lo que necesite. Te lo prometo —apreté la mano de Jordan y me incliné hacia él—. Yo también soy médico a estas alturas, ¿recuerdas? Tengo formas y medios. Medios *legales.* A tu madre no le faltará de nada. Te lo garantizo.

Jordan guardó silencio y, si había esperado que algo parecido al alivio apareciera en sus facciones al oír mis palabras, me equivoqué.

—¿Hay algo más que deba saber? —pregunté entonces con cautela.

—Si firmo con Michigan, puedo cuidar de ti. Podría darte una buena vida. Si no firmo y ningún equipo de primera me quiere, estaremos igual que hace cinco años.

Me recosté en la silla y miré a Jordan en silencio. De repente me sentí transportada a mis días de instituto. Jordan, que trabajó como un esclavo las 24 horas del día en la pista de hielo de Mount Silver para darnos un nuevo comienzo independiente en Los Ángeles. Jordan, que se negó a aceptar el dinero de mis padres para pagar nuestro futuro alquiler en Los Ángeles. Jordan, que miraba con ceño sus extractos bancarios a final de mes. Jordan, que dejó que mi padre le convenciera de que no era digno de mí.

Suspiré hoscamente.

—Sabes que siempre he sido completamente indiferente al dinero, Jordan. No me importa si eres rico o pobre. Me da igual que seas una estrella o un empleado cualquiera de una empresa cualquiera. Me da igual que vivas en un apartamento o en una mansión. *Te* quiero *a ti*, Jordan. Por *lo bueno que eres*. Y no el dinero. ¿Por qué no te lo metes en la cabeza?

—He intentado todos estos años convertirme en un hombre que pueda ofrecerte algo. Para estar a la altura de las expectativas de tu padre. Para que tal vez un día sea lo suficientemente bueno para ti, Carly.

—Pero tú *eres* lo bastante bueno para mí —le contradije enérgicamente—. Siempre lo has sido. Eres la persona más fuerte, amable y admirable que conozco, Jordan. Y cuando pienso en cómo te has pasado los últimos años convenciéndote de que no me mereces, francamente me desgarra el corazón.

La camarera que nos trajo la comida interrumpió nuestro debate emocional, así que comimos nuestro arroz frito del wok en silencio durante un rato, a pesar de que ambos habíamos perdido el apetito por esta discusión.

—Lamento que haya acabado así, Carly. No hay nada que pueda hacer o decir para mejorarlo. Lo único que puedo hacer es pedirte perdón y esperar que algún día estés dispuesta a hacerlo —Jordan apartó el wok y me miró. Había abatimiento y dolor en su mirada.

—¿Sabes que me he pasado los últimos cinco años preguntándome qué había hecho mal para que me engañaras y me dejaras? He cuestionado mi apariencia. Pensé que tal vez ya no me encontrabas atractiva. Entonces me pregunté si mi inexperiencia en la cama te aburría. Después de todo, fuiste el primero y el único hombre con el que me acosté. Y entonces me pregunté si tal vez era mi naturaleza. Que me había vuelto demasiado esforzada, demasiado ambiciosa y demasiado exigente para ti. Dudé de mí misma durante casi cinco años, Jordan. Desmenuzándome pieza a pieza y cuestionando todo sobre mí.

No pude evitar que mi voz sonara acusadora. Porque era cierto: aunque todos estos años había sospechado que algo no iba bien en la forma en que Jordan me había dejado, no pasaba un día sin que me culpara a mí misma. Acusándome de no ser lo suficientemente atenta con él. Ni lo suficientemente atractiva. O que simplemente ya no le parecía lo suficientemente interesante.

Todos estos años había estado buscando la razón del comportamiento de Jordan en *mí*

misma, porque no podía explicarme por qué me habría dejado de otro modo.

Ahora lo sabía, y no podía decir que me sintiera mejor con la verdad. Porque los complejos permanecieron. Cierto, las heridas sanarían ahora que sabía que Jordan me había deseado, amado y echado de menos todos estos años. Pero dejarían cicatrices para siempre. Dudas persistentes. Voces silenciosas de desconfianza.

Y con la verdad, nuevas heridas se formaban ahora en mi corazón. Mi propio padre me había traicionado. Me hundió en la desgracia. Destruyó mi felicidad. Me robó mi gran y verdadero amor.

¿Cómo podría perdonar a mi padre por eso?

Totalmente imposible.

Había vuelto a reunirme con el amor de mi vida, pero ahora perdería a mi padre.

A pesar de nuestras diferencias, mi padre significaba mucho para mí. Mucho. Pero lo que había hecho era imperdonable. Eso no se podía cambiar.

—Carly —Jordan me sacó de mis lúgubres pensamientos—. Eres la mujer más bella, atractiva, interesante e inteligente que he conocido. Me odio por haberte hecho dudar de eso. Si me lo permites, pasaré el resto de mi vida compensándotelo.

Capítulo 24 - Jordan

Media hora más tarde, mientras nos dirigíamos a casa, me sentía mucho mejor que unas horas antes. Carly y yo habíamos tenido una conversación honesta y sincera en la que no dejamos nada sin decir.

No podíamos volver atrás en el tiempo y tuvimos que aceptar que habíamos perdido los últimos cinco años. En lugar de ir por la vida juntos, de la mano, habíamos luchado los últimos años solos, en la tristeza y en la soledad.

Un capítulo escrito que ya no se podía cambiar.

Pero esto era sólo *un* capítulo de nuestro libro de la vida. Todavía tenemos ante nosotros muchos capítulos por escribir.

Ahora que no había ninguna duda o mentira entre Carly y yo, tal vez podríamos escribir estos capítulos juntos.

Eso esperaba.

Carly me había hecho prometerle que no firmaría con el equipo de Michigan y que confiaría en que llegaría una oferta mejor. Me había exigido que escuchara a mi corazón y a mi instinto. Que al final jugaría donde me sentiría más cómodo y no donde ganara más dinero.

No habíamos hablado de lo que pasaría entre nosotros de ahora en adelante. No quería presionar a Carly, sino darle el tiempo que necesitara para aceptar la verdad. Sin embargo, confiaba fervientemente que nos esperaba un futuro juntos, en el que caminaríamos tomados de la mano.

Cuando nos detuvimos frente a su puerta, me incliné para darle un beso de despedida en la mejilla.

—Buenas noches —susurré, pasándole un mechón de pelo por detrás de la oreja.

El frío viento de enero silbaba alrededor de las casas y pequeños y constantes copos de nieve caían sobre nosotros desde el negro cielo nocturno de invierno. Afuera cada vez hacía más frío y me moría de ganas de entrar en calor. Aun así, estaba dispuesto a soportar el frío helador y el viento azotador si eso significaba que podía pasar más tiempo con Carly.

Después de tener que pasar casi cinco años separado de ella, cada nuevo segundo era sagrado para mí.

—¿Quieres...? —vaciló y di un paso atrás para dejarle más espacio—. ¿Quieres entrar a tomar otra taza de té?

No necesité respuesta, ya que mi brillo de sorpresa me delató y mi evidente placer ante su invitación.

Seguí a Carly al interior de la pulcra casita y la observé furtivamente mientras ponía agua y nos servía el té prometido.

—Vamos al salón —sugirió, tendiéndome una de las dos tazas llenas hasta el borde.

En la mesa del salón había literatura médica y revistas sobre hockey sobre hielo y esquí alpino. Obviamente, Carly se tomaba su trabajo muy en serio. No es que lo dudara ni un segundo.

Carly se acomodó en el acogedor sofá frente a la chimenea y yo me dispuse a encenderla. Poco después, la leña crepitaba bajo las cálidas llamas, envolviendo la acogedora estancia en una cálida cueva de refugio y seguridad.

Me senté en el sofá con Carly y le pasé un brazo por el hombro. Estábamos tan

familiarizados, nos conocíamos al dedillo, que no había nada incómodo o extraño en este gesto. Seguía pareciendo tan correcto y perfecto como antes.

Le acaricié suavemente el omóplato con el pulgar hasta el cuello. Sentí que su pulso se aceleraba bajo mi contacto. Oí su respiración, superficial e irregular. Y sentí el cosquilleo que flotaba en el aire y llenaba la habitación.

Sí, nada había cambiado realmente. Nuestro deseo mutuo seguía tan presente e insaciable como cinco años atrás.

Giré la cabeza en dirección a Carly y me di cuenta de que me estaba mirando.

—¿En qué estás pensando? —pregunté, resistiendo el impulso de besarla.

Carly se agachó, dejó su taza de té en la mesita que teníamos a los pies y me quitó la mía también.

—No es suficiente para mí —dijo seriamente y se volvió hacia mí.

Irritado, fruncí las cejas. —¿No es... *suficiente* para ti? ¿A qué te refieres? ¿*Qué* no es suficiente para ti?

—Durante cinco años pensé que me habías dejado porque había algo malo en mí. Durante cinco años me pregunté qué tenía Stacey Wilcox que yo no tuviera para mostrar. Pechos más grandes, culo más firme, piernas más delgadas... No sé. Pero no me basta con que me digas que soy la mujer más guapa, atractiva, interesante e inteligente que has conocido. Necesito sentirlo, Jordan. Necesito que me lo enseñes. Demuéstramelo.

Carly levantó su bonita barbilla y me miró insegura con sus ojos dorados de brillo único. Me dolía saber que, al parecer, durante nuestra relación no se lo había dicho con suficiente frecuencia ni le había mostrado con suficiente claridad que para mí no había mujer más perfecta en este mundo que ella.

El hecho de que estuviera atormentada por esas dudas, cuyo origen era enteramente culpa mía, me estaba matando. El hecho de que creyera por un segundo que no la deseaba, que no estaba loco por ella, me hizo despreciarme aún más de lo que ya lo hacía.

Levanté la mano y tracé los contornos de la cara de Carly con el dedo índice. Mientras mis dedos recorrían sus pómulos hasta llegar a sus labios, ella cerró los ojos, gimiendo suavemente, y yo no pude evitar robarle un beso de sus dulces labios.

Me levanté y agarré a Carly por la cintura, la levanté y le pedí que se pusiera delante del sofá. Luego le pasé el jersey por la cabeza y me coloqué detrás de ella. Empujé su larga y sedosa melena por encima de los hombros y empecé a cubrirle el cuello de tiernos besos. Trabajé desde la línea de su cabello hasta sus omóplatos.

Carly se estremeció y se le puso la piel de gallina.

Parecía disfrutar tanto como yo.

Desabroché los corchetes de su sujetador y observé fascinado cómo los tirantes se deslizaban por los brazos de Carly y aterrizaban finalmente en el suelo con el resto de la tela.

—Así que —murmuré en el oído de Carly, dejando que mis manos recorrieran su columna vertebral, sus costillas, hasta sus pechos—. Te preguntabas si pensaba que tus pechos eran demasiado pequeños.

Me abracé a sus pechos llenos y redondos como manzanas y sentí que mi polla empezaba a crisparse salvajemente ante estos especímenes de ensueño increíblemente suaves.

Mierda, estas frutas regordetas se sentían cachondas. Si hubiera una intensificación de la palabra *perfectos*, ni siquiera esta palabra bastaría para describir los pechos paradisíacos de Carly.

Masajeé las pecaminosas manzanas entre mis manos y sentí cómo los capullos rojo cereza

se contraían y endurecían bajo mi tacto.

—Tus pechos encajan perfectamente en mis manos. Mira, cariño —la insté, viendo cómo abría los párpados y miraba mis manos amasando con avidez sus dulces tetas—. Están hechos para mí. Tan suaves. Tan redondos. Tan sensibles. Me encanta la forma en que tus pezones se levantan bajo mi tacto, queriendo más. Esto me está excitando, cariño.

Me alegró ver que el lenguaje obsceno le gustaba a Carly tanto como en el pasado. Le encantaba que le susurrara al oído piropos soeces con voz ronca y áspera. La excitaba. Y eso la relajaba. La hizo soltarse. Se dejó llevar. Lo disfruté. Y ella disfrutó de mí.

Mis manos se deslizaron desde sus pechos hasta la cintura de sus vaqueros y le bajaron la cremallera. En realidad, quería dedicarme a su bonito trasero, pero no pude resistirme a dejar que mis dedos vagaran por sus bragas.

El calor húmedo que me acogió en el interior me provocó un gruñido primitivo.

Mi princesa me tenía ganas. Ella me quería. Me necesitaba. Muy bien. Porque yo no era diferente con ella.

Le bajé los vaqueros, la ayudé a quitárselos e incliné la parte superior de su cuerpo hacia delante para que su apretado culito sobresaliera.

Le pasé las manos por la parte exterior de los muslos. —Así que crees que tus piernas no son lo suficientemente delgadas para mí, ¿eh? —le pregunté, separando sus muslos con mi rodilla. Con una lentitud angustiosa, le pasé el dedo índice por el interior de los muslos, observando cómo las gotas de placer que brotaban de su centro traspasaban el dobladillo de sus finas bragas y corrían por sus muslos hasta unirse a mis dedos.

—¿Así que de verdad crees que esos muslos apretados que agarran mis caderas con tanta fuerza durante el sexo y me impulsan a hacértelo más fuerte no me gustan?

Carly gimió y el resbaladizo olor a deseo y pasión impregnó mi nariz desde su centro de placer.

—Oh, cariño —suspiré, presionando mi acerada entrepierna contra su trasero para que se diera cuenta del impresionante efecto que estaba teniendo en mí.

Froté mi polla contra su trasero a través del pantalón del chándal y disfruté de cómo Carly se tensaba debajo de mí porque quería más. Necesitaba más.

—En cuanto a tu culo sexy —murmuré excitado—. Estoy tan obsesionado con él que me encantaría tenerlo ahora mismo.

Carly jadeó asustada y yo me reí por lo bajo.

—Sí, así es, cariño. Me encantaría poner mis manos en tu firme y dulce trasero porque sólo de pensarlo me corro. Pero espero que tengamos el resto de nuestras vidas para hacerlo. Porque ahora... —levanté suavemente el torso de Carly y la giré para que me mirara—. Ahora voy a dedicarme a tu goteante e impaciente medio.

Enganché los dedos bajo la cinturilla de las bragas de Carly y se las bajé hasta detrás de las rodillas. Luego dejé que mi palma se deslizara entre sus piernas y bañé mis dedos en su humedad.

—Tan dispuesta. Tan lista. Tan increíblemente sexy —susurré, tirando de la cabeza de Carly hacia mí con la mano libre—. Necesito probarte. Aquí… —murmuré, cubriéndola con un intenso beso en su boca de fresa—. Y aquí —me puse de rodillas y miré a Carly, cuyo pecho subía y bajaba frenéticamente.

—Siéntate en el sofá, cariño, y ábrete de piernas para mí —le supliqué.

Con los ojos nublados por el deseo, Carly accedió a mi petición y se acomodó en el sofá sobre unas piernas tambaleantes. Me arrastré entre sus rodillas, las agarré por detrás con las

manos y tiré de su centro húmedo y brillante hacia mí.

El aroma único a lujuria y sexo de Carly adormecía mis sentidos y aumentaba mi excitación inconmensurablemente.

Mi boca se encontró con su perla y saboreó su tentador néctar.

—Tan delicioso —murmuré, embriagado de codicia.

Besé su perla, lamiendo, chupando y mordisqueando su piel sensible. Mi lengua se hundió profundamente en el estrecho centro de placer de Carly y encontró un bienvenido apoyo en mis dedos.

Mientras mis dedos índice y anular rodeaban el orificio de Carly, burlándose de él y deslizándose finalmente en su interior, mi lengua atendía extensamente la perla hinchada de Carly.

Los sonidos desesperados que escapaban de la garganta de Carly hicieron que mis pantalones me apretaran demasiado y tuve que liberar mi palpitante polla de ellos.

Cuando sentí a Carly a punto de estallar, la empujé contra los cojines del sofá, me tumbé encima de ella y la penetré con una placentera y celestial embestida.

—Joder —gemí, abrumado por la caliente humedad que me envolvía con fuerza y pulsación.

Empecé a moverme dentro de Carly, susurrándole al oído que sus pechos, sus piernas, su trasero y todo lo que la rodeaba era lo más hermoso que había visto y tocado jamás. Hablaba muy en serio.

Esta mujer era mi vida. Mi todo.

Estar con ella significaba el mundo para mí.

Aumenté el ritmo, levantando las caderas de Carly para penetrarla con más fuerza. Menos de diez segundos después, despegamos juntos y empezamos a volar.

Capítulo 25 - Carly

A la mañana siguiente me desperté con un calor indescriptible envolviendo mi cuerpo. Parpadeé para disipar el cansancio y me di cuenta con una sonrisa de que Jordan era el responsable de mis sofocos.

Se tumbó encima de mí con su cuerpo bien entrenado, desnudo y acalorado, y durmió plácidamente.

Mis dedos se deslizaron por sus sedosos mechones y me di cuenta de que había sido nuestra primera noche juntos. Al menos la primera noche juntos que no habíamos pasado a escondidas ni en casa de Jordan ni en la de mis padres.

En realidad, la noche del baile de graduación del instituto iba a ser nuestra primera noche oficial juntos. Pero gracias a este diabólico acuerdo, nunca llegó a suceder.

Había tenido que esperar casi cinco años para esta noche. Y, en contra de lo que esperaba antes, no se había planificado hasta el último detalle. Más aún: no se había planeado en absoluto.

Cuando invité a Jordan a tomar una taza de té, no había planeado acostarme con él. Bueno... al menos no de inmediato. Pero ese crepitar entre nosotros, esa atracción magnética... seguían ahí. Probablemente más fuerte que nunca. Eso también explicaba por qué no podía resistirme a él.

Su olor, su voz, su tacto... todo en él me debilitaba. Me hizo abrirle mi corazón. Me atrajo a entregarme a él.

No me arrepentí de lo de anoche. Al contrario. Si aún tenía alguna duda sobre si Jordan y yo teníamos un futuro juntos, se me borró anoche.

Jordan y yo éramos el uno para el otro. Nos habían robado cinco años. Y no estaba dispuesta a que me robaran ni un solo día más. Por nadie.

Por desgracia, las cosas eran distintas ahora que hace cinco años. Por aquel entonces, Jordan quería mudarse conmigo de Mount Silver a Los Ángeles, donde yo empezaba la carrera de medicina en *SoCal*. Jordan, por su parte, pretendía conseguir un trabajo en Los Ángeles y, a base de trabajo duro y diligencia, escalar profesionalmente con el tiempo para poder ofrecernos una buena vida lo antes posible.

Hoy tenía la mayor parte de mis estudios en el saco y Jordan estaba a punto de graduarse en la universidad y firmar un contrato profesional de hockey.

Mientras yo tenía que estudiar en California dos años más después de mi año de prácticas en la *Universidad de Colorado*, Jordan jugaría al hockey profesional a partir del año siguiente. La única pregunta era: ¿dónde?

¿Y si firmara un contrato hasta el otro lado del país? En Nueva York, por ejemplo. O Chicago. Ambos son equipos punteros con récords punteros.

Por supuesto que animaría a Jordan a fichar allí, simplemente porque le deseo lo mejor. Pero significaría que nuestro amor se pondría a prueba de nuevo.

Una relación a distancia durante al menos dos años. Eso sonó duro.

Ni de lejos tan duro como vivir con una mentira durante cinco años, pero duro al fin y al cabo.

Por supuesto que lo lograríamos. Sin duda alguna. Pero no sería fácil.

Con más razón me ilusionaba el año que nos esperaba. Un año en el que planeaba asumir el pasado junto con Jordan y dejarlo atrás. Por supuesto, esto no ocurriría de la noche a la mañana,

pero mientras fuéramos sinceros, abiertos y pacientes el uno con el otro, con el tiempo podríamos dejar atrás los acontecimientos del pasado y concentrarnos plenamente en nuestro futuro.

Esperaba que Jordan pensara lo mismo.

Como si pudiera oír mis pensamientos, se estiró en ese momento y abrió sus ojos oscuros y brillantes.

—Buenos días —sonrió, contagiándome su resplandor—. Creo que nos hemos quedado dormidos.

—Efectivamente —suspiré—. Nuestra primera noche oficial juntos. Cinco años más tarde de lo previsto.

A Jordan se le escapó la sonrisa ante mi comentario, pues obviamente pensó en los acontecimientos de aquel momento que habían destrozado nuestra noche juntos y nuestros planes para el futuro.

¿Cambiará eso alguna vez?

¿Seremos capaces de pensar en el pasado sin ponernos tensos?

Porque también hubo muchos momentos maravillosos durante los años de nuestra relación que merecen ser recordados con una sonrisa. Y, sin embargo, quedaron eclipsados por los fatales acontecimientos del baile de graduación.

Posiblemente para siempre.

Al pensar que no sólo nos habían robado cinco años juntos, sino también el recuerdo de otros años juntos y despreocupados antes de eso, mi ira empezó a hervir de nuevo.

—Cariño —susurró Jordan, dándose cuenta de mi cambio de humor—. Lo pasado, hecho está. Centrémonos en el presente y en si te apetece desayunar un huevo frito o un huevo cocido. ¿Qué te parece?

Solté una risita, aunque no tenía ganas de reírme. Pero el sentido del humor de Jordan nunca me había fallado.

Me dio un beso en la frente y se levantó del sofá para prepararnos el desayuno en la cocina mientras yo iba al baño.

—¿Qué vas a hacer hoy? —le pregunté mientras me reunía con él en la isla de la cocina.

—Yo tengo que ir al entrenamiento ¿y tú?

—Hoy es mi día de indemnización. Así que, estrictamente hablando, no tengo nada planeado. Veamos, quizá alquile un par de esquís y pruebe las pistas.

Jordan me miró divertido.

—¿Qué?

—Nada —sonrió—. Te deseo que te diviertas mucho. Pero, por favor, asegúrate de que no te pase nada, ¿vale?

Su atención me reconfortó y le tendí la mano.

—Lo haré. Te lo prometo.

—¿Nos veremos esta noche? ¿Cocinamos juntos y vemos una película? —preguntó, aparentemente despreocupado.

Darme cuenta de que parecía disfrutar pasando tiempo conmigo tanto como yo disfrutaba pasando tiempo con él me alivió enormemente.

—Me encantaría. ¿Pero no vamos demasiado rápido? Quiero decir... ¿sobre nosotros? ¿No deberíamos ir más despacio?

Jordan frunció el ceño. —¿Es eso lo que quieres? ¿Tomar lo nuestro con calma?

—La verdad es que no —confesé en voz baja—. Hemos perdido cinco años. Cada día más

es demasiado.

—No podría estar más de acuerdo —sonrió Jordan y se acercó a mí—. Te quiero, Carly. Y espero que puedas creerlo. Si no lo haces, seguiré repitiéndolo y repitiéndolo hasta que lo hagas.

Capítulo 26 - Carly

Después de que Jordan se despidiera, limpié los rastros de la noche anterior y no pude dejar de sonreír sintiéndome la mujer más feliz del mundo.

Me sentía radiante. Tan increíblemente feliz. Como si Jordan me hubiera dado por fin el beso que recibió la Bella Durmiente tras cinco años de sueño profundo y me hubiera insuflado vida.

Por fin dejé de sentir que me tambaleaba durante el día como un zombi. Por fin, ya no sentía el vacío sordo y aplastante en el estómago. En cambio, me rodeaba un aura radiante que me calentaba por dentro y por fuera, como un cacao deliciosamente perfumado con nata montada y canela.

Hice la compra para la cena con Jordan y rebusqué alguna película que pudiéramos ver juntos. Me habría encantado pasarme todo el día deseando que llegara la noche con Jordan. Pero aunque hoy no tenía que trabajar, aún tenía que prepararme para mis próximos días de trabajo.

Así que, hacia el mediodía, cogí mi literatura técnica y empecé a tomar notas diligentemente. Estaba tan absorta en mi trabajo que el timbre de la puerta principal me hizo estremecerme.

¿Quién podría ser? No esperaba visitas. Jordan estaba en el entrenamiento y yo no había quedado hoy con ninguno de mis compañeros de trabajo. En todo caso, podría encontrarme con ellos más tarde en la pista de esquí.

¿Tal vez Jordan terminó antes el entrenamiento y vino a comer a mi casa?

Este pensamiento me hizo levantarme de la silla y correr hacia la puerta. Pero cuando la abrí, radiante de alegría, no era Jordan quien estaba allí, sino... mi padre.

Mi risa se derrumbó como un castillo de naipes bajo una ráfaga de viento, a la que no escapó mi padre.

—Parece que esperabas a otra persona —me saludó y me empujó hacia la casa—. ¿Puedo preguntar quién?

—¿Qué haces aquí? —repliqué con un tono de voz cuya frialdad me asombró.

—Tu madre y yo queríamos ver cómo te estabas adaptando. Está preocupada porque has estado muy desconectada con nosotros últimamente. Así que pensamos en visitarte y combinar nuestra visita a Flake Falls con un viaje corto.

—¿Y dónde está mamá entonces, si supuestamente está tan preocupada por mí? —miré a mi padre con desdén, sabiendo perfectamente que estaba utilizando a mi madre y su supuesta preocupación por mí como excusa.

La verdadera razón por la que estaba aquí era Jordan Bishop. No tenía ninguna duda al respecto.

—Está en el hotel descansando. Fue un largo viaje. Te reunirás con ella para cenar.

—Podrías haberme avisado que venías.

Mi padre entrecerró los ojos con desconfianza. —¿Y por qué, si se puede saber? ¿Estás tan ocupada?

—Sí, lo estoy —respondí con brusquedad.

—¿Y a qué se debe tu apretada agenda? —indagó mi padre.

—¿Por qué crees padre? —yo desde luego no se lo pondría tan fácil.

—Dímelo tú. Y de todos modos, ¿a qué viene ese tono rebelde, Carly? ¿Te has levantado

con el pie izquierdo o qué te pasa?

Me puse las manos en las caderas y me planté delante de mi padre.

—No, papá. No me levanté con el pie izquierdo. Al contrario. Me desperté en los brazos del hombre al que amo más que a nada. Así que no podría haber empezado mejor el día.

Los ojos de mi padre se oscurecieron como una tormenta amenazadora ante mi afirmación. —¿Supongo que te refieres a Jordan Bishop? El chico que te engañó y te dejó la noche de tu baile de graduación, ¿verdad? ¿El chico que te rompió el corazón y te abandonó? ¿El chico que te hizo llorar a mares durante semanas? No puedes hablar en serio, Carly. ¿No has aprendido nada de tus errores pasados? ¿Tienes que venderte tan barato que te lanzas otra vez a por este bufón? Ambos sabemos cómo va a terminar esto. Te dije desde el principio que no era buena idea aceptar el trabajo en Colorado...

—Lo sé todo —interrumpí el torrente de palabras de mi padre en tono hipnótico.

Que se atreviera a extender aún más su red de mentiras y siguiera acusando a Jordán de todos esos horribles actos, ninguno de los cuales había cometido. Increíble. Asqueroso. Sin corazón. Y tan jodidamente despiadado.

Que mi propio padre fuera capaz de algo tan cruel me heló la sangre. Debería estar enfadada. Muy molesta. Furiosa.

Pero saber que mi padre, al parecer, no se detenía ante nada para seguir jugando a su pérfido juego me sumió en un auténtico estado de shock, contra el que rebotaban todas las emociones.

—¿Lo sabes *todo*? ¿Qué se supone que significa eso? Hablas con acertijos —preguntó mi padre, con la incertidumbre resonando en su voz.

—Sé lo que hiciste. Lo que le pediste a Jordan que hiciera. El precio por la salud de su madre. Me vendiste, papá. Usaste la felicidad de tu hija para tus propios fines. Destruiste la vida de Jordan. Arruinaste la mía. ¿Cómo pudiste?

Mi padre tragó saliva. Obviamente, acababa de comprender que su oscuro secreto había salido a la luz después de cinco largos años. Que sabía la verdad. Que sabía lo que había hecho.

—No tengo ni idea de lo que te dijo Jordan, pero no deberías creerle ni una palabra. El chico miente descaradamente —trató de zafarse mi padre.

Resoplé despectivamente. —¿Ah, sí? ¿Y por qué iba a hacer eso? ¿Mentirme? ¿Inventar una historia tan escandalosa?

—¿Por qué crees que es eso, Carly? No seas tan ingenua. Porque necesita una excusa plausible para envolverte alrededor de su dedo otra vez. Obviamente, ha hecho un gran trabajo. Eres tan fácil de engañar por él ahora como lo eras entonces.

Cerré las manos en puños y sentí cómo la rigidez paralizante del shock daba paso, lenta pero inexorablemente, a la lava ardiente de un volcán hirviente.

—Ya basta, papá. Esta farsa ha terminado. Has sido pillado.

—Por mi vida, no sé de qué me estás hablando —se aferró mi padre a su inocente palabrota.

—Basta —siseé peligrosamente en voz baja—. Me avergüenzo de ti. Me has decepcionado profundamente como padre, como ser humano y como médico. No hay excusa para tu vil comportamiento. Así que ni siquiera intentes pedirme perdón. No quiero saber nada más de ti. Has perdido el derecho a ser mi padre y a participar en mi vida.

—Carly —empezó mi padre con su voz mandona de profesor, pero yo levanté la mano a la defensiva.

—Me pasaré luego por casa de mamá y la convenceré de que estoy bien, pero que por

desgracia tengo que trabajar de sol a sol los próximos días. Apoyarás esta historia si no quieres que le cuente lo que hiciste.

—Te lo ruego. Estás dramatizando demasiado, niña.

—Ya basta —le grité a mi padre—. Basta ya. Has puesto imprudentemente en peligro una vida humana. Explotaste la salud de una persona indefensa para tus propios fines. Has jugado a ser Dios. ¿Te das cuenta de que podrían retirarte la licencia médica por esto? ¿Y te das cuenta de que puedo hacer que te arresten? ¿Avergonzarte delante del mundo y meterte en la cárcel?

Por primera vez en mi vida, me pareció ver algo parecido al miedo en las facciones de mi padre. Al parecer, empezaba a comprender la gravedad de la situación. Ya era hora, joder.

—No te atreverías. Soy tu padre —murmuró conmocionado.

—Incorrecto. Como dije antes, has perdido el derecho a ser mi padre. Y si crees que no te denunciaré, estás muy equivocado. Esto es lo que va a pasar: Mamá y tú se irán lo antes posible y no quiero volver a verlos por aquí. Te asegurarás de que la señora Bishop siga recibiendo la atención médica que necesita, y sin nada a cambio. Y por último, pero no por ello menos importante: Te mantendrás fuera de la vida de Jordan y de la mía... Para siempre. ¿Entiendes?

Mi padre hizo una mueca de enfado. —No puedo creer la mala influencia que este chico es para ti. No es lo que piensas, Carly. Puedo explicártelo todo. No caigas en las mentiras de ese inútil. No dejes que vuelva a interponerse entre nosotros. ¿No ves cómo la historia se repite inevitablemente?

Negué enérgicamente con la cabeza. —Jordan nunca se ha interpuesto entre nosotros. Ni antes ni ahora. Tú fuiste y eres quien levantó esos muros de locura. El que nunca le dio una oportunidad. *Tú y* no él. Ahora sal de aquí antes de que esto empeore.

Fui a la puerta principal, la abrí de un tirón y le dije a mi padre que se retirara.

Capítulo 27 - Jordan

Mis compañeros ya estaban ocupados en la sala de pesas, pero yo había decidido quedarme en el hielo un poco más para no acosar mis magulladuras del día anterior con un entrenamiento excesivo con pesas.

Concentrado, hice mis rondas sobre el hielo, poniendo un pie delante del otro y disfrutando de la velocidad con la que me deslizaba por el hielo.

Me obligué a no dejarme llevar por mis pensamientos todo el tiempo. No distraerse permanentemente con la escena de mi encuentro caliente con Carly de anoche. Porque en cuanto pensaba en ella, que gemía lujuriosamente debajo de mí mientras yo me perdía irremediablemente en su ser, mi polla se metía en mis pantalones como una peonza.

No me extraña.

Tras casi cinco años sin la mujer de mis sueños, no sólo mi alma anhelaba amor y seguridad, sino también mi cuerpo.

Mentiría si afirmara haber vivido abstinente durante los años posteriores a la ruptura con Carly. Pero comparado con mis compañeros de equipo, yo era virgen. Rara vez había cedido a mis necesidades físicas. Sólo cuando mi deseo por Carly me llevó de nuevo al borde de la locura y creí que estallaría por dentro.

Cuando eso ocurría, buscaba una mujer que se pareciera a ella, me la follaba pensando que era Carly y después me sentía el mayor gilipollas del planeta. Sobre todo cuando gemía el nombre de Carly al llegar al clímax, provocando la ira de mis compañeras de sexo.

Afortunadamente, estos tiempos desesperados y oscuros parecían haber llegado a su fin. Porque si creía en las palabras de Carly, había esperanza de que tuviéramos un futuro juntos.

Por primera vez desde que tuve que dejarla, me sentí realizado, feliz y vivo. Donde antes siempre había un cansancio sordo y languidez, ahora había una euforia boyante que me impulsaba a rendir al máximo.

Mi determinación de que me colocaran en un equipo de primera crecía a cada hora. Quería cuidar de Carly. Y yo iba a cumplir la promesa que le hice: Que jugaría en un club que me apasionaba. Un club que me ofreciera no sólo seguridad financiera y libertad, sino también una perspectiva y una carrera prometedora como jugador profesional de hockey.

Una persona al borde del campo se deslizó en mi campo de visión y me hizo aminorar mi ritmo infernal.

Cuando descubrí quién estaba allí apoyado en el borde de la pista de hielo observándome entrenar, me detuve por completo con una sacudida.

Henry Callahan.

El padre de Carly.

Mierda.

¿Qué demonios hacía él aquí?

¿Sabía lo de Carly y yo?

¿Había venido a poner fin a nuestra relación? ¿Para decirme que nuestro trato se canceló? ¿Que dejaría de suministrar medicamentos a mi madre y bloquearía sus exámenes?

Respiré hondo y patiné hacia él. Si quería saber por qué estaba aquí y qué quería de mí, tendría que preguntárselo directamente a él.

—Señor Callahan. —le hice un gesto distante con la cabeza.

—No cumpliste nuestro acuerdo —fue al grano sin rodeos—. ¿Es tan difícil que te mantengas alejado de mi hija?

Me quedé mirándole atónito. Traté febrilmente de entender si iba de farol y trataba de sonsacarme o si realmente sabía lo de Carly y yo.

—He cuidado de tu madre todos estos años. Me aseguré de que tuviera acceso a todo lo que necesitaba. ¿Y me lo pagas lanzándote sobre mi hija a la primera oportunidad?

—Amo a Carly —las palabras aparecieron en mis labios antes de que pudiera detenerlas—. Ella es el amor de mi vida.

Henry Callahan rió amargamente. —Ya hemos hablado lo suficiente sobre este tema. Mi hija se merece algo mejor. Alguien que pueda darle algo. Alguien que pueda mantenerla. Creía que ya habíamos dejado las cosas en claro.

—Puedo mantenerla, señor. Si firmo un contrato profesional, me pagarán un sueldo millonario. Llevaré a su hija en mis manos, lo prometo. Ya no soy el pobre chico sin perspectivas ni aspiraciones en la vida.

—Gracias a *mí* —siseó Henry Callahan con rabia—. Si no te hubiera ofrecido ese trato, estarías atrapado como encargado de pista en Mount Silver, trabajando turnos de veinte horas para ganar suficiente dinero para ti y tu madre. Gracias a *mí has* podido estudiar y jugar al hockey. Sin mi apoyo nunca habrías llegado a donde estás hoy. ¿Y cómo me lo pagas? Arruinando la vida de mi hija. ¡Arruinando su futuro!

—Yo... —balbuceé, completamente perplejo ante su distorsionada representación de la realidad—. No entiendo cuál es el problema. Con mi sueldo millonario, puedo darle a Carly una vida mejor que la que podría darle cualquier cirujano. No tiene que trabajar si no quiere. Puedo comprarle todo. Darle todo.

A Henry Callahan se le escapó un sonido de desaprobación. —Tendrá que adaptar su carrera a sus necesidades. Practica donde juegas, no donde tienes las mejores oportunidades profesionales. Además, ¿y si te haces daño? Se sentirá obligada a cuidar de ti. ¿Y si no puedes jugar porque la lesión no te lo permite? Entonces se acaba la bonanza y el dinero desaparece antes de que puedas contar hasta diez. ¿Y entonces? ¿Eh? ¿Entonces qué, Jordan?

—Eso no va a ocurrir —objeté.

—¿Puedes ver el futuro, o cómo lo sabes? —resopló enfadado—. No seas tan egoísta. Sólo piensas en ti y en tus necesidades. Carly te importa un bledo. Tú has formado parte de este deporte brutal el tiempo suficiente para saber con qué frecuencia las lesiones graves dejan a los jugadores con daños permanentes. ¿De verdad quieres hacerle eso a Carly? ¿Un caso de enfermería sin dinero? ¿Un lisiado?

—Haré provisiones —me defendí—. Ahorraré dinero. No soy estúpido. En los últimos años no sólo he jugado al hockey, sino que también he estudiado empresariales. Sé cómo manejar el dinero.

—¿Y qué pasa con las chicas en busca de deportistas profesionales, eh? ¿Las que se cuelan en sus habitaciones en los partidos fuera de casa y les prometen noches calientes? ¿En serio me estás diciendo que puedes resistirte a ellas para siempre?

—Por supuesto —me defendí—. Sólo hay una mujer en este mundo a la que quiero: y esa persona es Carly.

—Eso lo dices ahora. Pero espera a ser rico y famoso. Todas esas modelos y groupies se te echarán encima... ningún hombre puede resistirse a esa tentación durante mucho tiempo. Si realmente te importa Carly tanto como dices, déjala ir. Sal de su vida y dale la oportunidad de un futuro autodeterminado e independiente.

Sacudí la cabeza ante este déjà vu. Ya habíamos tenido antes exactamente la misma conversación. Hace cinco años. Por aquel entonces yo era un chico sin dinero y sin salida. Pero hoy las cosas eran diferentes. Me esperaba un futuro brillante. Y aun así no era lo suficientemente bueno para que me dejaran ir por la vida junto al amor de mi vida: la hija de Henry Callahan.

En ese momento me di cuenta de que nunca sería una buena opción ante los ojos del papá de Carly.

No importa cuántos partidos y campeonatos haya ganado. No importa cuántas estadísticas haya superado. No importa cuánto dinero ganara. Nunca sería lo suficientemente bueno para recibir su bendición.

—Lo siento, doctor Callahan, pero no puedo vivir sin Carly. Dejarla fue el mayor error de mi vida. Cada día me arrepiento de la decisión que tomé hace 5 años. La vida sin ella no es vida. Es un infierno. Sin sentido. Aburrido. Insoportable. No quiero pasar otro día más sin Carly. Ella es mi mundo. Mi todo. Y ella siente lo mismo por mí. Nos necesitamos uno al otro como la tierra necesita luz.

Henry Callahan se apartó unos pasos y me miró con malicia.

—Piensa en tu madre, Jordan.

Al mencionar a mi madre, se me erizaron los pelos de la nuca. ¿Qué pretendía con ese comentario? ¿Me estaba amenazando? ¿Para dejarme claro que de ahora en adelante le negaría el acceso a su medicación y a sus exámenes?

¡No conmigo!

—Pienso en mi madre en todo lo que hago. Así como cuidaré de Carly, cuidaré de mi madre. Y si quiere amenazarme con suspender su apoyo con efecto inmediato, eso solo demuestra lo desalmado que es. Mi madre no tiene nada que ver con esto. Es sólo una mujer enferma que necesita ayuda. Si quiere dejarla morir, adelante. Sabré cómo evitarlo.

—Eso ya lo veremos —siseó Henry Callahan con enfado—. Aún no se ha dicho la última palabra y no te has hecho ningún favor con tu decisión, muchacho. Te arrepentirás, te lo prometo.

Con estas palabras se dio la vuelta y salió de la sala con la cabeza bien alta.

Capítulo 28 - Carly

Miré el reloj de pared por enésima vez y me pregunté dónde estaría Jordan.

Habíamos quedado para cenar a las siete. Ahora eran casi las ocho y seguía sin haber rastro de él.

No respondió a mis llamadas y mis mensajes quedaron sin leer.

Al principio había supuesto que su entrenamiento se había retrasado y que por eso llegaba tarde, pero empezaba a preocuparme seriamente.

Por la tarde, visité a mi madre en el lujoso hotel donde se alojaban mis padres en Flake Falls y le había asegurado que me iba de maravilla mientras tomábamos un copioso café con tarta.

No me había preguntado por Jordan, aunque supuse que sabía que estudiaba aquí. Pero así era mi madre: todo lo contrario a mi padre. No se metía en mis asuntos y me dejaba tomar mis propias decisiones.

Mi padre no había estado cerca todo el tiempo. Se había ido a jugar al tenis con un amigo médico, dijo mi madre, sin darme motivos para dudar.

Me había despedido de mi madre por la tarde y le había dicho que estaría ocupada en el trabajo durante los próximos dos días y que, por lo tanto, sólo podría verla esporádicamente. No era mentira. Porque a partir de mañana, me enfrentaba a largos turnos en el hospital. Y ya le había prometido a Jordan esta noche. Además, aún no sabía si quería contarle a mi madre la verdad sobre la fechoría de mi padre. Porque si soltaba esta bomba, sin duda pondría a prueba su matrimonio. Y cuanto más tiempo pasaba con mis padres, mayor era el peligro de lastimar a mi madre.

Necesitaba tiempo. Tiempo para pensar en cómo quería afrontar esta situación en el futuro. Por un lado, le debía a mi madre la verdad. Necesitaba saber con quién estaba viviendo. Por otro lado, no sabía si sería capaz de hacer frente al sentimiento de culpa si mis padres se separaban de verdad.

Decidí que no podía responder a todos los problemas a la vez, ni a todas las preguntas de una sola vez. Me enfrentaba a un reto tras otro. Y ahora mismo, mi atención se centraba en Jordan y en mí. En darnos un futuro juntos y en seguir garantizando la salud de su madre en caso de que mi padre la abandonara debido a los últimos acontecimientos.

A las ocho y cuarto, ya no podía permanecer más en mi apartamento. Tenía la inquietante sospecha de que mi padre podría haber ido a ver a Jordan y haber hablado con él.

Si ese era el caso, tenía que encontrar a Jordan. Porque no permitiría que mi padre volviera a dividirnos.

Me puse rápidamente la chaqueta y me eché la bufanda. Luego cerré la puerta tras de mí y me enfrenté al frío glacial del exterior.

Me apresuré por las calles cubiertas de nieve y me limpié los copos de nieve que me tapaban la vista. El viento silbaba alrededor de mis oídos y todos los que no necesitaban estar fuera se escondían en el calor de su acogedora casa.

Las calles parecían vacías y si la luz de los faroles no iluminara mi camino, podría estar temblando de miedo.

Finalmente, la pista de hielo se hizo visible. No sabía si allí encontraría a Jordan, pero mi instinto me decía que allí tendría más suerte. Así que me dirigí con paso decidido hacia ella,

rezando fervientemente para que el encargado de la pista no hubiera cerrado aún las puertas.

La suerte estaba de mi lado y busqué a Jordan por los camarotes y los pasillos.

Sin éxito.

Seguí avanzando y finalmente empujé la puerta que daba a la amplia pista de hielo.

La pista estaba vacía. No parecía haber rastro de Jordan, ni de ningún otro jugador que pudiera decirme por dónde podría estar.

¿Estaba equivocado mi instinto?

Resignada, bajé los hombros y me di la vuelta para marcharme cuando oí a una persona en una de las gradas a mi derecha.

Levanté la mirada y vi a Jordan sentado en una de las filas superiores con su equipo completo, con la mirada perdida.

Me abrí paso con decisión a través de las numerosas filas de asientos y me detuve junto a él dos minutos después.

—Hola. Bueno, ¿qué equipo va ganando? —le saludé, intentando emplear un tono burlón.

Por la expresión deprimida de su rostro, no me cabía duda de que mi padre le había hecho una visita. Porque Jordan había tenido ese mismo aspecto ya antes, después de que mi padre le regañara una vez más por no ser lo bastante bueno para mí.

Jordan giró la cabeza hacia mí y forzó una sonrisa. —¿Qué haces aquí?

Me senté a su lado y miré el reloj del estadio. —Bueno... en realidad, se suponía que tú y yo íbamos a cenar... hace una hora y media.

—Mierda —suspiró Jordan—. Lo siento. Debo haber perdido la noción del tiempo, soy un idiota.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí sentado?

Jordan se encogió de hombros. —No lo sé. Un rato, supongo.

—¿Estoy en lo cierto al suponer que mi padre te buscó?

Jordan exhaló ruidosamente. —Sí.

Desaprobé con la cabeza. —¿Qué quería?

—Lo de siempre.

—Ya veo. ¿Y qué le contestaste?

Jordan cogió mi mano y se la llevó a la boca. —Que te quiero y que no puedo imaginar mi vida sin ti —murmuró.

—Si ese es el caso, no entiendo por qué estás sentado en estas gradas deprimido. No hay ninguna razón para ello. Creía que lo habíamos resuelto. Y nadie va a cambiar eso, ¿vale? Venga, vamos a casa. Me muero de hambre y estoy deseando calentarme los pies contigo.

Me levanté y tendí la mano a Jordan en señal de invitación. —Tú y yo, por siempre, ¿de acuerdo?

Jordan me miró en silencio durante un rato y parecía estar luchando consigo mismo. Le sostuve la mirada y esperé que reconociera en mis ojos lo que yo sentía por él: un amor sin límites. Y la firme intención de pasar el resto de mi vida con él, pensaran lo que pensaran los demás.

Por fin se despejaron los nubarrones de sus ojos y me cogió la mano con decisión. —Tú y yo, por siempre.

Capítulo 29 - Jordan

Cuando esa tarde pisé el hielo para entrenar con mi equipo, me sentí eufórico, incluso inspirado. Y por una vez, esto no sólo se debía al hecho de que Carly y yo nos habíamos reencontrado, sino a un correo electrónico que me había llegado esta mañana.

Los *Armadillos de Arizona* mostraron interés en mí.

¡Los malditos *Armadillos de Arizona*! Uno de los mejores equipos profesionales de hockey sobre hielo de la liga.

Jugar para los *Armadillos* sería un *sueño hecho realidad* y no sólo eso: su estadio estaba en Phoenix, a menos de seis horas en coche de Los Ángeles. Ya había buscado en Internet y había un servicio regular de autobuses entre Los Ángeles y Phoenix que nos permitiría a Carly y a mí vernos los fines de semana. Así ella no tendría que conducir, sino que podría aprovechar el tiempo de viaje para estudiar.

Por supuesto, seis horas no era un paseo por el parque, pero seis horas en autobús seguían siendo mejor que 43 horas o seis horas en avión, es decir, el tiempo que se tardaba en llegar de Los Ángeles a Nueva York.

Los *Armadillos* me ofrecieron un contrato de dos más uno, es decir, un contrato fijo de dos años, con opción a un año más. Eso encajaría perfectamente en términos de calendario. Porque mi contrato fijo expiraría cuando Carly terminara sus estudios en Los Ángeles. Así podríamos decidir juntos si me quedaba en Arizona o nos instalábamos en otro sitio.

Esperaba haberme hecho un nombre en las grandes ligas para entonces, de modo que pudiera ser flexible en mi elección de sede y equipo.

Me costó no llamar inmediatamente a Carly y darle la buena noticia, pero me contuve con el corazón encogido. Quería decírselo en persona. Esta noche, después de recogerla de su turno en el hospital y llevarla a cenar para empezar el fin de semana juntos.

Habían pasado dos semanas desde la inesperada aparición de sus padres y hasta ahora todo había permanecido tranquilo. Mi madre siguió recibiendo su medicación, lo cual me tenía a la expectativa. De repente apareció un extraño silencio. Un silencio que me parecía un espejismo.

No me fiaba, este silencio antes de la tormenta que sin duda se desataría sobre nosotros tarde o temprano. Esperaba cada día a que se desatara la tormenta infernal para intentar destruirme. Pero no pasó nada. Permaneció en silencio.

En realidad, esto debería llenarme de calma, pero me volvió loco. Todo iba demasiado bien para ser verdad. Demasiado bueno para disfrutarlo a la ligera.

Cuando le conté a Carly mis preocupaciones, se limitó a sonreír comprensiva y a afirmar que era natural sufrir cierta paranoia por lo que nos había ocurrido. Estaba firmemente convencida de que había aclarado las cosas con su padre y que a partir de ahora nos dejaría en paz.

No estaba tan seguro, pero tampoco quería preocupar a Carly innecesariamente. Así que me guardé mis reservas y traté de mantener la compostura con la esperanza de que la bomba de relojería sobre la que estábamos sentados no estallara pronto.

Cuando salí del hielo después del entrenamiento y seguí a mis compañeros hasta los vestuarios, me fijé en un tipo que merodeaba por el pasillo de las salas de tratamiento.

Llevaba pantalones chinos azul oscuro y un jersey de lana amarillo mostaza. Sus gafas cuadradas acentuaban su rostro anguloso y le daban un aire de inteligencia y mundanidad. Un

vistazo a sus manos reveló que no había estado en una pelea ni había realizado ninguna actividad física seria en lo que iba de su vida. Las manos del pianista más puro.

De mi observación deduje que este tipo cumplía todos los estereotipos de cirujano adinerado.

Pero, ¿qué hacía él aquí?

El profesor y sus ayudantes han estado practicando hoy en el hospital. Sólo Cole había asistido a la formación como miembro del reparto de emergencia, pero se había marchado hacía un cuarto de hora.

Rápidamente, me excusé ante mis compañeros de equipo, que se apresuraron a entrar en los vestuarios y las duchas, y me acerqué al tipo de los pantalones elegantes.

—Hola. ¿Puedo ayudarle?

Apoyé el hombro contra la pared y miré al tipo, esperando.

Se quitó las gafas y las limpió con la esquina del jersey antes de volver a ponérselas y examinarme meticulosamente a mí también.

—Estoy buscando a mi novia. Hace tiempo que no nos vemos y queremos pasar el fin de semana juntos. Me dijeron que estaba aquí.

—¿Tu... novia? —me rasqué la barbilla pensativo, preguntándome a quién se referiría. Porque nunca lo había visto aquí—. ¿Dónde trabaja exactamente tu novia? Estas son las salas de tratamiento para el personal médico. El departamento de comunicación y la administración están allí —señalé detrás de mi hombro con el pulgar.

—Es médico en prácticas y entrena a los equipos de hockey y esquí de la *Universidad de Colorado* —me aclaró.

Asentí y creí saber de quién hablaba. —Te refieres a June. Hoy no está en el estadio, está en el hospital del campus. No está muy lejos de aquí y está bien señalizado.

Para mi sorpresa, el tipo elegantemente vestido sacudió la cabeza y me puso el móvil delante de las narices. Al hacerlo, la manga de su jersey se deslizó hacia arriba para dejar al descubierto un reluciente y caro Rolex.

Pero no fue el reloj lo que me molestó, sino la foto en la pantalla de su móvil.

Una hermosa mujer en bikini, de largo cabello castaño y brillantes ojos dorados me sonrió. El tipo de enfrente la abrazaba por detrás y su cara se apoyaba familiarmente en la suya.

La mujer no era otra que... ¡Carly!

¿Qué coño?

Me quedé paralizado y, aunque esta foto se grababa a fuego en mi cerebro de forma más dolorosa cada segundo que seguía mirándola, no podía apartar los ojos de ella.

Mierda.

En ese momento, el teléfono móvil empezó a vibrar y en la pantalla apareció el nombre de la persona que llamaba: *Mi amor.*

El tipo se lo acercó a la oreja y sonrió ampliamente.

—Hola Carly, mi amor, ¿dónde has estado? Te he estado buscando por todas partes.

Capítulo 30 - Carly

Trevor había anunciado su visita con poca antelación y de forma totalmente inesperada a última hora de la tarde. Mi amigo universitario de Los Ángeles me dijo que iba a dar una conferencia en un congreso médico en Colorado y que había decidido pararse a tomar un café conmigo de camino.

Trevor era el hijo de un amigo cirujano que también era el director de la clínica privada donde se suponía que yo había hecho mi año de prácticas.

Gracias a la amistad de nuestros padres, Trevor y yo mantuvimos el contacto más allá de la universidad. Trevor era tres años mayor que yo y llevaba un año trabajando como cirujano plástico junior en la clínica privada *Beverly & Hills*.

Tenía un talento extraordinario y estaba completamente absorbido por su profesión. Siempre que tenía una pregunta técnica, Trevor sabía la respuesta. Y así fue como pasamos mucho tiempo juntos en los últimos cuatro años. Habíamos estudiado juntos, nos habíamos hecho preguntas y nos habíamos animado mutuamente a no rendirnos cuando las presiones de la universidad nos ponían de rodillas. Esto había hecho que surgiera entre nosotros algo parecido a una amistad.

Trevor me introdujo en su círculo de amigos y, durante los veranos libres de la universidad, pasábamos mucho tiempo en la playa, no lejos de la lujosa finca de la familia de Trevor.

Con los años, sin embargo, percibí que el interés de Trevor por mí estaba cambiando. Con lo que hizo, lo que dijo y la forma en que me miraba, me hizo comprender que quería de mí algo más que una amistad.

Me sentí halagada de que un hombre tan inteligente, atractivo y simpático como Trevor se interesara por mí. Pero, por desgracia, no sentí ni una sola mariposa, ni siquiera un pequeño abejorro, en el estómago al pensar en una relación con él.

No obstante, me permití tener algunas citas con él, pensando que los sentimientos que trascendían la amistad podrían llegar con el tiempo.

No lo hicieron.

Así que le confesé abiertamente a Trevor que podíamos ser amigos, pero no más. Trevor desestimó mi decisión, insistiendo en que sólo necesitaba más tiempo para conocerle mejor y que estábamos demasiado bien juntos en muchos aspectos como para no intentarlo.

En algún momento había renunciado a intentar convencerle de lo contrario. Cuando Trevor se proponía algo, nadie podía disuadirle.

Así que empecé a evitar el contacto con él. El año en Colorado, lejos de California, resultó muy útil en este empeño.

Desde que vivía en Colorado, el interés de Trevor por mí parecía haber disminuido. Al menos sus llamadas y mensajes se redujeron notablemente.

Por eso me sorprendió aún más que viniera a verme aquí y se tomara una distracción de varias horas sólo para tomar un café conmigo.

En un principio, había planeado llevarme a cenar y pasar la noche en Flake Falls, para marcharse mañana a su congreso. Pero le había dejado muy claro que ya tenía una cita esta noche. Con Jordan. Mi novio.

Por extraño que parezca, Trevor no se había retirado enfadado, sino que había sugerido un

café por la tarde como solución de compromiso.

Había accedido porque aún sentía una estrecha amistad con Trevor. Nunca me había dado motivos para dudar de nuestra amistad y no quería perderle como valioso colega.

Así que retrasé mi hora de comer para reunirme con él.
En realidad, pensé que había llamado a Trevor para que me viera en el hospital. El hecho de que me buscara en la pista de patinaje me hizo dudar, pero no le di más vueltas porque mi turno de hoy me tenía bastante ocupada.

La nieve fresca caída anoche provocó varios accidentes de esquí, algunos de ellos graves. Así que me quedé sin aliento cuando me tomé mi último descanso a las diecisiete horas y fui a la cafetería con Trevor.

Nos despedimos con un abrazo y tomamos asiento en una mesa junto a la ventana.

Trevor sacó un pequeño paquete del bolsillo de su abrigo y me lo entregó.

—¿Qué pasa? —sonreí y examiné el paquete con curiosidad desde todos los ángulos.

—Ábrelo —me guiñó un ojo.

Desenvolví el paquete del papel y salió una costosa pulsera de una conocida marca de lujo. Debió de costar una pequeña fortuna, pero como todos sabemos, caro no significa bonito. Y así, por desgracia, no satisfizo mis gustos en absoluto, cosa que, por supuesto, no le reproché a Trevor. Después de todo, se había esforzado y había pensado en cómo complacerme.

—¿Qué he hecho yo para merecer esto? —pregunté frunciendo el ceño.

—Un regalo de Navidad tardío. Te fuiste tan deprisa que no pudimos despedirnos como es debido —respondió Trevor encogiéndose de hombros.

Extendí mi mano hacia la suya y la apreté suavemente. —Gracias. Es muy considerado de tu parte. Desafortunadamente, no tengo un regalo para ti. Parte de la razón por la que mereces a alguien mejor que yo a tu lado.

—No estoy tan seguro de eso —rebatió Trevor y cogió la pulsera—. Dame tu muñeca. Me gustaría ponértelo.

Vacilante, estiré el antebrazo. No me parecía bien llevar joyas que me había regalado otro hombre que no fuera Jordan. Si llevaba algo, debía venir de él. Pero me pareció grosero e infantil tirar a Trevor debajo del autobús. Así que le seguí el juego y me quitaría la pulsera después, antes de reunirme con Jordan, y la guardaría en mi escritorio hasta que le encontrara un dueño adecuado.

Trevor me puso la pulsera y parecía visiblemente satisfecho. Lo miré con una sonrisa cortés en la muñeca y permití que Trevor se llevara la mano a la boca y le diera un beso. Entonces, sin embargo, retiré la mano y me aclaré la garganta.

—Trevor, es muy amable por tu parte pasarte a verme y me muero por saber qué hay de nuevo en Los Ángeles. Pero quiero que sepas que estoy viendo a alguien. Y lo nuestro va en serio. Muy serio. Por eso no quiero que te hagas ilusiones. Tú y yo podemos ser amigos. Pero nada más.

Para mi sorpresa, Trevor no pareció especialmente sorprendido por mi confesión. Sólo había insinuado vagamente mi situación sentimental durante la conversación telefónica que mantuve con él a mediodía, pero no había entrado en detalles.

Para mi gusto, Trevor reaccionó a mi anuncio con demasiada calma y seguridad en sí mismo. No encajaba en absoluto con la sólida convicción con la que había intentado conquistarme hasta mi marcha.

¿Debería su interés por mí ser de naturaleza tan errática? Según el lema: Ojos que no ven, corazón que no siente...

Encajaría que había reducido sus intentos de contacto desde que me mudé a Colorado.

Pero aún así... algo en su comportamiento me pareció extraño. Pero no sabría decir qué me molestó exactamente.

En ese momento, Trevor empezó a hablar de los recientes sucesos de Los Ángeles, alejando mis pensamientos.

Durante la hora siguiente estuve totalmente ocupada escuchando lo que tenía que decir y tuve que admitir que disfruté enormemente, aunque sólo fuera de forma puramente amistosa.

Capítulo 31 - Carly

Me coloqué bajo el toldo de la clínica y miré el reloj por trigésima vez. Se suponía que Jordan me recogería después de mi turno para que pudiéramos ir directamente de aquí a nuestra cita. Pero no había rastro de Jordan por ninguna parte.

Comprobé mi teléfono móvil, pero no encontré ninguna llamada perdida ni ningún mensaje sin leer de Jordan.

Gracioso.

No era propio de él dejarme aquí de pie. Sola y en una nevada y sombría tarde de invierno.

¿Podría haberle pasado algo?

Pero si ese fuera el caso, me lo habrían notificado. Al fin y al cabo, ya era de dominio público que Jordan y yo estábamos saliendo e incluso me había incluido como su contacto de emergencia en la administración estudiantil.

Así que si hubiera pasado algo, ya lo sabría.

Esta constatación me tranquilizó un poco. Pero la pregunta seguía siendo: ¿dónde estaba? ¿Qué le había impedido recogerme en el hospital como habíamos acordado? ¿Y por qué no me había avisado de que llegaba tarde o no podía venir?

Mi preocupación se convirtió en rabia y, tras otros diez minutos sin ver ni oír nada de Jordan, caminé con paso decidido por la nieve hacia la pista de hielo.

La pista era el refugio declarado de Jordan. Si tenía algo que resolver consigo mismo o tenía que pensar en algo, se refugiaba allí.

Ni que decir tiene que esperaba encontrarle allí.

Pero mis esperanzas se desvanecieron. Cuando llegué al estadio, tiritando, no encontré a Jordan por ninguna parte. Ni en los vestuarios, ni en la pista, ni en la sala de pesas, ni en las gradas.

Me senté desanimada en el banquillo del entrenador y ya estaba pensando en volver a casa para buscarlo allí, cuando se me ocurrió una idea mejor.

Gracias a mi trabajo como médico asistente del equipo, tenía acceso a los números de teléfono de todos los miembros del equipo. Estrictamente hablando, sólo se me permitía utilizarlos con fines profesionales, pero cuando busqué el número de Chase Solomon, el mejor amigo y compañero de equipo de Jordan, no me interesó demasiado.

Era una emergencia. Peligro inminente, por así decirlo. Por una vez, yo no adoptaría una visión tan estrecha de la protección de datos.

Al cuarto timbrazo, Chase contestó mi llamada. De fondo sonaba música a todo volumen, lo que me dificultaba entenderle.

—¿Chase? —llamé contra el bajo—. Soy Carly Callahan.

—Carly —gruñó Chase sin entusiasmo, lo que me hizo preguntarme y fijarme al mismo tiempo.

—Siento interrumpir, pero no encuentro a Jordan y estoy preocupada. ¿Le has visto o sabes dónde está?

Al otro lado de la línea reinaba el silencio. Sólo la música a todo volumen retumbaba a través del auricular del teléfono y me hacía zumbar los oídos.

—¿Chase? —grité, porque ya temía que no pudiera entenderme por el penetrante ruido de fondo.

—¿No deberías estar con tu novio, Carly? —dijo ahora Chase, lo que me hizo entrecerrar los ojos con asombro.

¿Era lento el tipo, o realmente no me había entendido acústicamente?

Sí, debería estar con mi novio. Y me gustaría estarlo, si supiera dónde está.

—Sí —exclamé, intentando mantener un tono paciente—. Por eso te llamo. ¿Sabes dónde está Jordan?

—¿Qué quieres de Jordan? —se oyó en el auricular.

¿Eh?

¿Estaba Chase intentando tomarme por tonta, o posiblemente ya tenía alcohol en el cerebro y ya no podía pensar con claridad?

—Jordan *es mi novio*. Y como has deducido correctamente, ahora debería estar con él. Pero no lo estoy, porque no lo encuentro. Así que mi pregunta de nuevo: ¿Sabes dónde está?

Una voz familiar y melódica sonó de fondo, evocando en mí alivio y rabia sin límites al mismo tiempo.

—¿Es Jordan? ¿Está contigo? —apreté más el teléfono contra mi oreja, esperando entender mejor su comportamiento.

—Está conmigo, sí. Y no quiere verte, Carly. Así que déjalo y vete a casa.

Con estas palabras Chase simplemente colgó.

Atónita, me quedé mirando el móvil que tenía en la mano, cuya pantalla se apagó en ese momento.

Dime, ¿el tipo estaba loco?

Y Jordan, ¿qué demonios le pasaba? Estaba pasando el rato con Chase, a pesar de que tenía una cita conmigo y me había asegurado esta mañana lo mucho que esperaba nuestra velada juntos. ¿Y ahora de repente no quería verme? ¿Y no tuvo la delicadeza de decírmelo él mismo y explicarme cuál había sido la causa de su cambio de opinión, o qué?

¡Espera!

Me enfurecí por dentro y volví a meter el móvil en el bolso. Entonces me levanté y decidí enfrentarme a Jordan. No había muchos bares y pubs en el campus. Y en cuanto a los *Cometas*, rara vez salían a otro sitio que no fuera su pub habitual, *Pete's*. Así que ahí es donde yo empezaría a buscar a Jordan.

La verdad es que me había imaginado la noche del viernes de otra manera. En realidad, pensé que Jordan y yo habíamos llegado por fin a un punto en el que dejábamos atrás los fantasmas del pasado y estirábamos la cara hacia el sol, cogidos de la mano, para que todo el mal y las sombras oscuras cayeran detrás de nosotros.

Pero el comportamiento de Jordan no encajaba en absoluto con esta decisión.

Ya era hora de averiguar qué le había hecho alejarse de mí.

Mientras caminaba la corta distancia que me separaba de casa de *Pete's*, los fantasmas del pasado llamaban y tiraban con todas sus fuerzas a la puerta de mi conciencia, intentando desesperadamente acceder a mis pensamientos y sentimientos.

Y aunque conseguí hacerlos retroceder con bastante éxito, me quedó un punzón de hielo de miedo a que nuestra historia de entonces pudiera repetirse, con el comportamiento de Jordan como ominoso presagio.

Capítulo 32 - Jordan

—Mierda, tío, ella está aquí —me siseó Chase, y aunque no dijo a quién se refería con *ella,* supe que hablaba de Carly.

Miré mi ya tercer vaso de cerveza y no hice ningún esfuerzo por volverme hacia ella. Chase, que estaba apoyado en la barra junto a mí, hizo este trabajo de forma más concienzuda.

—Nos ha visto y va a venir —murmuró y me dirigió una mirada interrogante, que yo reconocí encogiéndome de hombros.

—Buenas noches, caballeros. Bueno, ¿puedo acompañarlos? —preguntó Carly con un tono irónico en la voz.

Estaba enfadada.

Menos mal. Porque yo también lo estaba. Y demasiado.

—En realidad es una reunión sólo de hombres —intervino Chase, pero Carly no dejó que eso la detuviera y tomó asiento en el taburete de la barra, a mi lado.

—¿Dónde has estado? Te estaba esperando. Teníamos una cita —se volvió hacia mí, ignorando a Chase.

Resoplé despectivamente. —Una cita, ¿eh?

—Sí, noche de cita —dijo estirándose—. Si prefieres una noche de chicos, no hay problema, pero quizá deberías avisarme para que no tenga que buscarte por todas partes y preocuparme por ti.

Me callé y sentí la mirada inquisitiva de Carly sobre mí como un rayo láser.

—¿Qué pasa, Jordan?

—¿Qué pasa? —reí incrédulo—. Eso es lo que quiero saber, Carly. ¿Cuándo pensabas decirme que tenías novio?

Carly emitió un sonido de perplejidad.

—¿De qué estás hablando? *Eres* mi novio, Jordan. Tú y nadie más.

—¿Ah, sí?

Por primera vez desde que se sentó a mi lado, levanté la vista de mi vaso de cerveza y la clavé en sus brillantes ojos dorados, que cada vez me hacían sentir más débil.

—Sí, por supuesto. Ahora, ¿tendrías la bondad de explicarme por qué estás de tan mal humor y por qué tanto tú como Salomón se comportan de forma tan extraña?

—Deja de mentirme, Carly. Lo sé.

—¿Sabes qué? ¿Sobre qué? —me miró sin comprender, lo que no hizo sino avivar mi ira contra ella.

—Sé que estás con esa pelusa cirujana rica. Se presentó en el estadio. Me enseñó fotos. De ti y de él. Fotos tuyas prácticamente desnuda. En un fuerte abrazo. Mimos. Y te llamó su novia. Dijo que estaba aquí para pasar el fin de semana contigo. Y entonces le llamaste. *Mi amor,* decía en su móvil. ¿Quieres que siga hablando?

Mi voz seguía hinchándose con cada palabra que pronunciaba, convirtiéndose en el estruendo de una tormenta eléctrica que se aproximaba amenazadora.

—¿Trevor? —Carly enarcó las cejas, sorprendida—. ¿Estás hablando de Trevor?

—Hablo del tipo al que abrazaste en el hospital. El tipo que te dio una pulsera, te la puso y te besó, joder —retumbé ahora fuera de mí de rabia—. ¿Cuándo ibas a decirme exactamente que eras una doble cara, Carly?

Carly se estremeció como si la hubiera golpeado con mis palabras. Me miró horrorizada.

—¿Confías en mí para hacer eso? ¿Que te traicionaría? ¿Que mi corazón y mi alma no son plenamente tuyos? ¿Solo tuyos? Después de todo lo que hemos pasado los dos, todo lo que hemos vivido, ¿te atreves a cuestionar mis sentimientos por ti? —se bajó del taburete y sacudió la cabeza, decepcionada—. Vaya. Realmente no pensaba eso de ti.

¿Qué estaba diciendo?

¿No *pensaba* eso *de mí*?

¿Cómo se atreve a darle la vuelta a la tortilla y pasarme la culpa?

Después de todo, no había salido con otra mujer ni había intercambiado caricias y regalos con ella en público.

Salté de la silla y cogí mi chaqueta. Ya había tenido bastante. Suficiente.

—¿Adónde vas? —me preguntó Carly.

—Me voy —le dije secamente.

—¿Te vas? Si alguien aquí tiene una razón para irse, soy yo.

La atmósfera cargada entre nosotros subía como una marea inevitable a cada segundo que pasaba.

Estaba cabreado. Y Carly también.

Como dos fuerzas de la naturaleza, nos enfrentamos, dispuestos a llevarnos todo y a todos por delante.

Los ojos de Carly se entrecerraron hasta convertirse en pequeñas rendijas furiosas que me recordaron sospechosamente a relámpagos envueltos en tormentas.

—¿Cómo sabes lo de la reunión en el hospital y el regalo? ¿Me has estado espiando, Jordan?

—¿Y si ese fuera el caso? ¿Qué *habrías* hecho si otra mujer apareciera de repente de la nada, se presentara como mi novia, te enseñara fotos más que claras y luego incluso hablara conmigo por teléfono delante de ti?

—Podrías haberme llamado, Jordan. Preguntarme quién era Trevor y qué teníamos en común. O podrías haberle conducido hasta mí y presentarte tan directamente ante él.

Crucé los brazos delante del pecho: —¿Y qué se supone que tenía que decir? Oye, Trevor, por cierto, Carly no es *tu* novia, es *mía*. Así que métete tu puto regalo por el culo y jódete, ¿o qué? —le contesté, porque estaba tan atormentado por los celos que no me dejaban tener un pensamiento claro en la cabeza.

Como una plaga, me carcomía las entrañas y me devoraba por dentro, destruyéndome a mí y a todo lo que encontraba a su paso.

Ya no podía respirar. Se me apretó el pecho al pensar en cómo el tipo había besado la mano de Carly y le había sonreído con tanta familiaridad.

Joder.

Tenía que salir de aquí.

Tenía que hacerlo ahora.

Tenía que respirar.

Me puse la chaqueta mientras caminaba y me apresuré a salir, temiendo asfixiarme en cualquier momento.

Todo a mi alrededor empezó a girar y por más que intentaba llenar mis pulmones con el oxígeno salvador, no podía hacerlo.

Presa del pánico, empecé a correr. No tenía ni idea de adónde iba. Porque sólo podía verlo todo borroso.

De repente me cegó una luz brillante. Los frenos chirriaban. Un fuerte estruendo llenó la noche.

Entonces se hizo el silencio.

Capítulo 33 - Carly

Me cegaron los ojos los faros cubiertos de nieve de un coche que se salió de la carretera helada y corrió sin control hacia Jordan. Quería correr hacia él, sacarlo de la acera, pero me quedé clavada en el sitio, incapaz de moverme ni un centímetro.

Como a cámara lenta, tuve que ver cómo el coche golpeaba a Jordan. El feo sonido de huesos rotos llenó la noche y poco después el ruido sordo de un cuerpo humano que se estrellaba sin vida contra el parabrisas antes de caer sobre la nieve empapado de tierra de la calzada.

Se me paró el corazón. Se me heló la sangre en las venas. Se me fue el color de la cara y la sensibilidad de las manos. Me rugió el estómago y se me apretó el pecho como si me lo estuvieran aplastando violentamente con bridas.

Por fin mis piernas empezaron a moverse y corrí en dirección al cuerpo sin vida. La nieve sobre la que yacía se tiñó de rojo, como si se hubiera vertido sobre ella una botella de vino tinto.

Pero eso no era vino. Esto era sangre. La sangre de Jordan. Sangre que abandonaba su cuerpo con sus espíritus vitales a un ritmo espantosamente rápido, dejando tras de sí una cáscara vacía y muerta.

Caí de rodillas e intenté recuperar el control de mí misma. Intenté cambiar al modo médico profesional. Intenté salvar a Jordan.

Pero la idea de que la persona a la que amaba por encima de todo pudiera no sobrevivir a los próximos minutos y morir, después de habernos separado antes en una discusión, me hizo desear tumbarme a su lado y morir junto a él.

Le cogí la mano y apoyé la cabeza en su pecho, esperando oír los latidos de su corazón. Entonces oí las sirenas de una ambulancia a lo lejos, acercándose rápidamente.

Los paramédicos saltaron y me apartaron de Jordan. Vi, cubierto de sangre, cómo le atendían primero y le introducían finalmente en una de las ambulancias.

—¿Sobrevivirá? —grazné, asustada.

—Hacemos lo que podemos. ¿Es usted pariente de él?

—Yo... —continué, cuando Chase, de cuya presencia no me había percatado en absoluto, me cortó.

—Sí, lo es. Y yo también. ¿Podemos ir?

La paramédico negó con la cabeza. —Su estado es inestable. Pero si preguntan por él en el hospital, me aseguraré de que les informen.

Con estas palabras saltó a la ambulancia y las puertas se cerraron tras ella. El coche arrancó y a cada metro que se alejaba me sentía sucumbir poco a poco en el miedo y la preocupación.

—Carly —sentí que Chase me sacudía los hombros y volví hacia él mi mirada vidriosa y borrosa por las lágrimas.

—No puede morir —murmuré con voz entrecortada.

—No lo hará.

Chase señaló con la barbilla la escena iluminada de policías, más ambulancias y el coche destrozado que se había detenido al otro lado de la acera. —Yo me encargo de esto. Y tú te encargas de todo en el hospital. Cuando termine aquí, me uniré a ti. ¿Puedes hacerlo? Eres médico, Carly. Tienes *que* recomponerte y hacer tu trabajo. Incluso si involucra a Jordan.

Asentí lentamente. Parecía como si hubiera olvidado por completo mi profesión en los

últimos minutos. Sólo las palabras de Chase me recordaron que podía hacer algo por Jordan, ¡de hecho que tenía *que* hacer algo! *Yo era* su contacto de emergencia. *Conocía a* los médicos y enfermeras del hospital. *Estaba en* condiciones de ayudarle. Para asegurarme de que le cuidaban de la mejor manera posible. Luchar por su vida con tanta fuerza, persistencia e intensidad como fuera necesario para salvarle.

¿Qué hacía yo aquí todavía?

Debería estar con *él*. Con Jordan.

En algún momento, en la mitad de la noche, me sobresalté cuando alguien me puso la mano en el brazo. Parpadeé, miré a mi alrededor y tardé un momento en volver a orientarme. Pero entonces lo comprendí: debía de haberme quedado dormida en el pasillo ante las puertas de la unidad de cuidados intensivos.

Fue Chase quien me apretó el brazo y me puso un vaso de papel con café delante de las narices.

—¿Cuánto tiempo estuve fuera? —susurré con la garganta seca.

—Quizá quince minutos, no te preocupes —me tranquilizó Chase—. No te has perdido nada.

Supe por mis colegas que habían llevado inmediatamente a Jordan al quirófano y le habían operado. Sin embargo, debido a la multitud de sus lesiones, tardaron un tiempo en hacerse una idea general de su estado y ponerme al corriente. Un tiempo que pareció una eternidad.

Cuando por fin me llegó el resumen de sus fracturas y roturas, me quedé sin aliento.

Se veía mal. Muy mal.

Y yo no podía hacer por él más de lo que ya había hecho. Ahora era cuestión de esperar. Al miedo. A la esperanza. Y confiar en que mis colegas eran realmente tan buenos en lo que hacían como ponía en el papel.

Uno de mis primeros actos oficiales había sido llamar al doctor Stafford y pedirle que acompañara la operación. Porque aunque se trataba sobre todo de la supervivencia de Jordan, para él ya no valdría la pena vivir si después no podía seguir jugando al hockey.

Así que no se trataba sólo de ponerle un parche en los huesos, sino de fijarlos para que no sufriera ningún daño permanente.

Al menos en mis ilusiones.

El doctor Stafford me contaría cómo era la gravedad en realidad cuando terminara la operación. Pero eso no ocurrirá en un futuro previsible. Las heridas eran demasiado graves para eso. Demasiado. Demasiado peligroso para la vida.

Si de mí dependiera, bastaría con que Jordan saliera vivo de ese quirófano. Pero aquí no sólo actuaba para mí, sino también para él. Y le conocía lo suficiente como para saber lo que significaba *la vida* para él.

Chase se dejó caer en la silla de al lado y suspiró hoscamente.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué estaba Jordan tan enfadado conmigo? —entré en el tema que había provocado indirectamente este fatal accidente.

Chase cerró los ojos y contorsionó el rostro. —Mierda, Carly —murmuró—. Debería habértelo dicho en vez de emborracharme con él.

—¿Decirme *qué*?

—Había un tipo... —empezó.

—¿Trevor?

—Sí, ese tipo pijo. La imitación perfecta de una revista rural inglesa. Estaba hablando con Jordan. Le dijo que te estaba buscando. Le enseñó fotos. Fotos sentidas. Fotos nítidas. De ti y de él. Dijo que eras su novia y que venía a pasar el fin de semana contigo. Jordan no lo creyó al principio, pero luego llamaste a este tipo y le dijiste dónde encontrarte. Fue entonces cuando todo quedó claro para Jordan.

Exhalé en un siseo y traté de digerir lo que Chase acababa de decirme.

—¿Le enseñó fotos nuestras, dices?

Chase Solomon asintió. —Sí. De ti en bikini y él abrazándote por detrás. También te tiene guardada como *Mi amor* en su teléfono y, según Jordan, así te saludaba cuando le llamabas. ¿Quién es este tipo, Carly?

Me senté erguida y me pasé el pelo por detrás de las orejas. —Es un amigo. Pero no es *mi* novio. Sí, de acuerdo, salimos sin compromiso durante un tiempo, pero no hubo nada. Ni un solo sentimiento hacia él. Así que lo terminé incluso antes de que empezara. No lo aceptó durante un tiempo, pero desde que estoy en Colorado, su interés ha disminuido. Así que pensé que finalmente lo entendió y aceptó ser sólo amigo mío.

Chase resopló despectivamente. —No es en absoluto así como se lo presentó a Jordan, créeme.

Me froté la cara con cansancio. Nada de esto tenía sentido. ¿Por qué Trevor haría algo así? ¿Fingir ser mi novio?

—Jordan entonces lo siguió al hospital y te vio. Los vio abrazados, te dio un regalo y te besó. Dijo que ustedes dos parecían muy unidos y eso probablemente lo convenció de la historia de Trevor. Luego fue a *Pete's* a ahogar sus penas. Ya conoces el resto de la historia.

—No... —grazné, con los ojos llenos de lágrimas de nuevo al pensar en el *resto de la* historia—. No hay nada entre Trevor y yo.

—Ahora lo sé —afirmó Chase disculpándose—. ¿Por qué crees que Trevor montó ese espectáculo delante de Jordan? ¿Crees que fue intencionado?

—¿Intencionado? —me quedé mirando a Chase con incredulidad—. ¿Qué tipo de intención?

Chase se encogió de hombros. —Bueno... ¿crees que tu padre y él podrían haber estado confabulados, intentando crear problemas? ¿Matar dos pájaros de un tiro, por así decirlo? ¿Que Trevor sigue colado por ti y tu padre le animó a visitarte y reconquistarte?

Se me escapó todo el aire de los pulmones y luché por no caerme de la silla en la que estaba sentada.

¿De *qué* demonios estaba hablando Chase? ¿Trevor y mi padre, que estaban confabulados e hicieron causa común para atacar a Jordan? ¿Quién dejó deliberadamente que mi novio caminara hacia un cuchillo abierto y lo puso en mi contra?

¿Mi padre llegaría tan lejos? Y Trevor, ¿de verdad debería ser tan terco en su opinión de que somos el uno para el otro como para dejarse llevar por un espectáculo tan bajo?

Impensable, en realidad. Pero cuando pensé en lo que mi padre había sido capaz de hacer en el pasado para separarnos a Jordan y a mí, la suposición de Chase de repente no me pareció tan descabellada.

Saqué el teléfono del bolsillo y lo desbloqueé, busqué en Internet la conferencia de la que me había hablado Trevor y... tropecé.

La confusa conferencia había tenido lugar hacía quince días. Hacía tiempo que había terminado.

En otras palabras, Trevor no asistió a ninguna conferencia en Colorado. Me había mentido. La verdadera y única razón de su repentina aparición era... yo.

Mis manos empezaron a temblar incontrolablemente y volví a meterme el teléfono en el bolsillo como si se hubiera incendiado y me hubiera quemado con él.

Mi mundo, ya en ruinas, se hizo añicos una vez más cuando comprendí que el encuentro de Trevor con Jordan había sido un montaje y que el accidente resultante se debía al pérfido plan de mi padre, que al parecer no se detenía ante nada para dividirnos.

Ni siquiera antes de la muerte de Jordan, que él había provocado indirectamente con sus acciones.

Capítulo 34 - Jordan

Sentí como si alguien me golpeara la cabeza con un martillo y al mismo tiempo me clavara un trozo de cristal afilado en el pecho.

Cada respiración era laboriosa. Agotador. Agotaba mis fuerzas.

Pero, ¿por qué?

Parpadeé e intenté abrir los ojos, pero eso sólo aumentó la presión sobre mi cabeza.

A mi alrededor sonaba un extraño pitido rítmico, que ahora se hacía más fuerte. ¿Qué demonios fue eso?

—Señor Bishop —gritó una voz desconocida—. ¿Puede oírme? ¿Señor Bishop?

Alguien me levantó los párpados y me iluminó los ojos con un objeto. Maldición, eso dolió. Mi cabeza estaba a punto de explotar.

—Señor Bishop —repitió la voz—. Si puede entenderme, intente asentir.

¿Asentir? ¿Por qué asentir? Podría decirle que le he oído. ¿Cierto?

Abrí la boca, pero no salió ningún sonido.

El pánico se apoderó de mí.

¿Por qué no podía hablar? ¿Y por qué me acosaban esos dolores infernales? ¿A quién pertenecía esa voz? ¿Y por qué no podía ver a la persona? ¿Dónde estaba yo?

El pitido a mi alrededor se hizo más fuerte. Más agitado. Más descontrolado. Intenté con todas mis fuerzas abrir los ojos. Reconocer algo. Para responder al menos a una de las mil preguntas. Pero no lo conseguí.

Sentí un pinchazo en el brazo y, unos segundos después, me quedé dormido.

Cuando volví en sí, sentí un calor familiar en mi cuerpo dolorido y un aroma agradable en mi nariz que calmó mi pánico incipiente.

Estaba aquí. Carly estuvo aquí. Conmigo.

Este conocimiento me tranquilizó y me dio la energía necesaria para abrir por fin mis párpados pesados.

Ejerciendo una enorme fuerza de voluntad, conseguí parpadear y darme cuenta de que su cabeza estaba junto a la mía y su pelo me hacía cosquillas en la nariz.

Quería tragar, pero sentía la garganta como papel de lija, así que tuve que toser, lo que a su vez desencadenó dolores punzantes en el pecho.

Carly se revolvió. Levantó la cabeza y sus ojos profundamente preocupados, adornados con círculos negros como el carbón, me escrutaron tan meticulosamente que sentí como si pudiera ver bajo mi piel.

—¿Qué…? —jadeé, incapaz de entender por qué me costaba tanto hablar—. ¿... ha pasado? ¿Dónde...? —otro ataque de tos me sacudió—. ... ¿Estoy?

A Carly se le llenaron los ojos de lágrimas. Quise levantar el brazo para limpiarlos, pero no pude hacerlo. Mi brazo no me obedecía... porque estaba enyesado.

¿Qué demonios...?

—Carly... —mi voz había adquirido un tono alarmado—. ¿Qué pasa?

Carly se inclinó y me acarició suavemente la cara.

—Tuviste un accidente. Un coche se salió de la carretera helada delante de *Pete's*. Estabas a punto de cruzar la carretera. Te golpeó y... te hirió.

—¿Un accidente? —gemí con dificultad.

Carly suspiró y guardó silencio. No es una buena señal.

—¿Qué día es hoy? —poco a poco recuperé la voz y la niebla que rodeaba mi mente como las nubes del cielo invernal de Colorado se disipó.

—Si quieres saber cuánto tiempo has estado tumbado aquí: Cinco días. Tres de ellos en coma inducido.

—¿En coma? —estupefacto, repetí sus palabras—. ¿Qué tan malo es?

—Te pondrás mejor, Jordan. Pero llevará tiempo. Tienes que tomártelo con calma y empezaremos ahora mismo, ¿vale? Suficientes preguntas por hoy. Ahora cierra los ojos y haré que un médico te examine mientras tanto.

Carly quiso apartarse, pero la sujeté por la muñeca. No dije nada, sólo la miré. Ella lo entendió. Claro que sí. Siempre lo hacía. Así lo hizo ahora. Sabía lo que iba a preguntar.

—Me alegro de que estés vivo, Jordan. Las cosas no pintaban bien durante un tiempo. Casi te perdemos. Agradece que has sobrevivido, ¿vale?

—Carly —murmuré con voz ronca. ¿Había alguna razón para que no respondiera a mi pregunta?

—Tu madre ha venido desde Monte Silver para estar a tu lado. Llevamos unos días turnándonos cada pocas horas. Se alegrará de saber que vuelves a estar entre los vivos.

El hecho de que evitara mi pregunta con tanta firmeza me hizo sospechar que algo malo ocurría. La mirada a mi brazo entumecido y a mi pierna atrapada en el cabestrillo hizo el resto.

—¿Cuándo podré volver a jugar al hockey? —pregunté, porque necesitaba oírlo para creerlo. Porque esperaba equivocarme. Esperaba que mi premonición estuviera equivocada.

—Eso no es importante por ahora.

Ella me evitó.

Joder.

—Es mi propósito en la vida. ¿Cómo puede carecer de importancia?

—Porque lo único que importa ahora es que todavía tienes una vida que puedes llenar de contenido. Cómo es ese contenido quedará claro en las próximas semanas y meses, ¿de acuerdo?

—¿Meses? —tragué saliva—. ¿Acabas de decir meses?

Carly volvió a mi cama y se sentó en el borde. Me acarició el pelo con ternura.

—Tenemos mucho de qué hablar. Pero no quiero cansarte. Casi *mueres*, Jordan. ¿Lo entiendes? *casi* —repitió con fuerza—. ¿No podemos alegrarnos por el momento de que estés vivo antes de pasar al siguiente desafío? Danos a todos, y especialmente a ti, un pequeño respiro, ¿vale?

La puerta se abrió y un hombre de mediana edad con bata blanca se unió a nosotros.

—Señor Bishop, bienvenido de nuevo a la vida —me saludó, comprobando atentamente el equipo del que colgaba—. Soy el doctor Sullivan y cuidaré de usted mientras siga en cuidados intensivos y hasta que esté completamente fuera de peligro.

Empecé a hacerle al doctor Sullivan las mismas preguntas que Carly se negó a responder. Pero en ese momento, la puerta se abrió de nuevo y mi madre entró como una nevada.

Su rostro hundido y pálido hizo que mis preguntas pasaran a un segundo plano y me hizo darme cuenta de que, efectivamente, acababa de escapar de la muerte.

Capítulo 35 - Carly

Cuatro semanas después, Jordan recibió el alta hospitalaria. Aún le quedaba un largo camino por recorrer, pero estaba lo suficientemente en forma como para hacer el resto del camino con la ayuda de la rehabilitación en el campus.

Habíamos acordado que Jordan se quedaría en rehabilitación por el momento. Porque allí recibía apoyo activo las veinticuatro horas del día para hacer frente a las tareas cotidianas que aún le causaban dificultades y en su lucha por reincorporarse a la vida.

Afortunadamente, el seguro pagó, ya que la policía pudo establecer claramente, a partir de las grabaciones de las cámaras de tráfico, que Jordan no era culpable del accidente. Simplemente había estado en el lugar equivocado en el momento equivocado. Diez segundos antes o después y nada de esto habría ocurrido. Pero así era la vida. En un abrir y cerrar de ojos, todo podría cambiar o nada podría cambiar.

El doctor Stafford había accedido sin pestañear a mi petición de ejercer en la rehabilitación deportiva del campus a partir de entonces y participar así activamente en el proceso de curación de Jordan.

—Si consigues que el chico se recupere, puedes hacer cualquier cosa como médico —me informó implacablemente, dejando claro la enorme montaña que teníamos que escalar para que Jordan pudiera reincorporarse al mundo del hockey profesional.

A mí me bastaría con que consiguiéramos devolver a Jodan su capacidad motriz para la vida cotidiana, pero, por supuesto, Jordan lo veía de forma completamente distinta.

Desde que los médicos le habían dicho que sus posibilidades de volver a jugar al hockey profesional eran casi nulas, se había vuelto más silencioso cada día que pasaba.

Incluso ahora, cuando le acompañaba de su entrenamiento diario de rehabilitación a su habitación, no decía ni una palabra.

Había decidido no desanimarme por su silencio y ser paciente con él. Así que hablé por los dos y le conté mi día.

Ya habíamos resuelto el capítulo de Trevor hace semanas. Evité decirle a Jordan que sospechaba que mi padre estaba detrás de la repentina aparición de Trevor, porque, por un lado, no podía demostrarlo con certeza y, por otro, ese conocimiento no contribuiría a la recuperación de Jordan. Sin embargo, sospechaba que él lo sospechaba en secreto.

Le hice prometer a Jordan que en el futuro hablaría primero conmigo en lugar de fiarse de las afirmaciones de desconocidos. Una concesión que no deshizo nada, pero que esperamos nos haya salvado de nuevas tragedias en el futuro.

Ayudé a Jordan a bajar de la silla de ruedas a la cama y traté de que no se me notara lo mucho que me dolía verle tan vulnerable y abatido.

Dejó caer la cara entre las manos y me dejó fuera.

Como tantas veces desde el accidente.

Cogí una silla y me senté en el escritorio para documentar los progresos de Jordan en mi cuaderno especialmente creado para ello.

—¿Por qué pierdes el tiempo conmigo? —murmuró Jordan detrás de las manos.

Me volví hacia él. —No pierdo el tiempo contigo, lo *paso contigo.* Y me encanta hacerlo. ¿Con quién más voy a pasarlo?

—Con alguien que no sea un caso de cuidado y pueda ofrecerte algo. Tu padre tenía razón.

Soy un puto lisiado y te sientes obligada a cuidarme en vez de tener una carrera.

Expulsé el aire ruidosamente. ¿De verdad lo había dicho ahora? ¿Cuántas veces tendríamos que discutir este tema antes de que finalmente creyera que era lo suficientemente bueno para mí?

—¿No hemos hablado ya de esto un millón de veces, Jordan? Un millón de veces más, si me preguntas.

—Pero eso fue *antes de* tener el accidente —objetó—. Fue entonces cuando tuve algo que ofrecerte. Cuando ese contrato con los *Armadillos de Arizona* parecía estar a mi alcance.

—¿El contrato con los *Armadillos de Arizona*? —enarqué una ceja, sorprendida. No sabía nada de eso—. ¿Los *Armadillos* contactaron contigo?

Jordan miró al suelo y guardó silencio. Por lo visto, quería reservarse este detalle, que no carece de importancia. Pues mala suerte. Ahora que se había chivado, no cejaría hasta que me lo dijera.

—Me hicieron una oferta, sí.

—¿Cuándo?

—El día que Trevor apareció. Quería decírtelo en persona esa noche. Pero luego no llegó a eso. Además, ahora ya no importa.

—¿Por qué? —me arrodillé frente a Jordan y le obligué a mirarme.

—¿Por qué? —Jordan me miró como si estuviera loco—. Porque soy un maldito lisiado. Ni siquiera puedo caminar solo. ¿Cómo se supone que voy a jugar al hockey y hundir discos?

—¿Los *Armadillos* te cancelaron? Después de tu accidente, quiero decir.

Jordan apretó los labios formando una fina línea. —No tienen por qué hacerlo. Creo que no hace falta decirlo.

Negué enérgicamente con la cabeza. —No, no es así, Jordan. Sigues estudiando en la *Universidad de Colorado* hasta final de año. Son nueve meses más. Nueve meses para ponerte en forma. Nueve meses para prepararte para ser profesional. Podemos hacerlo. Pero para ello hay que dejar de autocompadecerse y empezar a luchar. Conmigo a tu lado.

Jordan se dejó caer de espaldas sobre la cama y se quedó mirando al techo.

—Imposible. Ya conoces los resultados. Tendré suerte si algún día puedo volver a patinar por diversión. ¿Pero jugar profesionalmente? Difícilmente.

Me tumbé a su lado y le rodeé las caderas con la pierna. Suavemente, giré su cabeza hacia mí.

—No soy sólo tu novia, soy tu médico, cariño. Y cuando te digo que puedes hacerlo, no lo digo sólo porque te quiera y crea en ti, lo digo porque conozco los hechos y creo que es médicamente posible.

Jordan se apoyó en los codos y me miró a los ojos. —Realmente crees eso, ¿verdad? ¿Aunque los demás piensen que es imposible?

Asentí con determinación. —Eres la persona con más fuerza de voluntad y más ambiciosa que conozco. Luchas con más fuerza, determinación y perseverancia que cualquier otro jugador de hockey del mundo. Si alguien puede levantarse, eres tú. Además, me tienes a mí, probablemente la mejor médico de tu lado. ¿Qué puede salir mal?

Por primera vez desde el accidente, Jordan esbozó una sonrisa.

Dios, cómo extrañaba eso.

—Realmente no te dejarás renunciar, ¿verdad? —susurró.

—Nunca —susurré, cerrando los ojos bajo los dedos de Jordan, que me acariciaban los labios.

—Gracias —murmuró y me dio un sensible beso. Un bálsamo para las heridas de las

últimas semanas y un rayo de esperanza de que quizás todo saldría bien después de todo.

Capítulo 36 - Carly

Admirada, dejé que mi mirada se perdiera en Jordan, que levantaba pesas como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida.

Había transcurrido medio año desde su accidente y en este final de verano había pocos indicios de que hubiera estado a punto de sucumbir a sus heridas a principios de año.

Eso era porque luchaba como un león día tras día. E hice todo lo que pude para apoyarle. Cada minuto libre que no dedicaba a tratarle, metía la nariz en revistas especializadas, leía los últimos estudios y pedía consejo a los especialistas más reputados.

Estábamos en una carrera contrarreloj. Ambos sabíamos que el invierno se acercaba a pasos agigantados y Jordan tenía que volver a estar en forma al cien por cien para entonces.

Por eso sólo hemos tenido un tema durante meses: la recuperación de Jordan.

No recordaba la última vez que habíamos hecho algo en pareja, simplemente disfrutar de la vida juntos y vivir al día.

Pero eso estaba bien. Comprendí perfectamente que la rehabilitación de Jordan, sus estudios empresariales y mi año de prácticas nos exigían dar un paso atrás como pareja.

Aun así, le echaba de menos. *E*chaba de menos nuestra relación.

Cuando me vio, soltó la pesa, se limpió la cara cubierta de sudor con la camisa, dejando al descubierto su atractivo paquete de abdominales, y se acercó a mí con una sonrisa irónica.

Dios, cómo me gustaba esa sonrisa. Y lo agradecida que estaba de que no lo hubiera perdido en todos los meses de duro trabajo y todos los contratiempos que tuvimos que experimentar una y otra vez.

—Hola, cariño —susurró, acercándome y dándome un beso salado en los labios.

—Mmm —gemí—. Más, por favor.

Jordan rió suavemente contra mis labios. —Pronto saldré de aquí, cariño, y entonces nos pondremos al día de todo lo que nos hemos perdido en los últimos meses.

Ante sus prometedoras palabras, un anticipado escalofrío de excitación recorrió mi cuerpo. Hacía demasiado tiempo que no nos dedicábamos tiempo el uno al otro. Y con eso me refería tanto a amigos como a nuestras actividades como pareja.

Por supuesto, de vez en cuando habíamos hecho el amor en secreto en la habitación de rehabilitación de Jordan, pero como no se toleraban huéspedes que pernoctaran y a Jordan no se le permitía pasar la noche fuera de casa a voluntad, se quedaba en breves intermezzi prohibidos que no hacían más que estimular el apetito uno tras otro en lugar de saciarlo.

Tanto más deseaba que Jordan saliera por fin de rehabilitación la semana que viene.

Habíamos acordado que se mudaría conmigo el resto del año. Por un lado, porque ambos anhelábamos estar juntos sin molestias. Y, por otro lado, porque había puesto su habitación en el piso compartido a disposición de otro compañero durante su ausencia, al que no quería agobiar con tener que buscar un nuevo lugar donde alojarse en plena temporada.

—¿Qué te parece? ¿Estás listo para esta noche o has cambiado de opinión?

Los *Cometas* jugaban esta noche contra *los Búhos de Oklahoma* y Jordan había expresado su deseo de ver el partido.

Me había sorprendido, porque hasta ahora Jordan había evitado la pista y yo no había querido presionarle para que se enfrentara a sus demonios. Me imagino lo duro que debe de ser para él, antiguo capitán de los *Cometas*, sentarse al margen y ver ganar o perder a su equipo sin

tener voz ni voto.

El hecho de que Jordan insistiera ahora en ir al estadio por su propia voluntad para apoyar a su equipo era una prueba más de que estaba en la buena senda.

—Voy a darme una ducha rápida y luego estaremos listos para irnos —me dio un beso en la punta de la nariz y se inclinó hacia mi oído—. ¿Quieres venir?

—¿A la ducha? —solté una risita—. Si lo hago, nos perderemos el partido.

—Lástima —Jordan me atrajo hacia sus brazos—. Pero sólo llegaremos tarde, no nos perderemos el partido cariño.

—Mmm. Te tomo la palabra. Cuenta con ello —lo rodeé con mis brazos, disfrutando de su cuerpo caliente apretado contra el mío. Con avidez, aspiré el agrio aroma masculino que desprendía, deseando poder guardarlo para siempre e invocarlo a voluntad.

Furtivamente, observé a Jordan, que apoyaba los codos en las rodillas, siguiendo la acción sobre el hielo.

Vigilante, estudió los movimientos de los dos equipos, apretando de vez en cuando las manos en puños. Sus ojos se entrecerraron hasta convertirse en rendijas antes de que sus facciones se suavizaran de nuevo, para volver a tensarse segundos después.

Le encantaba este juego. Lo vivió. Lo respiraba con cada fibra de su cuerpo.

Y sentí lo bien que le hizo. Cuánto le motivó experimentar de primera mano aquello por lo que luchaba tan decidida e incansablemente cada día. Cómo le impulsaba enormemente ver cuál era su lugar; a dónde volvería.

—Yo pertenezco a esta pista de hielo —susurró en voz tan baja que me lo habría perdido si toda mi atención no hubiera estado puesta en él.

Le puse la mano en el hombro y se la apreté: —Sí, tú perteneces a ella. Y volverás a conseguirlo. Muy pronto.

Jordan apartó la mirada del campo y volvió la cabeza hacia mí.

Sus ojos brillaban cálidos y llenos de amor. Me dedicó una sonrisa que hizo que me flaquearan las rodillas y me estrechó entre sus brazos. Su barbilla se apoyó en la coronilla de mi cabeza y sus dedos se deslizaron con ternura sobre mi pelo.

—Lo siento, Carly. Lo siento mucho, joder.

Sabía que se refería a los últimos meses. Todo el dolor. Todo el sudor. Todas las lágrimas. Y la prueba implacablemente dura que nuestra relación tuvo que superar y pasar.

Pero no tenía por qué lamentarlo. Porque con todo lo que nuestro amor había superado y sobrevivido hasta entonces, estaba firmemente convencida de que debíamos estar juntos.

Y para el resto de nuestras vidas, que esperaba que nunca terminaran.

Capítulo 37 - Jordan

Llevaba viviendo con Carly desde principios de semana y notaba en todo mi cuerpo lo mucho que me inspiraba esta circunstancia. Finalmente, ya no era el olor a desinfectante lo que me despertaba, sino el dulce champú de fresa de la mujer que desquiciaba mi vida cada día de nuevo. La mujer cuyo cuerpo cálido, acurrucado contra mí como un gato mimoso, me hizo olvidar al instante mis dolores y molestias que aún me atormentaban algunos días.

Dios, cómo la quería.

¿Pero ella lo sabía?

Los últimos meses habían sido duros y, sin embargo, Carly nunca se separó de mí. Me apoyó, me fortaleció, me empujó a dar lo mejor de mí, a creer en mí mismo y a no rendirme nunca. Me animaba cuando dudaba de mí mismo, me alentaba cuando estaba a punto de rendirme y celebraba mis éxitos con una euforia que me desbordaba cada vez.

Hizo tanto por mí sin pedir nunca nada a cambio. Se sacrificó por mí como algo natural y dejó de lado sus propias necesidades.

Soportó mis cambios de humor, mis dudas y mis regresiones. Más que eso, simplemente les sonreía y no dejaba que nada ni nadie la disgustara.

Era mi mayor admiradora. Creía en mí más que yo mismo.

Y me pesaba inmensamente no poder hacer nada para recompensarla.

Llevaba meses atrapado en rehabilitación. Durante un tiempo ni siquiera podía moverme del punto A al B por mi cuenta. Y cuando por fin pude volver a hacerlo, me prescribieron un programa de rehabilitación tan estricto que apenas quedaba espacio en mi vida para otra cosa que no fuera entrenar y estudiar.

Carly no era del todo inocente en esto. Ella fue quien escribió mis planes de entrenamiento. Por supuesto, contaba con el apoyo de un experimentado equipo de médicos, pero Carly se convirtió en muy poco tiempo en la más pura experta en el campo de la rehabilitación deportiva profesional.

Dedicó casi todo su tiempo libre a formarse e invirtió todos sus recursos en estudios, medicación y charlas que le ayudaron a conseguir que volviera a practicar deporte profesional más rápido, mejor y más fuerte.

Carly ardía por mi sueño tanto como yo. Sólo que por una razón diferente: quería volver al hielo porque era lo que sabía hacer. Lo que me encantó. Y Carly quería que volviera al hielo porque *me* quería. Y porque quería que hiciera lo que me hiciera feliz.

Sin embargo, no le había dicho que en las últimas semanas me había dado cada vez más cuenta de que no era el hockey sino *ella quien llenaba* mi vida de luz.

Sí, me encantaba el hockey. Pero no era nada comparado con lo que sentía por Carly. Y ya era hora de que se lo dijera. Y se lo demostrara.

La última vez que nos habíamos dedicado mucho tiempo como pareja fue hace demasiado tiempo. Ahora cuando estábamos juntos, todo giraba en torno a mi recuperación y a la posibilidad de jugar con los *Armadillos de Arizona.*

Rara vez nos tomamos tiempo para nosotros mismos. Para nuestro amor. Para nuestras necesidades.

Yo cambiaría eso esta noche.

Había cocinado para Carly y para mí y quería mimarla después con un masaje especial.

Cuando oí cerrarse la puerta, fui a su encuentro y cogí su chaqueta.

—Mhhm. Huele bien aquí. ¿Has estado cocinando? —preguntó, estirando la nariz hacia la cocina.

—Sí. Y llegas justo a tiempo —sonreí, la cogí de la mano y la conduje a la cocina, donde le acomodé la silla y le puse un poco de lasaña casera en el plato.

—Esto se ve increíblemente delicioso —a Carly le rugió el estómago y su risa de campana llenó la habitación.

—Disfruta tu comida, cariño —le acaricié la mejilla y luego me eché también en el plato una porción de la pasta que olía maravillosamente antojable.

Durante la comida observé a Carly, que vació su plato en una velocidad récord, y escuché atentamente sus historias.

Disfruté cenar y conversar por la noche junto a ella y hablar de algo que no fuera mi rehabilitación. ¿Cuánto hacía que no lo hacíamos?

Pero eso se acabaría pronto. El plazo que decidiría mi futuro se acercaba rápidamente. Y con él, la hora de la verdad.

Pero por primera vez desde que empecé la rehabilitación, sentía una profunda paz interior cuando pensaba en ello. Porque no importaba cómo acabara mi día en *los Armadillos*, una cosa era segura: Carly. Y básicamente, ella era lo único que importaba.

Si pudiera tenerla a mi lado y jugar al hockey sobre hielo en un equipo profesional, sería como el paraíso en la tierra. Pero aunque el sueño del hockey profesional no se hiciera realidad, eso no significaba el fin. Todo lo contrario. Significaba un comienzo. Un nuevo comienzo. Y mientras pudiera vivir este nuevo comienzo con la persona más importante de este mundo para mí, me sentía feliz y contenta.

Así que no importaba cómo saliera la cita de Arizona: Iba a ganar de cualquier manera.

—¿Estás bien? —Carly me sacó de mis pensamientos—. ¿Por qué me miras así?

—¿Cómo? —respondí, enarcando una ceja divertida.

—Es como si la lasaña no fuera suficiente para ti y estuvieras pensando en merendarme a mí a continuación.

—Interesante línea de pensamiento —sonreí y me levanté de la silla. Luego me acerqué a Carly y le tendí la mano en señal de invitación—. Definitivamente deberíamos continuar juntos. En el dormitorio.

Los ojos de Carly se iluminaron al oír mis palabras y un dulce brillo rojizo apareció en sus mejillas. Sin mediar palabra, me siguió hasta el dormitorio, donde la dirigí a la parte delantera de la cama y, lenta y deliberadamente, le fui quitando la ropa una a una mientras exploraba y besaba las partes tiernas de su piel que iba dejando al descubierto.

Con cada beso, sentía cuánto había echado de menos su cercanía. Qué curativo se sintió al besarla. Al probarla. Al olerla. Cuán divinamente la amaba. La necesitaba. Y ella a mí.

Besé su cuello, su clavícula, sus hombros y su grácil y delicada espalda. Mis manos recorrieron sus arcos costales, encontraron su vientre y se deslizaron hasta las montañas de sueños húmedos.

Suavemente, mis dedos índices rodearon los erectos capullos de Carly mientras mi polla presionaba su trasero, crispándose de anticipación con cada jadeo que escapaba de sus labios.

Con el corazón encogido, mi mano izquierda abandonó su pecho perfectamente formado y acarició hacia el sur su centro paradisíaco. Los muslos de Carly temblaban mientras los abría para mí y permitía que mi mano entrara en su prometedor centro de placer.

Dejó que mis dedos se deslizaran por su hendidura. Sentí lo preparada que estaba para mí.

Palpé su humedad.

Carly abrió más las piernas y apretó la pelvis contra mis dedos. Una invitación inequívoca a zambullirse en ella. Pero no iba a hacerlo. Al menos no de inmediato.

—Túmbate en la cama —le susurré al oído, empujándola al mismo tiempo hacia donde yo quería.

Carly se hundió en la cama y quiso tumbarse boca arriba, pero le dije que se pusiera boca abajo. Me miró con escepticismo, pero hizo lo que le pedí.

Me quité la ropa y me arrodillé entre sus muslos ligeramente abiertos. Luego cogí el aceite que Carly solía usar para tratar mi maltrecho cuerpo cuando me había pasado con el ejercicio y se lo unté en la espalda.

Carly chilló sorprendida al sentir el aceite caliente sobre su piel. —¿Qué estás tramando?

Me incliné hacia ella, le aparté el pelo y le besé el punto sensible justo debajo de la oreja. —Mimarte.

Carly aspiró ruidosamente. —Vale —graznó con voz ronca—. ¿Cómo?

—Cierra los ojos y verás cómo, cariño —sonreí y volví a sentarme para empezar el masaje.

Puse las manos sobre los hombros tensos de Carly y empecé a amasarlos suavemente. Me tomé tiempo extra para trabajar en sus puntos gatillo.

Mis manos se deslizaron de los hombros de Carly a sus brazos y finalmente a sus dedos. Masajeé cada uno de ellos y escuché con satisfacción los dulces suspiros de placer de Carly.

Luego volví a centrar mi atención en su espalda. Masajeando. Acariciando. Empecé con una presión cada vez mayor antes de acariciarla suavemente como una pluma. Cuando empecé con su caliente culo, jadeó de asombro, pero me dejó continuar.

Amasé sus redondas nalgas y hubiera preferido no soltarlas, se sentían tan perfectas en mis manos. Pero tenía una misión y recordé esa resolución mientras mis manos se deslizaban por la parte posterior de los muslos de Carly, hacia sus pantorrillas y sus pies.

Cuando el último centímetro de su trasero descansó relajado y suelto en las sábanas, ayudé a Carly a darse la vuelta para poder ocuparme también de su parte delantera.

Empecé por sus hombros, pasé de nuevo a sus brazos, su esternón, su vientre y finalmente... sus pechos.

—Jordan —gimió Carly excitada mientras yo le cogía las tetas con las manos y se las amasaba con avidez.

—¿Sí, cariño? —murmuré con una sonrisa ladrona en la voz.

Mi niña empezaba a sentir calor. Eso me gustó. Porque significaba que mi plan estaba funcionando.

—¿Qué estás haciendo?

—Te estoy masajeando. Ya lo ves —respondí inocentemente y me eché aceite de masaje nuevo en las manos para aplicárselo en los muslos y... la pelvis. Pero omití las partes resbaladizas de su cuerpo encantador. Deliberadamente.

Porque me ponía increíblemente sádico ver cómo su cuerpo se sensibilizaba visiblemente con cada caricia. Electrificado.

Podía ver, oír y oler literalmente la lujuria que corría caliente por las venas de Carly.

Su cuerpo se calentó. Calentado bajo su creciente lujuria. Sus gemidos aumentaron de volumen y empezó a suplicar.

El aroma único e inconfundible del deseo que fluía desde su vientre hasta mi nariz me hizo la boca agua.

Impresionante. Tan jodidamente caliente. Y tan increíblemente seductora y sensual.

Mis manos subieron por el interior de sus muslos hasta su dulce y húmeda hendidura. Pero no la tocaron.

Carly protestó con una respiración agitada y clavó las manos en las sábanas para no perder la paciencia.

Admiraba lo mucho que estaba dispuesta a aguantar porque sabía lo bueno que sería cuando al final la recompensara por su paciencia.

Me acurruqué junto a ella. Mi piel desnuda se deslizaba sobre su piel desnuda. Una sensación afrodisíaca que hacía crujir la atmósfera y tensar el aire.

Mi polla hambrienta se frotaba contra el muslo de Carly, mostrándole cuánto la ansiaba.

Abrió las piernas como para invitarme a darle placer no por fuera sino por dentro de sus muslos... con la esperanza de más.

Mientras seguía empujando mi dureza contra su muslo, por fin dejé que mis dedos tocaran a Carly donde ella deseaba desesperadamente ser tocada: Su centro palpitante y exigente.

Cuando sintió mis dedos en su hendidura, gimió fuerte, casi haciéndome correr.

Joder, ¿cómo demonios habíamos aguantado el sexo rápido y a escondidas durante tanto tiempo en rehabilitación?

Esto era mucho mejor. Mucho más intenso. Mucho más potente.

Ahora me concentré exclusivamente en su húmedo centro y lo acaricié al ritmo de los movimientos cada vez más rápidos de las caderas de Carly. Cuando noté que esto ya no era suficiente para ella, le metí dos dedos y aumenté la presión sobre su perlita.

Apoyando la cabeza en la mano, observé fascinado cómo las facciones de Carly cambiaban bajo las emociones que la embargaban. Reconocí la lujuria. Pasión. Deseo. Impaciencia. Éxtasis. Euforia. Y... amor.

Cuando abrió sus hermosos ojos dorados y miró directamente a los míos mientras la invadía su orgasmo redentor, pude ver en ellos todo el amor y el afecto sin límites que sentía por mí, por nosotros.

Rodé con cuidado sobre ella en cuanto se calmó su orgasmo y le robé un beso intenso y profundo.

Nuestras bocas se rindieron la una a la otra, nuestras lenguas bailaron juntas en una danza cada vez más desenfrenada, y nuestras manos se entrelazaron, agarrándose muy fuerte.

Como por sí sola, mi polla se abrió paso hasta el apretado centro de Carly, que la abrazó, relajada, húmeda y preparada por su orgasmo anterior.

—Cariño —jadeé contra su oído, porque esta sensación de estar dentro de ella me volvía loco cada vez.

—Yo siento lo mismo —susurró Carly, rodeando mis caderas con sus muslos—. Lo mismo.

Empecé a penetrarla suave y deliberadamente. Sentía como si con cada centímetro que me enterraba más profundamente en Carly, mi mundo se volvía un poco más desquiciado.

Hicimos el amor lentamente. Tiernamente. Adorablemente. Nos tomamos nuestro tiempo. Tiempo que nos habían quitado desde mi accidente. Tiempo que tan desesperadamente necesitábamos el uno con el otro. Un tiempo que era más valioso de lo que nunca sería una cuenta bancaria llena.

Aunque este único momento, por increíble que pareciera, no podía sustituir a todos los que nos habían arrebatado, nos dio una idea de lo que nos deparaba el futuro.

Aumenté mi ritmo, acompasándolo al embriagador tempo de nuestro placer, y cuando

Carly finalmente estalló en mis brazos, gritando roncamente mi nombre, yo también me dejé llevar por fin, permitiéndome perderme en los brazos de mi princesa y con la certeza de que todo iría bien mientras estuviéramos juntos en el proceso.

Capítulo 38 - Jordan

—Bishop —me saludó el entrenador de los *Armadillos de Arizona*—. Así que realmente quieres saber.

—Por supuesto entrenador —respondí con voz decidida—. Estoy listo.

Había aterrizado en Phoenix la noche anterior y estaba más que preparado para afrontar la prueba de rendimiento de *los Armadillos* que determinaría si mantenían o retiraban su oferta de principios de año.

En general, me sorprendió que me hubieran esperado tanto, ya que casi todos los equipos habían hecho hace tiempo su elección de jugadores para la próxima temporada profesional.

Hasta hoy no entendía por qué los *Armadillos* no llevaban a otro jugador en mi lugar.

Era bueno, sí. Con talento, vale. Pero lo mismo ocurrió con otros jugadores jóvenes. Si yo fuera un legendario delantero de las grandes ligas con enésimos campeonatos ganados y una asombrosa estadística de goles, no me parecería raro. Pero como jugador *universitario* sin experiencia, con lesiones graves y un futuro deportivo incierto, habría entendido que *los Armadillos se hubieran* echado atrás en el momento posterior a mi accidente.

En cambio, el entrenador de los *Armadillos* me llamó cuando aún estaba en el hospital y me dijo que mantendrían su oferta hasta el otoño. Me extendió una invitación abierta a participar en una prueba de rendimiento en Phoenix y ganarme así un puesto en el equipo.

Esta oferta inesperada y poco convencional me dejó sin palabras y no quise arriesgarme a que cambiaran de opinión haciendo preguntas innecesarias.

Aunque no creía seriamente que volvería a estar en forma para el deporte profesional, la fecha de la prueba de rendimiento me rondaba la cabeza desde aquella llamada telefónica.

Así que aquí estaba. Listo para probarme a mí mismo. Listo para demostrar de qué estaba hecho.

Carly me había llevado al aeropuerto e incluso habría volado a Arizona conmigo, pero comprendió que tenía que afrontar esta batalla solo.

Tenía que demostrar no sólo a *los Armadillos de Arizona*, sino también a mí mismo, que aún podía hacerlo. Que aún no estaba derrotado.

Las palabras de Chase durante nuestra última sesión de entrenamiento juntos antes de irme a Phoenix volvieron a mí: *Jordan, tío, vas a ir a Phoenix y les vas a demostrar que eres el ave reencarnado en ti. ¿No es muy apropiado?*

Me quedé mirándole sin comprender, y él puso los ojos en blanco.

—Phoenix, ¿la base de *los Armadillos de Arizona*?

—¿Qué pasa con ello?

—Tío, ¿qué significa Phoenix en la traducción? —preguntó tenso, sólo para proporcionarse a sí mismo la respuesta en el momento siguiente—. Phoenix. Ya sabes, ese pájaro inmortal que arde en cenizas y luego resucita como de la nada. Ese eres *tú*, amigo. Eres como un puto ave fénix de entre las cenizas. Te has levantado del fango de sangre, recompusiste tus huesos y patearás el culo a todo el mundo. Eres más fuerte, mejor y más rápido que nunca. No creo en señales ni mierdas, pero si *eso* no es una señal, entonces quiero que se me caiga la polla ahora mismo.

Entonces ambos entrecerramos los ojos ante su polla, pero ésta permaneció en su sitio.

Sonriendo, nos miramos y Chase me dio una palmada en el hombro. —Ves: eso es lo que

estoy diciendo. Eres un maldito ave fénix, Bishop.

—Gracias, tío —tiré de él para abrazarle y sólo le solté cuando empezó a jurar en voz alta que no debía comportarme como una niña.

Carly, Chase y mi madre desde la distancia, habían sido mis más fieles seguidores en los últimos meses. No podría haberlo hecho sin ellos. Y esperaba que algún día se me presentara la oportunidad de devolvérselo.

—Muy bien, Bishop. Entonces, sígueme —el entrenador me sacó de mis pensamientos.

Me llevó al médico del equipo *de los Armadillos*, que pasó la friolera de dos horas literalmente revisándome, examinándome y sometiéndome a la prueba de rendimiento cardiovascular y de pesas más dura que jamás había experimentado. Sin embargo, perseveré. Rendirse era sencillamente impensable.

El informe final de Carly, refrendado por el doctor Stafford, afirmaba que mi función motora se había restablecido por completo y que no había conservado ningún daño permanente.

Por lo tanto, esperaba fervientemente que el equipo médico de los *Armadillos* no llegara a una conclusión diferente.

Tras otra hora de espera mientras el médico hablaba con el entrenador sobre sus conclusiones, pude respirar aliviado. Me consideraron totalmente apto para jugar.

Cuando me daba la vuelta para marcharme a demostrar por fin mis habilidades sobre el hielo, el médico me retuvo y me apartó.

—Luchar por volver al deporte de competición después de un accidente de tráfico con lesiones tan graves como las tuyas, y sobre todo en tan poco tiempo, es respetable, muchacho. Está claro que tienes mucho espíritu de lucha y eso nos viene bien aquí. Buena suerte ahí fuera.

Le asentí agradecido y traté de no dejar traslucir lo contento y motivado que me sentía por sus elogios.

El entrenador me condujo al vestuario de *los Armadillos*, donde los cinco jugadores de la primera línea de juego estaban sentados y hablando.

Cuando nos vieron, se callaron y nos miraron con curiosidad.

—Permítanme presentarles a Jordan Bishop. Como ya se ha anunciado, hoy ustedes serán los encargados de ver lo que tiene. El doctor dice que está totalmente recuperado, así que pueden ir a por él con fuerza. Sin falsa vergüenza, chicos. Ahora dejen de parlotear y lleven sus culos al hielo. No me estoy haciendo más joven y ustedes tampoco.

Me señaló con el dedo índice. —Diez minutos, Bishop. Ponte a ello.

Los cinco jugadores de la primera fila me rozaron con sus patines y siguieron al entrenador hasta el enorme estadio.

Me quedé atrás y me di un minuto para recomponerme, lo que me pareció una pérdida de tiempo teniendo en cuenta los diez minutos totales que me concedió el entrenador para cambiarme.

Pero necesitaba este tiempo para prepararme mentalmente para la segunda de las tres partes de esta prueba de liderazgo.

Había aprobado la primera parte: La revisión médica.

Ahora tocaba pasar a la segunda parte: Técnica de juego y gol.

Si también dominaba esta parte, seguía la entrevista final con el entrenador, el *director general* y el propietario de los *Armadillos* .

Me cambié en un santiamén y poco después entré en la pista de hielo recién rodada donde los chicos calentaban para los próximos ejercicios. Yo hice lo mismo y veinte minutos después el entrenador hizo sonar el silbato para la segunda parte de la prueba de rendimiento.

El entrenador me exigió que jugara contra los cinco jugadores de la primera línea: dos delanteros, dos defensas y un portero.

Intenté que no se me notara el horror que me producía que me pidieran que, sin ayuda de nadie, superara a cuatro de los mejores jugadores de las grandes ligas y luego metiera el disco en la portería para batir a uno de los porteros más ambiciosos.

Esta empresa parecía no sólo poco realista, sino casi imposible. Pero como podía intentarlo o rendirme, dejé a un lado mi malestar y acepté el reto.

Fui un maldito ave fénix. Me sentía motivado.

Media hora después, estaba claro que atravesar el muro de los *Armadillos* era tan fácil como doctorarse en física cuántica.

En un par de ocasiones conseguí burlar a la defensa e ir cara a cara con los delanteros a velocidad supersónica hasta la portería. Pero todos mis tiros rebotaban en el portero.

¡Maldita sea!

El sudor me caía por la cara como un río embravecido y sentía la sal en los ojos como si estuviera buceando en agua de mar con los ojos abiertos.

Pero no me rendí.

Lo intenté de nuevo. Y otra vez. Y otra vez. Buscando formas y medios de atravesar el muro que a primera vista parecía infranqueable.

Con cada intento, mis extremidades se hacían más pesadas. Mi cuerpo estaba cada vez más agotado. Sin embargo, no podía rendirme.

Mientras el entrenador no hiciera sonar el silbato y decidiera que no había superado esa parte de la prueba de rendimiento, seguiría luchando.

Y entonces ocurrió. Tan rápido y de forma tan inesperada que apenas podía creérmelo.

Cuando el roce de nuestras afiladas cuchillas sobre el hielo se mezcló con el tintineo de los palos, uno de los dos delanteros vaciló y cayó al suelo. Durante una fracción de segundo, el otro delantero desvió su atención del disco y la dirigió hacia su compañero de equipo.

Eso fue suficiente.

Una sacudida recorrió mi cuerpo y, con un hábil sprint, perseguí el disco con seguridad hacia la portería.

El portero se dio cuenta de la gravedad de la situación y se colocó en su sitio.

Confié en mi instinto porque el delantero que seguía de pie me pisaba tan los talones que no tuve tiempo de pensar y reflexionar. Fingí por la izquierda, pero luego disparé a la derecha y... hundí el disco.

El balón pasó silbando por encima del pie del guardameta y entró en la portería sin control.

¡Sí! ¡Lo había conseguido! Lo había hecho de verdad. Había hecho posible lo imposible y había atravesado el muro.

El silbido del entrenador sustituyó al silencio que reinaba sobre el hielo y su rugido llenó la pista.

—Es suficiente. *Armadillos:* Quiero sus culos fuera del hielo. Bishop: Ven.

Me acerqué patinando al borde de la pista y vi que dos hombres me miraban desde la sala de propietarios.

El *director general* y el propietario de los *Armadillos.*

Cuando captaron mi mirada, un atisbo de sonrisa apareció en sus rostros.

—Muy bien, Bishop. No estuvo mal. El jefe quiere verte. A ver qué dice del programa.

Hablando del diablo: como esperando su señal, en ese momento el *dueño* de los *Armadillos* y el *director general* doblaron la esquina y se detuvieron frente a nosotros.

—Buen partido, Bishop —comentó el *propietario,* apoyándose relajadamente contra las tablas—. El doctor me ha asegurado que estás en plenas condiciones para jugar y si tenía alguna duda al respecto, se ha evaporado con lo que acabas de demostrar sobre el hielo.

—Gracias, señor.

—No me des las gracias demasiado pronto. Porque, por mi culpa, vas a jugar con todo tu corazón, recibir un montón de palizas y soportar un montón de dolor aún mayor casi todas las semanas a partir de enero.

Contuve la respiración y traté de no interpretar demasiado sus palabras. ¿Eso significaba...?

—Así que Bishop, hagamos esto breve: bienvenido a los *Armadillos de Arizona*. Chris —señaló al *director general*—, arreglará los detalles contractuales contigo.

El *dueño de los Armadillos* me tendió la mano para hablar de nuestro trato y acepté sin dudarlo.

Ese apretón de manos significó el comienzo de mi carrera profesional. Pero significaba mucho más: significaba el final oficial de una odisea de lesiones, dolor, contratiempos, dudas, miedos y preocupaciones. Significaba que por fin lo había conseguido. Que había alcanzado mi meta. Que el duro, arduo y pedregoso camino de resurgir de las cenizas había merecido la pena. Que mi vida cambiaría drásticamente a partir de ahora. Que por fin se me permitiría vivir mi sueño.

Todo cambiaría, excepto una cosa: Carly.

La mujer a mi lado. La mujer de mi vida. La mujer que amaba por encima de todo.

Estaba impaciente por darle la noticia. Pero antes de hacerlo, había algo que realmente necesitaba saber.

—Señor, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto —el *dueño de los Armadillos* me invitó con la cabeza.

—¿Por qué mantuvo la oferta? ¿Por qué no se echó atrás cuando se enteró de mi accidente?

Una sonrisa se dibujó en el rostro del exitoso empresario y sacó su teléfono móvil para buscar algo en él.

—Hubo una médico persistente y muy persuasiva que me dijo que perdería el negocio de mi vida si te dejaba. Así que hicimos un trato.

—¿Un *trato*?

—Sí. El acuerdo de someterte a una prueba de rendimiento a finales de otoño y mantener la oferta de contrato, tenías que pasarla.

Tragué saliva. De repente, sentí la garganta terriblemente seca. —¿Cómo...? —me aclaré la garganta—. ¿Cómo se llamaba esa médico?

—Un momento. Lo tendré en un minuto —el dueño de los *Armadillos* hojeó su teléfono y finalmente tarareó con complicidad. Levantó los ojos y dijo—: Carly Callahan.

Capítulo 39 - Carly

Esperaba con sentimientos agridulces la noche del baile de graduación de Jordan en la *Universidad de Colorado.*

Amarga porque, por mucho que lo intentara, no podía deshacerme de los pensamientos de mi último baile de graduación con él en el instituto.

Dulce, porque estaba deseando que llegara la noche con él y nuestros amigos. Y afortunadamente fue esta alegría la que prevaleció y relegó a un segundo plano el recuerdo de los viejos tiempos.

Por última vez nos reuniríamos todos esta noche, lo celebraríamos juntos y nos animaríamos mutuamente: June, Ruby, Cole, Chase y muchos más.

Debido al accidente de Jordan y a su debilitante y larga rehabilitación, había podido pasar menos tiempo del que me hubiera gustado con estas queridas personas durante mi año de prácticas en la *Universidad de Colorado.*

Tanto más agradable era que esta noche la pasaríamos todos juntos.

—¿Estás lista, cariño? —Jordan llamó a la puerta del baño y me sacó de mis ensoñaciones.

—En un minuto —grité y me dispuse a maquillarme.

Para la ocasión, había elegido un vestido hasta la rodilla de lentejuelas doradas y tacones a juego. Pensé que captaba a la perfección el espíritu navideño que llegaba cada día más a Flake Falls y hacía juego con mis ojos, que, desde que escuché la gran noticia de Jordan, brillaban aún más de lo que ya lo hacían en presencia de él

Me recogí el pelo y me miré en el espejo.

Sí, para poder mostrarme.

Abrí la puerta y casi choco con Jordan, que se había colocado frente a ella y ahora me devoraba literalmente con la mirada.

—Hola —dije de repente con cierta timidez, aunque era totalmente ridículo. Después de todo, Jordan y yo habíamos estado viviendo juntos desde que había terminado la rehabilitación. Y de eso hace ya unos meses.

Pero cuando estaba allí delante de mí: bien entrenado, atractivo y con esa expresión atrevida en los ojos...

Joder, qué buena pinta tenía ese hombre. Siempre lo hacía, pero hoy, de alguna manera, aún más.

Exhalé temblorosamente y aspiré con avidez la rara visión de Jordan en smoking.

—¿Y bien? —se rió divertido, sin duda al darse cuenta de que estaba literalmente babeando todo mi vestido de noche—. ¿Qué tal si tú y yo…?

Le di un puñetazo juguetón en el estómago y me reí. —Muy gracioso, idiota —entonces me puse seria—. Oye, cariño, ¿me prometes algo?

Jordan se apartó del marco de la puerta y me miró fijamente. —Te prometo todo.

—Vas a ir a casa conmigo esta noche, ¿de acuerdo? —le miré suplicante y noté cómo su expresión se suavizaba.

—Cariño, ¿tienes miedo de que se repita la historia de antes? —susurró suavemente, levantándome la barbilla para mirarme a los ojos.

Asentí con la cabeza.

—No tienes por qué temer. No hay nada ni nadie que pueda separarnos, ¿me oyes? Hemos

hablado de todo esto.

Suspiré. —Lo siento.

—No tienes por qué. Después de todo lo que nos ha pasado, a veces es difícil ser feliz sin temer que nos roben esa felicidad al momento siguiente —Jordan se inclinó y me dio un beso en la punta de la nariz. Luego me estrechó en un abrazo íntimo—. Tú y yo, por siempre, cariño.

—Tú y yo, por siempre —repetí sus palabras, sintiéndome inmediatamente mucho mejor.

—¿Estás lista?

Apoyándome en su pecho, emití un sonido de aprobación.

—Entonces vamos. Probablemente los demás ya nos están esperando.

Nos esperaba una divertida velada de risas, bailes y celebraciones. Brindamos por Jordan y los demás chicos que habían conseguido un contrato profesional de hockey e hicimos planes para el futuro.

Los chicos se burlaron de que en un futuro próximo se enfrentarían como adversarios y bromearon sobre quién se encontraría primero con el trasero en el duro hielo.

Charlé con June sobre sus planes como médico. Y con Ruby, que seguía decidida a convertirse algún día en *directora general* de un equipo de hockey de las grandes ligas y no dejaría que nada ni nadie la detuviera. Ni siquiera un chico, por muy sexy y encantador que pudiera ser, como ella señalaba llamativamente a menudo.

Entrecerré los ojos con interés y tomé nota mental de preguntarle más sobre el tema en un momento de tranquilidad, especialmente sobre el chico sexy y encantador. ¿Podría ser que uno de los jugadores se había colado en el corazón de la decidida hija del entrenador?

Afortunadamente, esta noche no tenía nada en común con la noche de nuestro baile de graduación del instituto.

Jordan apenas se separaba de mí y rebosaba alegría de vivir. Desde que regresó de Arizona con un contrato profesional, se entrenó aún con más tesón y determinación porque estaba desesperado por demostrárselo a todo el mundo.

Si me guiaba por el rendimiento que ofreció sobre el hielo con los *Cometas*, con los que llevaba seis semanas jugando de nuevo y con los que disputaría su último partido universitario dentro de tres días, los rivales de *los Armadillos de Arizona* podrían sentir el miedo que se les avecinaba el próximo torneo.

Jordan estaba en alza y no había nada mejor que verle hacerlo. Después de tantos años de dolor, dudas y soledad, merecía ser feliz.

Merecíamos ser felices.

Juntos. Por siempre.

Capítulo 40 - Jordan

Pasada la una de la madrugada, nuestro grupo estaba listo para partir. Recogimos nuestras chaquetas en el guardarropa y salimos al exterior, donde ya esperaban los taxis reservados con antelación.

Nos despedimos del resto del grupo y abrí la puerta del taxi que había pedido para Carly y yo.

El taxi se detuvo y giró en dirección contraria a la casa de Carly.

Observé furtivamente a Carly de reojo y no se me escapó que fruncía el ceño irritada. Cuando el conductor volvió a equivocarse de camino, se volvió hacia mí.

—Este no es el camino a casa.

—Lo sé —sonreí.

—¿Entonces por qué no dices algo? —se inclinó hacia delante para señalar el error del taxista, pero la contuve.

—No pasa nada, cielo —la tranquilicé y la estreché entre mis brazos.

—¿Así que no vamos a casa? —murmuró contra mi pecho.

—No.

—¿Adónde vamos entonces?

—No seas tan curiosa. Lo verás en un minuto.

Carly refunfuñó hoscamente, pero no hizo más preguntas.

Diez minutos después, el taxi se detuvo frente a un lujoso hotel. Abrí la puerta del coche y ayudé a Carly a salir.

Asombrada, miró a su alrededor.

—Esto es... un hotel —dijo lo obvio.

—Tu mente aguda es una de las razones por las que te quiero tanto, cariño —le dije.

Hizo una mueca y cruzó los brazos delante del pecho. —¿Qué hacemos aquí?

—Lo que deberíamos haber hecho hace seis años. Pasar la noche de graduación juntos.

—¿Hablas en serio? —lágrimas saladas brillaron en los hermosos ojos de Carly. Tragó con fuerza intentando contener las lágrimas.

—¿Lista para pasar la noche de tu vida? —bromeé, tratando de sacudirme el estado de ánimo emocional que ahora también se apoderaba de mí.

Ambos sabíamos lo que nos habían quitado en el pasado. Pero eso no significaba que no pudiéramos recuperarlo en el presente. Y eso es exactamente lo que íbamos a hacer esta noche.

Cogí a Carly de la mano y la llevé detrás de mí al hotel y a nuestra habitación. Ya por la tarde, mientras Carly seguía haciendo su turno en el hospital, yo me había registrado en secreto y lo había preparado todo para esta noche.

Incluso había preparado una pequeña bolsa de viaje para nosotros.

Cuando abrí la puerta de la habitación, nos recibió un cálido aroma a vainilla, canela y naranja. Según lo acordado, el personal del hotel había encendido las velas cuando les había informado de nuestra salida del baile.

No había sido fácil encontrar un hotel donde se pudiera y se permitiera encender velas sin hacer saltar la alarma de incendios. Pero el esfuerzo había merecido la pena. Me di cuenta por el brillo de admiración en los ojos de Carly.

Había utilizado parte del bono de bienvenida de los *Armadillos de Arizona* para regalarnos

a Carly y a mí una noche y un día en este exclusivo hotel balneario. Sin duda, una mejora cuando pienso en la sencilla habitación de motel que nos habíamos permitido pero que nunca utilizamos para nuestra noche de graduación del instituto.

Unas luces tenues nos dieron la bienvenida, iluminando la lujosa habitación, amueblada con estilo, además de las velas perfumadas.

—¿Te apetece un baño? —le pregunté a Carly, quitándole el abrigo de los hombros.

—¿A estas horas? —soltó una risita.

—¿Por qué no? Tenemos toda la noche. Además, el agua ya nos está esperando.

Con un gesto de la cabeza, señalé el cuarto de baño y la bañera humeante de la que se desprendía un agradable aroma y cuya superficie cubierta de espuma estaba tapizada con multitud de pétalos de rosa roja.

—Jordan —respiró Carly—. Eso debe haber costado una fortuna.

Me encogí de hombros. —Vales cada centavo, cariño. Además, te he hecho esperar demasiado.

Carly se volvió hacia mí y se quitó el vestido lentamente.

—Nos prometimos que lo pasado, pasado está, Jordan. Eso incluye el recuerdo de la noche de graduación perdida.

—Lo sé —murmuré, sin apartar los ojos ni un segundo de la tentadora visión que me ofrecía Carly—. Eso es exactamente por lo que estamos aquí. No para ponernos al día. No para revivir recuerdos del pasado. Hoy estamos aquí para crear nuevos recuerdos. Tú y yo. Por el resto de nuestras vidas.

El encantador vestido de Carly cayó crujiendo al suelo. Desnuda y en toda su belleza natural, vino hacia mí y me rodeó el cuello con los brazos.

—Te amo, Jordan Bishop.

—Yo también te amo, Carly Callahan. Por eso quiero enseñarte esto.

Saqué una caja de anillos del bolsillo de la chaqueta y la abrí. Reveló una filigrana, anillo de oro con un rubí. Rojo, como el color del fénix. Y el color del amor.

Carly emitió un sonido de sorpresa. Abrió los ojos y miró primero el anillo y luego a mí.

—Cariño, antes de que te dé un infarto ahora: Sí, este es el anillo que quiero para pedirte que te cases conmigo. Y no, no voy a hacerte esa pregunta esta noche, porque sé que quieres graduarte y dedicarte plenamente a la vida antes de abordar esa cuestión.

Para ser sincero, me habría gustado casarme enseguida con Carly, pero respetaba y admiraba su actitud emancipada, según la cual primero quería terminar sus estudios, luego aceptar un trabajo como médico y sólo después casarse.

Sin embargo, era importante para mí que ella supiera aquí y ahora que lo haría en algún momento. Que estaba decidido a hacerlo. Y que cuando llegara el momento, no aceptaría *un no por respuesta.*

—Esperaré a preguntarte hasta que estés lista. Pero quiero que sepas que eres la mujer de mi vida. La mujer que me hace feliz. La mujer que significa más para mí de lo que pueda expresar en palabras. Eres la elegida, Carly. Y llevaré este anillo conmigo hasta que un día pueda ponértelo y llamarte mi esposa.

Epílogo - Carly

Dos años después

Observé fascinada la acción sobre el hielo que tenía delante. Aunque ya había visto docenas de partidos de Jordan en las grandes ligas, sentía ese cosquilleo de emoción en el pecho cada vez que atravesaba el hielo en pos del disco.

Se había adaptado bien al equipo en los dos últimos años y había trabajado duro y honradamente para ganarse su puesto de titular, primero en la segunda fila y luego en la primera. Floreció con los *Armadillos de Arizona* y me encantó ver cómo el diamante en bruto que había en él se iba puliendo hasta convertirse en un diamante de valor incalculable cada semana que pasaba.

Anoche habíamos acordado que firmaría por dos años más en Arizona. Había esperado con esta decisión hasta que yo tuviera mi título en el bolsillo y hubiera decidido dónde quería pasar mi futuro.

Sólo puede haber una respuesta: Al lado de Jordan.

Y Jordan pertenecía a Arizona. Así que yo también lo hice.

Gracias a mi año de prácticas en la *Universidad de Colorado*, mis excelentes notas y la recomendación de mis profesores, había conseguido un trabajo prometedor en el Hospital Universitario de Phoenix, que empezaría en unas semanas.

Pasé el tiempo hasta que empecé a trabajar haciendo maletas, mudándome y animando diligentemente a Jordan en sus partidos.

Durante los dos últimos años, habíamos mantenido una relación a distancia y nos habíamos echado muchísimo de menos cada día. Pero este tiempo también nos había unido aún más. Nos hizo disfrutar y apreciar aún más los momentos que pudimos pasar juntos.

Apenas podía estarme quieta por la alegría de que este tiempo de soledad hubiera llegado por fin a su fin. Me habría encantado bailar borracha de felicidad en la sala reservada especialmente a las familias de los jugadores.

En lugar de eso, me contenté con animar a Jordan y contar los minutos que faltaban para volver a tenerlo en mis brazos después del partido.

Por la tarde, el resto de mis cosas también había llegado a Arizona, lo que significaba que nuestra vida juntos empezaba oficialmente aquí y ahora.

Y estaba tan preparada para ello.

Después del partido, esperé en el salón a que Jordan terminara sus entrevistas, se duchara y me recogiera para ir juntos a casa.

Dejé que mi mirada se perdiera en la pista vacía, que estaba siendo preparada por una máquina pulidora de hielo para el siguiente partido o sesión de entrenamiento, y mis pensamientos divagaron.

Pensé en los viejos tiempos. Pensé en cómo Jordan había trabajado de vigilante en la pista de hielo de Mount Silver y había conducido él mismo la máquina pulidora destartalada sobre el hielo. Cómo armó su propio equipo con el material desechado del equipo local de hockey. Cómo entrenaba con diligencia y en secreto cada minuto libre porque disfrutaba mucho jugando al

hockey.

Nunca se habría atrevido a esperar, ni siquiera a soñar, que algún día ganaría su dinero como jugador profesional de hockey. Y Dios sabe que ya le habían puesto bastantes obstáculos.

Sin embargo, lo había conseguido. A pesar de todo y de todos. Por eso lo admiraba, incluso lo idolatraba.

Pensé en mi padre, con quien apenas había tenido contacto desde el accidente de Jordan. Quizá se había dado cuenta de que se había pasado de la raya en su obsesión por encontrarme la pareja perfecta.

Desde el accidente de Jordan, nos habíamos librado de más intrigas, ataques y diatribas. Pero si esperaba una disculpa por su parte, la esperaba en vano.

No le había contado a mi madre lo que había hecho mi padre. Por mucho que me hubiera estropeado la vida y me la hubiera hecho difícil, siempre había intentado traerle a mi madre las estrellas del cielo. Él la amaba. Precisamente por eso me dolió tanto saber que no podía entender el amor entre Jordan y yo, que no quería aceptarlo.

Pero lo había aceptado. Lo había perdonado. No por motivos altruistas y generosos. No, por puro egoísmo. Tenía que perdonarle para poder hacer las paces con el pasado y dedicarme al futuro.

Mi madre supuso que la relación entre mi padre y yo atravesaba una fase difícil porque mi padre no podía llevarse bien con Jordan a mi lado.

En cuanto a la segunda parte de esta suposición, estaba en lo cierto. Sin embargo, dudaba seriamente de que la relación rota entre nosotros fuera sólo una fase.

Pero, ¿quién sabía qué otras historias estaba escribiendo la vida?

Estaba pensando en denunciarlo. Para evidenciarlo ante la asociación médica. Pero aunque se había portado fatal con Jordan y su madre, mi padre seguía siendo un médico muy bueno que ayudaba a mucha gente cada día. Si lo desenmascaraba porque había cruzado una línea clara con Jordan, no sólo lo estaría castigando a él, sino también a muchas otras personas que tendrían que prescindir de su ayuda a partir de ahora. Además, si presentara cargos y toda la cadena de acontecimientos que tal proceso conllevaría, no sólo arruinaría a toda mi familia, sino también a Jordan y a mí misma.

¿Merecía la pena?

¿O era mejor perdonar y mirar hacia adelante?

Eso es algo que cada uno debe decidir por sí mismo.

—Hola, nena —Jordan me sacó de mis pensamientos.

Me quité los pensamientos melancólicos de la cabeza y me levanté para abrazar a Jordan y robarle un beso. —Hola cariño. Gran juego.

—¿Tienes hambre? ¿Vamos a por comida de camino a casa?

Asentí y jugueteé con la cremallera de su chaqueta. —Suena bien.

Jordan me agarró los dedos y los apretó con fuerza. Me conocía tan bien.

—Nena, ¿estás bien?

—Bueno... —tosí—. Sabes, es así...

Jordan se tensó y yo me apresuré a decir: —Nada malo. Al contrario. Bueno... al menos eso espero.

Jordan dejó caer su bolsa y me levantó la barbilla. Me miró inquisitivamente. —¿Qué pasa, Carly?

Respiré hondo. Ya era demasiado tarde para echarse atrás. Y yo no quería. Lo había pensado largo y tendido.

—¿Recuerdas el anillo que me enseñaste la noche del baile de graduación?

Jordan enarcó una ceja, divertido. —¿Tu anillo de compromiso? Sí, claro. ¿Qué pasa con él?

—¿Todavía lo tienes?

Jordan emitió un sonido de incredulidad. Una mezcla de resoplidos y risas. —¿Que si todavía lo tengo? Claro que sí. Siempre lo llevo conmigo.

—¿Por qué?

—Porque todos los días espero que me des una señal de que estás lista para ponértelo y ser mi esposa.

Me mordí nerviosamente el labio inferior. —¿Podrías...? —continué—, ¿...mostrármelo de nuevo?

Jordan sonrió irónicamente y se inclinó hacia su bolsillo, del que sacó la caja del anillo.

—Claro. Aquí tienes.

Abrió la caja y reveló el anillo más hermoso que había visto en mi vida. Era tan impresionante como lo recordaba.

—¿Crees que podría probármelo? ¿Ver lo que se siente?

Jordan apretó los labios para no reírse a carcajadas.

—Claro, cariño. ¿Te gustaría escuchar mi propuesta de matrimonio, también, a modo de prueba, quiero decir? ¿Para ver cómo suena?

Asentí tímidamente. —¿Por qué no?

—De acuerdo. Me arrodillaré frente a ti, ¿de acuerdo? Al fin y al cabo, eso es lo que yo haría si ahora se tratara de una proposición de matrimonio real y queremos probarlo de la forma más auténtica posible, ¿no es así?

—Suena lógico —contesté, observando con el corazón palpitante cómo Jordan se arrodillaba delante de mí, me cogía de la mano y me miraba profundamente a los ojos.

—Carly Callahan —se aclaró la garganta—. Espera, eso estuvo mal. Vamos a empezar de nuevo: Doctora Carly Callahan...

—No, no. Dejémoslo en Carly Callahan. *Doctora* suena tan formal de alguna manera...

Los ojos de Jordan brillaron de diversión. Obviamente, parecía estar disfrutando. Todo lo contrario que yo. Casi me moría de los nervios. Pero esto era sólo un ensayo. Un simulacro. Una prueba.

—De acuerdo. Carly Callahan. Eres el amor de mi vida. La estrella, la luna, el sol, de hecho todo mi maldito universo. Te quiero más de lo que las palabras podrían describir, simplemente porque no hay palabras para lo que siento por ti. Sin ti, no soy nada. Contigo, lo soy todo. Tú me haces ser quien soy y me haces increíblemente feliz cada día. ¿Me harías el honor de convertirte en mi esposa y pasar el resto de tu vida conmigo? Te prometo que haré todo lo que pueda para ser el mejor marido para ti y amarte para siempre.

Tragué saliva. Para ser una prueba, se sentía y sonaba bastante perfecto.

—¿Alguna objeción? ¿Palabras y frases que debería retocar?

Sacudí la cabeza frenéticamente. —Eso... se escuchó muy bien.

Jordan sonrió. —Me alegra oírlo. Para ser justos, tengo que admitir que llevo dos años practicando esta propuesta. ¿Quieres probarte el anillo ahora?

—Mmm —murmuré, completamente abrumada por la avalancha de sentimientos que acababa de invadirme.

Jordan sacó el anillo de la caja y me lo puso en la mano. Brillaba, relucía y centelleaba en mi mano.

Vaya.

—Bueno, ¿qué se siente?

Abrí y cerré la mano, la levanté y la bajé, la puse delante de mi cara para contemplar el anillo en todo su esplendor.

—¿Cariño? —dijo Jordan en voz baja y se levantó.

—¿Sí?

—¿Qué se siente?

—Perfecto —le di la única respuesta que podía considerarse para esta sensación alucinante.

—¿Tan perfecto que podrías imaginarte dejándotelo puesto durante un tiempo?

—Sí —susurré, dejando que Jordan me levantara suavemente la barbilla.

—¿Para el resto de tu vida, si es necesario?

Miré los ojos esperanzados y brillantes de Jordan, que me observaban expectantes, llenos de amor, afecto y admiración, y que reflejaban exactamente lo que yo sentía por él.

Entonces, ¿qué había que esperar? No necesitábamos una prueba. ¿Para qué? Nos teníamos el uno al otro. Jordan y yo. Por los siglos de los siglos.

—Sí —exhalé con la mayor convicción y le sonreí—. Sí, me gustaría.

Fin

¿Te ha gustado esta novela? ***El volumen 2****, la historia de Chase y Ruby, llegará en* ***enero de 2024****. Suscríbete a mí en Amazon para no perderte el día del lanzamiento.*

Mis novelas de un vistazo

¿Conoces ya mi serie Titan Racing? Aquí puedes encontrar de un vistazo los 5 volúmenes de esta apasionante serie de automovilismo. A los fans de Drive to Survive les encantará.

Titan Racing 1 – Nunca te enamores del jefe:
Allegra & Hunter

Titan Racing 2 – Nunca beses al adversario:
Riley & Dante

Titan Racing 3 – Nunca te cases con el multimillonario:
Dakota & Grayson

Titan Racing 4 – Nunca te acuestes con el enemigo:
Kenzie & Cesare 1

Titan Racing 5 – Nunca tengas un bebé con el director general:
Kenzie & Cesare 2

Para no perderte ninguna novedad, **sígueme en Amazon** haciendo clic en "Seguir" junto a mi foto de autor. Sólo te llevará 5 segundos. También puedes **suscribirte a mi boletín** y recibir un relato gratis.

Puede encontrar mis novelas AQUÍ.

LIBRO GRATIS

Suscríbete a mi boletín y recibe la **precuela exclusiva de ESTA historia** como agradecimiento. Descubrirás cómo empezó todo. Esta precuela **no está a la venta en ningún sitio**, sino **reservada exclusivamente para los suscriptores de mi boletín.**

Suscríbete aquí y empieza a leer ahora:

https://bookhip.com/PPKRRLR

También puedes encontrarme en las redes sociales:

Ava en Instagram: www.instagram.com/avaavery.autorin
Ava en TikTok: @avaavery.books

Antes de partir

¿Te ha gustado esta historia?
Me encantaría que dejaras una reseña en Amazon.
No importa la extensión. Agradeceré cualquier reconocimiento hacia mis novelas.

Muchas gracias por tu tiempo.
Hasta pronto.

Ava

Derechos de portada:
Depositphotos.com

Photo ID & Credit:

41582277, mandrixta
93290756, digital-clipart
58937899, kazzakova

Pie de imprenta:

Ava Avery
c/o WirFinden.Es
Naß und Hellie GbR
Kirchgasse 19
65817 Eppstein
Alemania

Contacto:
avaavery.romane@gmail.com